Deborah Eisenberg

TAJ MAHAL

Traducción de FEDERICO FALCO

CHAI EDITORA — COLECCIÓN CUENTOS

TAJ MAHAL

CHAI EDITORA

Deborah Eisenberg

TAJ MAHAL

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

CHAI EDITORA

Índice de contenido

Portada
Portadilla
Legales
Tu pato es mi pato
Taj Mahal
Tachar y seguir
La capacidad de combinar
La tercera torre
Recalculando

Eisenberg, Deborah
Taj Mahal / Deborah Eisenberg. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Chai Editora, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
Traducción de: Federico Falco
ISBN 978-987-48012-9-6
1. Narrativa Estadounidense. 2. Cuentos. 3. Vanguardias .
I. Falco, Federico, trad. II. Título.
CDD 813

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Título original
YOUR DUCK IS MY DUCK

Copyright © DEBORAH EISENBERG, 2018
Copyright © CHAI EDITORA, 2020
Copyright de la traducción © FEDERICO FALCO, 2020

Diseño de tapa/ Diseño gráfico
LAMAS BURGARIOTTI
www.lamasburgariotti.com

Foto de tapa
IARA KREMER

Diseño del interior
GONZALO SEGURA

Primera edición
AGOSTO DE 2020

Primera edición en formato digital: abril de 2022

Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

ISBN: 978-987-48012-9-6
Hecho el depósito que marca la ley 11.273

Para David, Lucy, Jenny, Nell, Lev y,
por supuesto y como siempre, para Wall.

Tu pato es mi pato

Hace mucho tiempo —bueno, no tanto tiempo en verdad, solo un par de años atrás, pero bastante antes de que consiguiera apenas entrever algunos de los engranajes y poleas y palancas que dragan el futuro desde lo más profundo del núcleo terrestre y lo traen hasta la superficie— yo solía ir a un montón de fiestas.

Y en una de esas fiestas había una pareja, Ray y Christa, que solían ser más o menos amigos de varias personas a las que yo más o menos conocía, o a las que yo, por lo menos, conocía de nombre. Nunca habíamos hablado demasiado, solo algún hola qué tal de vez en cuando, ese tipo de cosas, pero durante años los había visto en fiestas y, en esta fiesta en particular, ellos parecían haberse olvidado por completo de que nosotros no éramos, en realidad, lo que se dice amigos.

Ray y Christa tenían un montón de dinero, realmente mucho, y los dos eran extremadamente lindos, así que podían vivir como les diera la gana. A veces se separaban y uno de ellos, por lo general Ray, salía con otra persona por un tiempo, y siempre eran *affaires* de lo más comentados y públicos, que obligaban a todo su séquito a desparramarse por ahí como gallinas aturdidas, pero inevitablemente ellos siempre volvían a arreglarse y a estar juntos y, después, enseguida, uno los veía y no podía detectar en su pareja ni la más mínima cicatriz.

Ray me rodeó amistosamente con un brazo y Christa sonrió distraída en dirección a mí sin dejar de bambolearse al ritmo de la música, una música casi ahogada por el estruendo de las voces que rebotaban en el gran espacio metalizado. Me sorprendió un poco

estar siendo algo así como ungida, supongo, por su atención, pero al fin y al cabo eran ellos los que podían decidir cuán bien conocían a alguien y a mí solo me quedaba asumir que su cordialidad significaba: a) que acababa de pasarme algo muy bueno que todavía no era perceptible para mí pero que sí era perceptible para Ray y Christa, o b) que algo muy bueno estaba a punto de pasarme. Cualquiera de las dos.

Así que ahí estábamos, hablando, gritando más bien, por encima del ruido, y solo después de un rato me di cuenta de que lo que decían significaba que ahora ellos eran los dueños de mi pintura *Blue Hill*.

¿Ellos, los dueños de *Blue Hill*? En un momento de felicidad yo le había regalado *Blue Hill* a Graham, y él se lo debía haber vendido a ellos antes de levantar sus cosas y mudarse a Barcelona. *Blue Hill* no es una mala pintura —de hecho, en mi opinión, es una de mis mejores pinturas— y así y todo, la expresión que pude sentir que se me dibujaba en la cara vino y se fue sin generar mayores inconvenientes, gracias al hecho, claro, de que en la habitación había un montón de gente que Ray y Christa podían ponerse a mirar sin tener que fijar su atención en mí.

¿Qué tal? ¿Cómo andas últimamente?, me preguntaron, y esa mínima sugerencia de que habían estado más o menos siguiendo lo que yo hacía permitió que me arrasara una gran ola de alivio y gratitud infantil que disolvió por completo mi dignidad y me dejó varada en la autocompasión.

¿Por qué seguía yendo a esas estúpidas fiestas? Noche tras noche, fiesta tras fiesta, ¿esperaba conocer a alguien? Ya nadie conoce gente en persona, es imposible escuchar lo que dicen. Excepto a esas chicas jóvenes llenas de piercings y con voces tan agudas como las del Pato Donald: evidentemente fue copiándolo a él que aprendieron a hablar. ¿Cuándo fue que pasó? ¿Una especie de adaptación? Solo a ellas se las puede oír.

Me estaban poniendo nerviosa y haciéndome sentir demasiado vieja. Estoy exhausta, les dije a Ray y a Christa. No puedo dormir. No soporto el invierno. Estoy harta de trabajar para Howard en el

estudio de fotografía y, por otro lado, es evidente que Howard está teniendo problemas: la semana pasada éramos tres empleados y esta semana somos solo dos, y yo tengo mucho miedo de ser la próxima. Y mientras les contaba que estaba aterrada y harta del invierno y harta de mi trabajo, entendí cuán profundamente harta, harta de mi trabajo, harta del invierno, cuán aterrorizada estaba, harta de verdad.

Claro, es terrible, dijeron ellos. ¿Por qué no te vienes a pasar unos días con nosotros? El miércoles nos vamos a nuestra casa en la playa. Tenemos un montón de cuartos. Y vas a poder pintar. Nos encanta lo que haces. Todos dicen que es un gran lugar para trabajar, muy tranquilo. La luz es genial, la vista es genial.

Últimamente no estoy pudiendo pintar, dije. Yo no soy realmente... no sé, no sé.

A todo el mundo le viene bien un poco de descanso, dijeron Ray y Christa. El lugar te va a inspirar, todos los que nos visitan se inspiran. No vas a tener que ocuparte de nada. Hay un cocinero. Vas a poder tirarte al sol y reponerte. Tenemos burros, puedes ir al pueblo en burro y, si no, hay bicicletas, o el chofer. ¿Qué idiomas hablas? Aunque en realidad no importa. No vas a necesitar hablar con nadie.

Por supuesto, asumí que se habían olvidado por completo de la invitación, así que me sorprendió recibir un email de Christa al día siguiente preguntándome cuándo estaba disponible para hacerme una escapada. Alguien de su staff iba a ocuparse de los vuelos. Podía quedarme todo lo que quisiera, decía, y si necesitaba mandar por adelantado materiales demasiado pesados o grandes como para llevarlos conmigo, no habría ningún problema en arreglarlo. Muchos de sus huéspedes lo hacían. Era usual que refrescara bastante a la noche, así que sería mejor que llevara un poco de abrigo, y si quería hacer hikking, que llevara mis botas, porque las serpientes, como seguro yo sabía, podían ser un problema, aunque los insectos no, en general los insectos no eran un problema. Ahora ya no se necesitaba visa, así que no tenía que preocuparme por eso, tampoco por el wifi, lo del wifi ya estaba completamente arreglado.

Dudo mucho que cualquier otra persona que alguna vez los hubiera visitado no supiera exactamente cómo prepararse para el viaje pero, así y todo, ahí estaba Christa, haciendo de cuenta que yo ya había pensado en todo, tanto en serpientes como en visas, y por lo tanto informándome con tacto sobre lo que necesitaba llevar. Una semana más tarde o algo así, un cadete subió los cinco pisos para llegar a mi pequeño departamento y fue exactamente en ese momento, cuando me entregaba en mano mi pasaje de avión, cuando entendí del todo que la cosa buena que Ray y Christa habían percibido que me estaba sucediendo era que ahora ellos eran los dueños de una de mis pinturas, lo que significaba, obviamente, que yo había pasado a ser, o pronto sería, alguien por quien valía la pena gastar dinero.

A finales del mes siguiente mi trabajo en el estudio de Howard se terminó, junto con el estudio mismo, justo a tiempo como para evitarnos, tanto a Howard como a mí, tener que renunciar antes de subir al avión. Por lo menos pude subalquilar mi departamento a un tipo al que le gustaban los gatos, y subalquilarlo incluso con una pequeña ganancia porque, como todo el mundo comentaba sorprendidísimo, el colapso del mercado inmobiliario no había abaratado en lo más mínimo el precio de los alquileres.

Howard se quedó un rato mirando todas las cosas que representaban sus últimos treinta años de trabajo. *Bon voyage*, dijo. Me dio un pequeño abrazo.

El avión despegó entre escarcha sucia y descendió sobre unas aguas de las que el sol brotaba con oscilaciones de puro rosa y amarillo.

Era un tiempo diferente allí. ¿Acaso eso no significaba que eran diferentes también las cosas que pasaban? Había llevado mi computadora, pero quizás fuera mejor idea no prenderla y de ese modo hacer desaparecer por completo la creciente monotonía de las pequeñas y tristes obligaciones que infestaban mi pantalla; y tal vez, incluso, junto a mis tareas, desaparecerían también las noticias, que —como una sustancia mágica en un cuento maravilloso— rascaban cada vez con más espanto del fondo de una olla ya

suficientemente rasqueteada y mala y seguían reproduciéndose a perpetuidad.

Durante la noche en el avión, mi cuerpo había exudado una pegajosa capa de mugre, pero en el aeropuerto giraban grácilmente los ventiladores de techo y el calor era seco y benigno, como en un spa. Mientras todos se alejaban acarreando su equipaje, yo miraba una y otra vez con creciente ansiedad el email de Christa que había llevado impreso, y que una y otra vez seguía diciendo: *va a haber alguien esperándote.* Tenía su número en mi teléfono, recordé, y me puse a escarbar dentro de mi bolso para buscarlo, pero mientras presionaba las teclas y golpeaba y toqueteaba sus diferentes partes, me sorprendió darme cuenta de cuán completa es la diferencia entre un teléfono que funciona y uno que no.

Durante mucho tiempo, cada vez que viajaba a cualquier lugar iba con Graham, que era quien, naturalmente, incluso si Christa no lo hubiera mencionado en lo más mínimo, se habría encargado de pensar en cómo lidiar con los servicios internacionales de telefonía. Y mientras estaba allí parada, una desgarbada aparición tomó cuerpo y se infló hasta llenar el vacío a mi lado. ¡Graham con el ceño fruncido meditando cómo resolver la situación! Pero la aparición echó hacia atrás su dorado y sedoso pelo, me rozó apenas con un beso y se disipó enseguida, dejándome mucho más sola de lo que había estado apenas un instante antes.

Mientras mi mente rebalsaba de pilas cada vez más grandes de potenciales desastres, maniobré de acá para allá con mi valija demasiado llena y chirriante, hasta que por fin localicé una casa de cambio y reemplacé mis pocos sobrios billetes monocromáticos por un fajo fuerte y grueso de festivos billetes que parecían ansiosos por soltarse y salir de parranda. ¡Vamos, arriba!, pensé y, de la fatiga, me tambaleé sobre mis pies.

Trataba de decidir hacia qué salida encaminarme y qué hacer después conmigo misma cuando, de una zancada, Christa se apersonó a mi lado. “El chofer y Ray estuvieron gruñéndose”, dijo mientras me arrastraba junto a ella, “y Ray armó un escándalo que puso patas para arriba toda la casa”.

"¿Está, tipo, rompiendo cosas?", pregunté.

No estaba manejando mi valija lo suficientemente rápido como para seguirle el paso y ella me la quitó de las manos, enojada. "Está comprando algo", dijo.

"¿Un auto?".

"¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Te acordaste de hidratarte en el vuelo? Una empresa subsidiaria. Siempre se vuelve loco con estas cosas, pero bueno, los nervios son *para los débiles*, y después *soy yo* la que se pone nerviosa. Así que esta mañana *Mr. Sang Froid* acusó al chofer, quien, por cierto, es además uno de los jardineros y el encargado del mantenimiento en general, pero bueno, qué importa si total todo se está cayendo a pedazos, de rayarle el Mercedes, que, por otro lado, es algo que yo estoy cien por ciento segura de que hizo él mismo la otra noche, cuando volvió a casa totalmente borracho y casi derrumba el portón de entrada. Así que el chofer se fue hecho un demonio, justo cuando se suponía que tenía que venir a recogerte, y después Ray salió con un humor de perros, y también hecho un demonio, vaya Dios a saber hacia dónde. Además, la casa ha estado repleta justo de esas personas con las que a cualquiera le fascina pasar el tiempo: contadores. Bueno, en realidad uno de ellos es abogado y me parece que también hay un ingeniero. Parecen trillizos, o mejor, cuatrillizos, es difícil saber exactamente cuántos hay, ya vas a ver. Son sus chicos, los chicos de Ray, sus mascotas. Hace una semana los quería como si fueran de oro, de pura raza, guardianes dispuestos a atacar directo a la garganta, y ahora, de pronto, gran sorpresa, no son más que unos perezosos tirados por ahí, tomándose su vino y zampándose de arriba su comida, y más le vale la puta pena que esté de vuelta para la hora de la cena porque lo que es *yo* no pienso pasármela entreteniendo a esa manada de cabezas de chorlito. Pero no te preocupes, vas a estar bien, creo… Amos Voinovich también está acá, aunque él es bastante antisocial, algo que no terminé de entender hasta que llegó, y además resulta que odia la playa. Igual, dice que está trabajando, lo que es buenísimo, por supuesto… a lo mejor hace algo para nosotros mientras está acá. Y, de todos modos, tenerlo a él es mejor que no

tener nada".

"¿Amos Voinovich el titiritero?".

"Bueno, sí, claro. ¿Lo conoces?".

No lo conocía pero había visto una de sus obras, era acerca de dos exploradores y sus equipos. Había títeres pingüinos y títeres delfines y títeres de esos perros que tiran trineos y, por supuesto, títeres exploradores luchando por avanzar entre tormentas de nieve y bajo brillantes cielos estrellados para ser los primeros en llegar al Polo Sur. Voinovich mismo había escrito la letra y la música de las canciones, ligeramente operística, y cada explorador cantaba sus propias ambiciones megalómanas y varios perros de cada equipo cantaban acerca de sus dudas, nostalgias, lealtades, resentimientos y cosas por el estilo, y los pingüinos, que demasiado bien sabían que el equipo de uno de los dos exploradores lograría imponerse y triunfar y que moriría hasta el último hombre del otro equipo, cantaban un comentario *a capella*, filosófico en naturaleza, que sonaba como un coro de ángeles narcotizados. Las escalofriantes melodías estaban como sumergidas, entretejidas en el aullido del viento.

Christa tiró mi valija en el baúl de su auto y, bajo los brillantes rayos del sol, avanzamos a toda velocidad por caminos sinuosos. A mí me envolvía la lujosa noche de la obra de títeres de Amos Voinovich, y mientras Christa se quejaba de Ray, me fui durmiendo poco a poco, algo que, durante un tiempo demasiado largo, casi no había estado haciendo, y su voz se volvió para mí una molesta cinta plateada que destellaba en la oscuridad algodonosa.

Nos detuvimos abruptamente frente a una pequeña casa cubierta por una enredadera florecida. "Acá es donde se quedan tú y Amos. Los puse en el mismo lugar porque ustedes son los únicos dos visitantes en este momento y es más fácil para el personal. Van a compartir la cocina, pero nada más, por supuesto".

"¿Y los contadores?", pregunté bajando a tropiezos del auto.

"Lamentablemente se quedan con nosotros en la casa principal. Ray insistió, aunque podríamos haberles dado un bungalow sin ningún problema. Por lo menos tienen su propia ala, del otro lado

del patio. Ya los vas a ver en la cena, pero más allá de eso, no tendrás que lidiar con ellos. Según tengo entendido, parten todos mañana".

Me acompañó al interior de la pequeña casa, que estaba dividida en dos, excepto, como ella había dicho, por la cocina en la planta baja, a la que ambos, tanto Amos como yo, podíamos acceder por puertas separadas, y que, aunque según me dijo siempre habría comidas y tentempiés y café disponibles en la casa principal, parecía estar muy bien equipada. Me mostró los interruptores de la luz y el control de temperatura de mi parte de la casa, dónde había mantas extras y dónde se guardaban las toallas. La cena se servía temprano, me dijo, a las ocho, y nadie se vestía para la ocasión, excepto de vez en cuando, si se recibía alguna visita. Se almorzaba a la una. Y, para el desayuno, se improvisaba. El cocinero estaba disponible desde las seis, porque a veces a Ray le gustaba nadar temprano. ¿Tenía yo alguna pregunta?

La miré boquiabierta. "Creo que no", dije. "¿Debería…?".

"Por supuesto, ven cuando quieras", dijo ella, y me dio un abrazo rápido, delicado. "Así que, bienvenida", dijo.

¿Qué era no vestirse? A pesar de la siesta en el auto, estaba terriblemente cansada, pero no tenía nada de sueño. Elegí unos jeans, que era casi todo lo que había traído, y cuando el reloj en la mesita de luz me informó que ya eran las siete cuarenta y cinco, fui hacia lo que asumí era la casa principal y deambulé a través de cuartos vacíos hasta que me topé con Christa, que vestía un pequeño solero vintage del color de la manteca de primera calidad.

Cenar significaba servirse uno mismo de una selección de posibilidades, incluyendo ciertas cosas en bandejas sobre pequeños floreritos flameantes, y después sentarse alrededor de una mesa larga y pulida con capacidad, probablemente, para treinta personas. Amos el titiritero no apareció, pero los contadores, o contadores más abogados más ingenieros, allí estaban. No se habían puesto sus sacos, pero todos habían elegido para la ocasión corbatas estúpidamente chistosas, lo que sugería, supongo, que la compra que estaban tramitando para Ray era tan grande que ameritaba

cierta frivolidad pomposa sobre sus pechos inflados de orgullo. Ray había vuelto a aparecer y me saludó, aunque dedicándome apenas una sonrisita resentida, como si él y yo fuéramos un par de insignificantes matones a quien acababa de detener la policía caminera, y esa fue la última vez que advirtió mi presencia.

Miré a través de la pared de vidrio cómo la noche lentamente empezaba a elevarse en el cuenco del valle a nuestros pies y cómo se encendía el brillo de unas suaves luces tenues. Arriba de las montañas, sin embargo, todavía era de día. Un terreno realmente espectacular. Las pálidas corrientes de un atardecer violáceo se levantaban alrededor de la mesa, así que una no tenía que conversar con nadie, o casi podía pretender que estaba conversando con alguien sin hacerlo de verdad. En algún rincón de ese suave remolino del atardecer, los contadores hablaban entre ellos y, al parecer, se contaban chistes. Sus explosiones de risas estridentes sonaban como resmas de papel siendo trituradas, pero después de cada explosión recuperaban instantáneamente la sobriedad y giraban con deferencia en dirección a Ray.

Terreno… ¿era eso lo que yo había querido decir? "Qué lenguaje están hablando", le susurré a Christa, sentada en el oscurecerse de su propia nube.

"De verdad, mejor toma un poco de agua", me dijo. "No te preocupes, es toda agua embotellada. A propósito, hay packs enteros en tu bungalow, me olvidé de mostrarte, están en una de las alacenas; de todos modos, para lavarte los dientes el agua de la canilla está okey".

Hablaban inglés, me acabé dando cuenta, pero especializado. Uno de ellos terminaba de redondear un chiste que parecía involucrar a uno de los Padres Peregrinos, un pavo, una esposa y tasas crediticias de algo llamado Swaps.

Todos se largaron a reír otra vez con estridencia. Ray tamborileó sus dedos sobre la mesa, haciendo un ruido como de trueno distante. Con caras dulces, infantiles, los contadores y etcétera giraron de nuevo hacia él y, de repente, él se incorporó.

"Caballeros", dijo con una pequeña reverencia. "Si todo sale

como lo anticipamos, tengo mucho que ganar con esta transacción. Pero si a la hora de concretar, por cualquier percance, todo esto se cae, déjenme recordarles que, gracias a la cláusula de horas facturables que fueron tan amables de anexar a nuestro contrato, los perdedores van a ser solo ustedes. Yo los felicito por su esfuerzo y albergo las más altas expectativas en que su irreprimible confianza esté justificada, tanto para su beneficio como para el mío. Pero en este punto tal vez corresponda un momento de sobriedad, un momento de reflexión sobre la endeble naturaleza de cualquier carrera profesional. O, para decirlo de otra manera, no piensen ni siquiera por un momento que si el bote empieza a hacer agua, voy a tirarles una soga. Estoy seguro de que todos recordarán ese acertijo zen acerca del gran maestro, su discípulo y el pato atrapado en una botella".

Vació su gran copa de vino, glug glug glug. "¿Todos recuerdan la lección del maestro?", dijo. "*No es mi pato, no es mi botella, no es mi problema*". Con un golpe, dejó su copa sobre la mesa y giró para salir de la habitación.

"¿Qué te dije?", Christa me miró.

¿Qué me había dicho? No tenía la menor idea. Supuestamente en ese momento yo había estado dormitando, planeando sobre los vientos polares mientras los dos aguerridos exploradores perseguían sus metas inútiles bajo el remoto e irónico titilar de las estrellas.

"Además", dijo Christa, "creo que se está viendo con alguien de por acá".

"¡Oh!", dije, y pensé en lo doloroso que debía ser para una mujer de su belleza y su glamour tener cada mañana esa información mordisqueándole el cerebro, y pensé en cuán rápido la belleza y el glamour de alguien pueden volverse irrelevantes para estándares que apenas empezaban a desarrollarse un mes antes, o cuán rápido pueden ser suplantados por cualquier chica que pase por ahí. "Oh", dije de nuevo.

"Sí. *Oh. Oh*, puedes repetirlo todas las veces que quieras", dijo ella, y yo me di cuenta de que los contadores y etcétera habían desaparecido de la mesa. Sobre el mantel solo quedaban las migas.

“Buenas noches, entonces, supongo”, dije mientras Christa se alejaba. “Supongo que voy a volver a mi…”.

Subí las escaleras hacia mi dormitorio y me puse a desempacar, pero me enfrenté al problema de dónde poner las cosas, así que decidí dejar el tema para la mañana siguiente. Rechazar por completo mi vida me pareció entonces un tanto menos verosímil y menos deseable de lo que me había parecido un par de horas antes, así que después de todo prendí mi computadora.

Revolví la valija hasta encontrar mis pijamas y abrí las ventanas para que corriera la brisa. Me sentía un poco mareada, como si estuviera borracha, y supongo que un poco lo estaba, de tanto vino que me había parecido apropiado deglutir durante la cena, pero sobre todo estaba exhausta, aunque todavía completamente despierta, como siempre solía pasarme: completamente despierta y pensando cosas sobre las que no puedo hacer nada al respecto. No poder hacer nada al respecto. No poder hacer nada al respecto. También un golpetear muy poco familiar y de alguna manera rítmico me sugería que algún tipo de monstruo, una intrépida serpiente, por ejemplo, me llamaba desde las enredaderas justo afuera de mi ventana, y trataba de hacerme abrir los mosquiteros para dejarla pasar.

A modo de justificativo de mi siesta en el auto, le había mencionado a Christa mi completamente exasperante resistencia al sueño, y ni bien nos sentamos a la mesa, ella me pasó tres o cuatro píldoras envueltas en un pañuelito de papel. “¿Qué son?”, le pregunté. “Son de Ray”, me respondió. “No se va a dar cuenta”.

Un par de meses antes yo había consultado con un médico acerca de mis problemas para dormir y él me había preguntado si quería que me recetara pastillas.

“Tengo miedo de que anestesien mis emociones”, dije. Él me miró apenas disgustado, como para recordarme que tenía un consultorio céntrico y que yo no era la primera histérica obsesionada consigo misma con la que lidiaba ese día. “Entonces lo ideal sería que descubrieras por qué no estás durmiendo”, dijo.

“¿Qué es lo que hay que descubrir?”, dije. “Atravieso el tiempo a

toda velocidad, atada a esta bomba a punto de explotar que es mi vida. Y, además, pareciera que la meta está cada vez más cerca y que la gran intriga es quién llegará primero: el mundo o yo. Lo que no puedo descubrir es por qué todos los demás pueden dormir tranquilos".

"Todos los demás pueden dormir tranquilos porque todos los demás toman pastillas", dijo el médico. Así que me dio una receta y yo tomé sus pastillas durante cinco noches seguidas y tiré el resto al inodoro. El problema era que me mandaban derecho a dormir, antes incluso de que tuviera alguna chance de encender las preocupaciones en mi cabeza, y dormía durante horas y horas, pero después de atravesar la noche abriéndome paso a través de oscuros túneles que apestaban a osario y deslizándome entre bultos palpitantes y viscosos —mis propios órganos, tal vez—, me despertaba completamente agotada, y a la mañana, cuando me ponía a pintar, me parecía estar mucho más chapucera o menos exigente conmigo misma de lo que usualmente solía ser. A lo mejor mi pintura no era mucho peor de lo que había sido antes, pero sin dudas con las pastillas que no fuera mejor ya no me importaba lo suficiente.

Así que después, cuando dejé de tomar las pastillas y volvió a importarme que mi pintura no fuese lo suficientemente buena, tuve que empezar a preguntarme *por qué* me importaba que no fuese mejor.

Tenía que afrontarlo, con o sin pastillas, mis emociones estaban anestesiadas, a menos que la fatiga contara como emoción. Así que decidí obligarme a mí misma a dejar de pintar por un tiempo, o tal vez para siempre, obligarme a parar por completo, a menos que algo se impusiera sobre mí, algo a lo que deshonraría por completo si no pintaba mejor de lo que ya era capaz de hacer. Y por eso no envíe materiales a lo de Ray y Christa, porque el viaje me pareció una oportunidad ideal para despejar mi mente de cualquier impedimento para pintar mejor e, incluso, si en lugar del impedimento me quedaba con nada, por lo menos sobre mi cabeza brillaría el sol.

Tiré mi valija a un estante para valijas —alguien se había tomado el trabajo de pensar hasta el más mínimo detalle— solo para evitar que algún bicho se le subiera encima, aunque lo más probable fuera que, si había algún bicho por ahí, lo hubiera traído yo en mi valija, y de nuevo me sentí mareada. Quizás necesito hidratarme, pensé, y bajé las escaleras y abrí la puerta de la cocina en busca de agua.

Una pequeña persona, piel y hueso, vestida con una camisa a rayas rojas y negras y unos pantalones ajustados con un estampado escocés, también rojo y negro, estaba sentada a la mesa y me miraba con unos ojos negros inmensos que parecían delineados con kohl. Tenía una encantadora y desproporcionada nariz curvada hacia abajo, y una cara tan cerosa e intensa entre la penumbra de rulos negros que la imagen se me quedó grabada en las retinas.

"¿Te molesto?", dijo.

"No todavía", le contesté. "Quiero decir, nos acabamos de conocer".

"¿El ruido?", me preguntó.

Esparcidos frente a él sobre la mesa había retazos de tela y papeles de colores y pequeñas figuras hechas de arcilla y madera y varios otros materiales, un pote de pegamento y algunas herramientas, incluido un pequeño martillo… oh.

"¡Me encantó *Terra Nova Dreaming*!", le dije. "De verdad, me encantó".

"Bien", dijo él. "Así puedo usar tu opinión en esta nueva obra. Me gustaría hacer una función acá, pero se me ha ido bastante de las manos: hay un montón de personajes, incluidos unos murciélagos que se tienen que convertir en drones autopropulsados y después volver a ser murciélagos, una maniobra bastante complicada. Un par de chicos del pueblo pueden ayudarme tras bambalinas y Fred podría hacerse cargo de las luces, pero un buen ojo extra en la platea me vendría muy bien".

"¿Fred?", dije.

"Un muchacho que les maneja el auto y ayuda con el parque y otras cosas. No sé cuál es su verdadero nombre. Ray y Christa lo

llaman Fred. Es bueno con las manos, aunque un poco errático, me parece. De todos modos, no me gustaría quitarte demasiado tiempo. Christa me avisó que venías y supongo que querrás ocuparte de tus propias cosas, ¿por qué otra razón vendrías si no a un lugar como este?".

"¿A relajarme, por ejemplo?".

"¿Sí? Debes estar usando una técnica de relajación bastante fuera de lo común".

Fruncí el ceño. "¿Por qué…?".

"Ey, ni siquiera los expertos mundiales en relajación aparecieron esta temporada, ¿no lo notaste? La pandilla entera ha cancelado, todos los burócratas de siempre y los demás acostumbrados a vivir de arriba. Yo vine porque la universidad le cortó los fondos al programa de artes donde daba clases y lo primero que hicieron fue desalojarme de mi departamento, y con esto de estar armando la nueva obra y no tener exactamente lo que se llama un ingreso, a partir de ese momento cualquier limosna de lujo se volvió algo definitivamente atractivo para mí, sean cuales fueren sus costos ocultos. Supongo que habrás venido por alguna razón similar. De todos modos, la responsabilidad corre por nuestra cuenta, es obvio".

"¿La responsabilidad…?".

"¿La responsabilidad? ¿De entretener, distraer, difuminar, amortiguar? ¿Corre por nuestra cuenta, como en tu cuenta y mi cuenta, como en que tu y yo nos tenemos que hacer cargo? Es por eso que casi ni he aparecido por la casa principal y, como establecí esa política inmediatamente al llegar, el gesto ha sido interpretado como un claro signo de genialidad. Se lo escuché decir el otro día a Fred, si es que lo entendí bien. De cualquier modo, sugiero que adoptes mi ejemplo. Lo más pronto posible, de hecho, porque las cosas claramente están por empeorar".

"Um… Me parece que ya es un poco tarde para mí", dije.

"Mmmm". Me miró con una mezcla de interés y piedad distante, como un entomólogo contemplando algo encerrado en un frasco.

"Dos cosas", dijo, y comenzó discreta pero implacablemente, como un adivino, a bajar las despiadadas cartas una a una sobre la

mesa.

“No puede ser cierto”, dije una vez que terminó y se quedó mirando con tristeza más allá de la ventana a mis espaldas. “¿Es todo verdad?”.

“Puedes comprobarlo tú misma”, me dijo.

Fui hacia la ventana y, sin lugar a dudas, lejos, en la distancia, oscilaban unas linternas. Y, a medida que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, empecé a distinguir una pequeña línea de gente que, por un camino polvoriento, se aproximaba al agua arrastrando tras de sí pequeños carros cargados de bultos y cosas.

“Esperan los botes toda la noche, a veces incluso un poco más. Es por orden de llegada, según entiendo. Hace un par de semanas no era tan frecuente, pero ahora pueden verse casi a diario”.

Al parecer, la mayoría de la gente de esta zona había vivido durante siglos de sus granjas. Pero hace un par de años hubo una serie de lluvias implacables y las inundaciones se llevaron todas las cosechas y después hubo un segundo año de lo mismo. El tercer año fue de sequía, y también el siguiente, así que ninguna de las nuevas plantaciones pudo echar raíces y todo se echó a perder. A la gente ya se le estaban acabando sus reservas de comida, pero entonces Ray compró un montón de granjas que, bajo esas circunstancias, consiguió a muy buen precio. Y en lugar de sembrar cereales o vegetales, decidió, para evitar que los acantilados se desmoronaran y, también para hacer plata fácil, plantar eucaliptos. Los eucaliptos prendieron enseguida, así que todos estuvieron contentos por un tiempo. Pero en el verano hubo un par de tormentas eléctricas, y el alto contenido de aceite de los eucaliptos quedó gráficamente demostrado cuando una de las plantaciones explotó en llamas y quemó por completo tanto casas como cualquier otra cosecha que todavía estuviera siendo cultivada por cualquiera que no le hubiera vendido su tierra a Ray, y eso ocasionó que el precio de la comida se fuera a las nubes. Así que, naturalmente, aquellos locales que podían irse se estaban yendo, y un montón de extranjeros, como Ray y Christa, que tenían terrenos en la zona estaban también

empezando a levantar sus bártulos. “Bien, esa es una de las cosas”, dijo Amos.

“¿Una de las cosas…?”, dije.

“La otra cosa es que Zaffran alquiló una casa sobre la costa, como a cinco millas de acá”.

“¿Zaffran? ¿Estás hablando de Zaffran, la modelo? ¿Zaffran?”.

“Sep”.

“Pero eso qué… por qué habría… ¡Oh!”.

“Sí. Al parecer, es algo que empezó en la ciudad. O eso es lo que Christa parece creer. El gurú de Zaffran vive por aquí cerca y ella viaja cada dos o tres meses a estudiar con él. Lo conoció el año pasado cuando vino a esta zona a hacer esa ridícula sesión de fotos para *Vogue*, todas esas imágenes idílicas de ella con los burros y los campesinos sonriendo de oreja a oreja con los dientes photoshopeados. De hecho, así fue como empezó el negocio de montar en burros; lo de los adorables cascabeles y los flequillos fue una idea de su estilista. Como sea, fue entonces que Zaffran se interesó en el Zen. Antes de lo de *Vogue* no había turistas por acá, pero ahora está lleno, así que en el pueblo la adoran porque ahora todos viven de los turistas. Hace un par de meses Ray se encontró con ella en una fiesta, y Zaffran le dijo que estaba pensando en comprarse una casa por aquí y que necesitaba su consejo y, bueno, esa es la historia”.

“Por Dios”.

“Sep”, dijo él. “De todos modos, Marya, la cocinera, no puede ser mejor y es realmente encantadora. Si no deseas comer en la casa principal, te da comida para que la traigas y te la calientes acá”.

“Por Dios. Pobre Christa. No le puedo hacer eso”.

“Como quieras”, dijo Amos. “Pero acuérdate de lo que te digo: ella te lo va a hacer a ti”.

Su afirmación reverberó en mi cabeza como un portazo. Debería irme arriba, pensé, y dejarlo trabajar en paz, pero se me hacía difícil moverme, así que le pregunté de qué se trataba su nueva obra solo para poder quedarme un rato más.

“Lo mismo de siempre, lo mismo de siempre”, dijo.

“Lamentablemente, nunca pierde su encanto”.

Y mientras Amos empezaba a presentarme los elementos ya familiares y a entrelazarlos en una simple fábula moral, yo empecé una vez más a sentir que caía dentro de un sueño. Había un castillo, un rey avaro, una reina de adorno. Había cocodrilos famélicos girando atentos en el foso. Había soldados con armadura parapetados detrás de los muros, listos para lanzarle al enemigo cubas de aceite hirviendo, y detrás de los soldados, dentro de las torres, generales que programaban un ejército de drones cuyas sombras ya plagaban la campiña.

¿Quién era el enemigo? Por supuesto, los siervos, pero solo un enemigo en potencia. Usualmente trabajaban a destajo excavando pasadizos bajo tierra para, con la ayuda de los burros de carga, traer a la superficie grandes sacos de joyas y oro con los que acrecentar las arcas reales. ¿Pero qué pasaba si la ira inflamaba los corazones de los siervos y de los burros? Eran demasiados.

“Pero lo que el rey y la reina no entienden”, dijo Amos, “es que los corazones de los siervos y los burros *ya* están inflamados de ira, y los murciélagos, que se ocupan de volar entre las minas y las torretas del castillo, son los mensajeros. Están del lado de la servidumbre porque aman la libertad y volar de noche y la justicia, que es tan ciega como ellos. Y la novedad es que los burros, una vez sublevados, resultan ser unos estrategas infatigables”.

“Umm”, dije. “Interesante”.

“¿Sí?, estoy contento. No requiere pensar demasiado, es cierto, pero me parece que tiene posibilidades”.

“¿Cómo la vas a llamar?”.

“Cómo la voy a llamar, cómo la voy a llamar…”. Su atención parecía reconcentrarse solo en una de las pequeñas figuras, a la que le estaba pegando algo que, me pareció, era un mameluco naranja de prisionero. “Umm, creo que lo voy a llamar *La mano que te da de comer*”, dijo.

“No estoy segura de que sea un gran…”.

“Sí, lo es”, dijo. “Es un gran título. Tranquila: ya voy a encontrar alguna forma más apropiada para llamarla frente a esta audiencia”.

“¿Y cómo termina?”, pregunté.

“Todavía no lo tengo muy claro, pero esto es lo que estoy tratando de hacer: hay una gran revuelta popular y por algo así como tres minutos va a sonar una gran oda rapsódica, para regocijo de los siervos, los burros, los murciélagos y la audiencia. ¡El gran final!, piensan todos. Pero no, porque hay un segundo acto, y resulta que el avaro rey y su reina no eran más que títeres de un poder mayor, innominado, invisible, para quien trabajaban manteniendo el orden en este Estado satélite”.

“¿Alguien como… Dios?”.

“Alguien como ejecutivos de grandes corporaciones”, dijo Amos. “Y ahora que el rey y la reina han sido derrocados, se declara el toque de queda y las leyes del reino, tal como se conocían, se suspenden indefinidamente, y los ejecutivos de las grandes corporaciones autorizan al ejército a arrasar la campiña circundante y a encarcelar a los murciélagos, al rey, a la reina, a todos, de hecho, excepto a los siervos y los burros más fuertes, a quienes van a obligar a seguir trabajando a destajo en las minas, pero en peores condiciones que antes”.

“Uau”, dije. “Eso es bastante… bastante depresivo”.

“Sí, es cierto, pero bueno, así es la cosa”.

“No puedo creer lo cansada que estoy”, dije. “Quién sabe qué hora es ahora en casa. Creo que voy a subir. ¿Te dijeron dónde guardan el agua?”.

“Toda tuya”, dijo, y abrió una alacena que contenía packs y packs de una marca de agua embotellada carísima. “¡Y buena suerte con tu asunto de la relajación!”.

De regreso en mi cuarto, me pareció que podía escuchar un continuo y sordo murmullo levantándose desde el pueblo… los usuales ruidos nocturnos, por supuesto. Solo eso… los sonidos de la noche en cualquier lugar del mundo.

Miré con atención las pastillas que Christa me había dado. Eran blancas, pequeñas. Envueltas ahí en su pañuelito de papel no parecían para nada peligrosas.

No es que importaran demasiado. No es que nada en realidad

importara demasiado.

Desperté no exactamente descansada, más bien en blanco, como si la noche no hubiera sido una noche sin sueños, sino la supresión de una noche. De hecho, ¿dónde estaba? Caminé lentamente a través del suelo extraño hacia la extraña ventana y la improbable realidad se reafirmó a sí misma. Desde allí podía ver el mar y los acantilados bañados por delicados rosas y amarillos y verdes y azules, como si el sol les estuviera confesando sueños de juventud a las dormidas rocas y las dormidas aguas, sueños donde las rocas nacían desde el centro ardiente de la tierra, donde las aguas justo antes de ser mancilladas por la vida todavía gozaban de estática pureza, era como si el juego de colores pálidos fuera la canción de cuna que el sol les cantaba al mar y a los acantilados, una canción que versaba sobre transformación y resiliencia.

Ya no quedaban rastros de la gente que la noche anterior había visto desde la ventana de la cocina. ¿Podía toda la conversación con Amos no haber sido más que una ilusión? No había ni siquiera una ola en el mar, liso como un vidrio.

Llegaba hasta mí un leve tintineo. Asomé la cabeza y pude ver uno de los, presumo, habitantes del pueblo, o un campesino vestido con ropas blancas y sueltas y un colorido sombrero de ala ancha liderando una procesión de burritos grises adornados con cascabeles y arneses llenos de flecos y cucardas, subían por un camino de escalones y cada uno cargaba sobre su lomo un turista grande como un saco de papas.

Me puse a revisar un par de cosas en mi computadora, que aparentemente había dejado prendida, y abrí mi correo —el wifi funcionaba a la perfección, tal como Christa había prometido— esperando que algo me indicara que, de hecho, el mundo todavía existía, como para algún día poder volver a él. Y entonces ¡sorpresa!, encontré un email de Graham.

Como si la saciedad de una lluvia acabara de caer fuera de mi ventana, dentro de mi cuarto florecieron todas las fragancias de las enredaderas. La felicidad se esparció por mi cuerpo con una estampida. En mi desolación, y más allá del extrañamiento, más allá

de las distancias, había logrado evidentemente invocar al verdadero Graham y no solo a la aparición que había venido a mí en el aeropuerto. Me envolvió el aire pródigo, y lo inhalé y me expandí como si mi cuerpo, durante un largo, larguísimo tiempo, hubiera estado oprimido por fríos grilletes. Me contuve a mí misma solo para ser capaz de obtener un segundo más de voluptuosidad, y después abrí su correo.

> ¿Prisionera? El mundo es inmenso. Solo eres una prisionera de tus propios miedos. Si no la estás pasando bien en la prisión de tus miedos, ve a algún lugar mejor. O quédate ahí, si lo necesitas. Pero no me eches la culpa a mí. Es obvio que esperas que yo sea tu solución, como si existiera algún tipo de número secreto por el cual serías perfectamente divisible. ¿Por qué se te ocurre pensar que alguien podría cumplir esa función para ti? ¿Por qué se te ocurre que alguien podría cumplir esa función para cualquiera? No soy alguien que no llega a ser yo. Yo soy yo. No soy ningún número mágico, soy tan solo un bípedo. Está bien, a lo mejor mi alma no es más que polvo, pero ¿una prisionera?, ¿unas pantuflas?, ¿un granero?, ¿te parece? Aunque claro, no tengo ni idea…

¿Qué? ¿"Prisionera"? ¿"Pantuflas"? ¿"Granero"? ¿Qué estaba fumando Graham allá en Barcelona? Pero de todos modos… ¿alguna de mis ideas fugaces había realmente llegado hasta él, aunque sea ligeramente torcida, pero había llegado a él, como una torcida flecha de Cupido? ¿O qué era lo que pasaba? Sentí que un escalofrío me corría por la espalda, como si, extrañamente, mi cuerpo se estuviera encogiendo. Algo extraño sucedía… ¡Oh! No, no, no, no, no, no, *no:* el correo de Graham era una respuesta… una respuesta a… a un email *mío,* aparentemente enviado a las tres de la mañana:

> Cuando me vendiste a ellos, ¿imaginaste las consecuencias que me traería, los vagabundeos por los túneles, la vida a oscuras bajo tierra, iluminada solo por los sacos rellenos de heladas y relucientes gemas? ¿Qué esperabas conseguir al despojarme? ¿Algún tipo de subsidiaria? Ya se terminaron mis días de estar sentada sobre la tierra, bordando pantuflas para los pequeños murciélagos (que son

> tan inocentes como despiadados son el rey y la reina) cantando en tanto que adornaba las paredes del granero. ¡Tu apoyo al régimen corrupto te ha costado a ti mucho más de lo que me ha costado a mí! Sí, ahora soy una prisionera, pero tu alma se ha convertido en polvo, estos son los hechos. La palabra "A***", ¿es a eso a lo que te refieres? ¿Te "a**"? Ahora estoy en otro país y hablo otra lengua, donde no existe la palabra "A***". Oh Graham, Graham, ¿voy a morirme acá?

Y después, terminé de leer su mensaje:

> … de qué estás hablando (sí, ya sé, como siempre, ¿no?). Pero bueno, en caso de que tengas un mínimo interés por saber cómo estoy, estoy okey. Lo de Barcelona no salió del todo bien, así que supongo que ya es tiempo de ponerse en movimiento. Europa es realmente cara y es difícil conseguir un trabajo si no eres miembro de la Unión Europea. Pero África es casi todo un lío, lo mismo que Latinoamérica. ¿Australia? ¿Para qué? China es imposible y Japón, obviamente, no da. Así que a lo mejor me vuelva a Estados Unidos, solo como para rearmarme un poco, aunque Dios sabe que allá está todo totalmente acabado, ¿o no? Ya fue, de verdad, realmente ya fue. Bueno, espero que estés bien. Aunque no suenas para nada, nada bien. A lo mejor tendrías que ver a alguien, conseguir algunas pastillas o algo. Y ya que estamos te comento: tuve que vender *Blue Hill*. Hubiera deseado no hacerlo, pero no podía traérmelo en la mudanza y dejarlo en una baulera era muy caro; supongo que te gustaría tener una parte de lo que me pagaron porque los compradores se volvieron completamente locos cuando lo vieron y son los dueños de un montón de cosas, a lo mejor podrían encargarte que les hagas un mural para alguno de sus bancos o algo por el estilo. Te aviso si vuelvo. Por ahí nos podemos juntar a tomar algo. Besos. Graham

¿En tanto que?, pensé, "cantando en tanto que". No me extraña que no pudiera dormir: quién podría dormir tranquilo con toda esa estúpida basura pudriéndose en el cerebro y a la espera de arribar a la tierra del sueño. Qué vergüenza, qué vergüenza, y además Graham tenía razón: si, de hecho, alguna vez lo había a***o no era a él a quien a***a, sino a un Graham que, mi propio email lo dejaba

perfectamente claro, yo misma me había armado en la cabeza. Volví a leer su respuesta, y después la leí de nuevo, y cuando me recuperé lo suficiente salí corriendo a toda velocidad en dirección a la casa principal, donde encontré a Christa y a Ray almorzando, aparentemente sin hablar ni mirarse uno al otro. "¿Qué mierda eran esas pastillas?", dije. "¡Le escribí un email a alguien mientras dormía!".

Ahora sí Ray miró a Christa. "¿Le diste uno de mis Vexnixes? ¡Le diste uno de mis Vexnixes! ¿O no?".

"¿Y qué?", dijo ella. "Te dije que tiraras toda esa porquería a la basura".

Yo me quedé parada ahí con la boca abierta. "¿Me diste un montón de pastillas que a ti *también* te hicieron escribir emails mientras dormías?".

"*¡Un montón!*", gritó Ray. "¡Le diste *un montón*!".

"Perdón", me dijo Christa. "Pero dijiste que estabas desesperada. Y a la mayoría de la gente no le hacen nada".

"A mí *sí* me hacen algo", gritó Ray. "¡Son lo único que me hace dormir!".

"Esa mierda te descerebra por completo", Christa se dirigió entonces hacia mí. "Ray incluso *maneja* mientras duerme".

"¡Yo no manejo dormido!".

"Sí, claro, estás muy despierto cuando te subes al auto a las dos de la mañana y te vas destrozando medio camino costero a ver a esa *putita* anoréxica y completamente desquiciada".

"No es *para nada* anoréxica, ¡ella es naturalmente flaca! ¿Cuántas píldoras me quedan?".

"Estás a punto de quedarte sin ninguna", gritó Christa mientras salía tras él, "porque ya mismo voy a tirar todas por el inodoro".

Y después, felizmente, los dos quedaron fuera de mi vista y de mi campo auditivo. Así que me serví el almuerzo, que estaba completamente delicioso. Esa noche fue la primera de una serie de tormentas terribles donde el cielo erupcionaba una y otra vez en redes de rayos y centellas que crujían a lo largo y a lo ancho del agua y de las montañas y del valle. Ray no apareció para la cena, y

tampoco apareció al día siguiente. De hecho, no volvió a aparecer por casi un mes entero, durante el cual Christa alternó entre encerrarse en su cuarto, llamar a golpes a mi puerta para hablar incoherencias durante horas, o arrastrar hacia la casa a viajeros sin rumbo que encontraba por ahí para sumarlos a fiestas de puro descontrol que duraban días enteros. Yo estaba bastante preocupada por ella, sobre todo cuando me di cuenta de que no solo estaba tomando Crestilin, sino también Levelal y Hedonalex.

Cada vez que podía, huía del ruido y la confusión de las fiestas y le pedía a Marya que me trajera comida al bungalow. Y a veces Amos y yo nos parábamos juntos frente a la ventana de la cocina a mirar las tormentas y los incendios que brotaban sobre las laderas distantes. De tanto en tanto, yo espiaba con disimulo a Amos, cuyo rostro reflejaba las llamas con una opalescencia deslumbrante, era como si la luz proviniera directamente de la piel lunar de su cara.

Ray todavía estaba desaparecido cuando un día Christa vino a mi cuarto. Tenía puestos unos pijamas sueltos y viejos, y contra el pecho cargaba una brazada de vestidos hermosos, hermosos, completamente hermosos. “Ahí tienes”, me dijo. “Son tuyos, ya no los quiero”. Las lágrimas brotaban y enseguida se sosegaban y enseguida volvían a brotar de sus ojos. Yo tomé los vestidos y nos quedamos las dos ahí paradas y nos miramos una a la otra y después ella se dio vuelta y se fue. Por supuesto, durante ese tiempo pensé un montón en Graham, y me di cuenta de que no lo extrañaba tanto a él, sino a su aparición, esa aparición tan lejana y distinta a él, y una y otra vez llamé a su aparición, la invoqué, hasta que de tanto llamarla la desgasté por completo, hasta que ya no quedó nada de ella, aunque su pérdida no fue una completa nulidad: ahora podía sentir una incómoda mancha marcando el lugar donde había estado, como un parche zurcido en una media.

Vi cómo las llamas enloquecidas devoraban los eucaliptos de Ray, que crecían donde una vez había habido pequeñas granjas y cosechas, y me lamenté de no haber despachado hacia aquí mis pinceles y pinturas antes de viajar. Así que Fred me llevó un día hasta el pueblo más cercano y ahí me gasté la mayoría de los

vivarachos billetes que tan poderosa me habían hecho sentir comprándome materiales más o menos aceptables.

En el camino pasamos junto a un par de burros, dulces cositas grises y pequeñas con ojos tan negros como los de Amos. “¡Burros!”, dijo Fred con cariño.

Fred apenas si hablaba inglés, así que no sé exactamente qué me estaba contando; creo que era algo así como que él tenía una esposa y un montón de hijos y que su esposa era panadera y que era ella quien cocinaba las masas deliciosas que Marya servía cada día, pero que el precio de la harina ahora era tan alto que el resto de la gente de la isla en general no podía permitirse comprarle pan.

Creo que me dijo que era electricista, pero que como por estos días no había mucho trabajo, él había empezado a hacer lo que hiciera falta para Christa y Ray, para poder llegar a fin de mes. No estoy del todo segura, pero me parece que dijo que también estaba ayudando a construir un generador para el pequeño hospital de la zona, y que a veces había alguna urgencia eléctrica, así que él tenía que dejar lo que fuera que estuviera haciendo para Christa y Ray y correr a resolver el problema.

De todos modos, era bueno haciendo un montón de cosas y fue lo suficientemente amable como para ayudarme a tensar un par de lienzos. La casualidad me había seleccionado para que, de la manera en que yo pudiera, fuera testigo de los demoníacos, vengativos, ardientes e irremediables incendios que consumían los árboles que habían reemplazado a las cosechas; para observar el momento en que, en el corazón de las llamaradas, los árboles que las sostenían se volvían fantasmas, puros recuerdos del fuego.

En esos días no estaba ni despierta ni dormida. Los incendios, el mar, las fiestas, Christa, Marya, Amos y Fred se entretejían y serpenteaban por entre la luz turbulenta del día, los atardeceres, las noches humeantes y fosforescentes. El agua se había vuelto áspera y gris y en la costa había brotado un pequeño grupo de chozas donde la gente esperaba que en el horizonte apareciera un bote. A veces pensaba en Howard, mi exempleador, parado ahí mientras yo me iba, sin mirarme.

Me alimentaban; en casa, alguien también alimentaba a mi gato. Dispuse todo para quedarme un mes más. Volvió Ray y las fiestas salvajes terminaron de golpe, aunque de vez en cuando todavía algún auto lujoso bramaba por el camino y escupía frente a nuestra puerta a un par de adolescentes borrachos y escandalosos que había que ahuyentar inmediatamente. Mirando páginas en internet me enteré de que Zaffran había empezado a salir con un actor joven. Los primeros días después de su regreso, Ray estaba irritable y silencioso, pero enseguida, como si hubiera logrado algo notable, se volvió alegre y expansivo y Christa empezó a hacer planes para redecorar. "¿Quieres que te devuelva los vestidos?", le pregunté. "No creo que los use". "¿Los vestidos?", dijo ella. Después me dedicó una vaga sonrisa y me dio unas palmaditas, como si yo hubiera ladrado.

Tres semanas de lluvias torrenciales nos mantuvieron a todos encerrados adentro, y para la semana siguiente, cuando amainó, yo ya había terminado casi todo y Amos estaba listo para hacer una presentación de su obra, a la que, provisoriamente, llamaba *Estado de emergencia*.

Los fríos y húmedos incendios todavía se cocían a fuego lento y varios burros se habían resbalado y muerto al fondo de un barranco, así que había pilas de sangre y huesos rotos, aunque ningún turista herido. Con la ayuda de Fred y unos chicos del pueblo, Amos construyó un pequeño teatro en la casa principal y todos nos instalamos a ver el espectáculo: Christa y Ray y yo, por supuesto, y Marya, y un par de europeos y sauditas que todavía conservaban sus casas de vacaciones en la zona, y un visitante de Jaipur que diseñaba software para una gran corporación estadounidense y su elegante esposa. Para la ocasión me puse uno de los vestidos hermosos de Christa, el único que me hacía lucir seriamente loca.

El telón se levantó al ritmo de una vibrante y ominosa línea de bajos.

Uno podía oír el chapotear de los cocodrilos en el foso y el tipear letal de los teclados de las computadoras dentro de las torres.

El zumbido profundo y tenso de los sintetizadores comenzó a amplificarse lentamente, al tiempo que el turbio amanecer revelaba un escuadrón de drones circulando los cielos alrededor del castillo. Fred había hecho un trabajo increíble con las luces y el escenario, con sus fondos hermosamente pintados, era tan vívido y tan atractivo que al sentarse ahí, frente a ellos, uno se sentía como si hubiera sido miniaturizado y estuviera viviendo en un espléndido castillo, yendo y viniendo por sobre sus pisos de piedra roja y entre sus cortinajes de seda. Burros y siervos se esforzaban duramente en la profundidad de las cuevas, y entonces, al pulsar de los instrumentos de viento, pestañearon y se abrieron constelaciones de brillantes ojos amarillos, revelando cientos de murciélagos que colgaban cabeza abajo.

Sobre una versión electrónica y reducida de la partitura, Amos había montado un registro de las partes vocales; los contundentes recitados y las complejas, entrelazadas líneas vocales estaban grabadas en su propia voz, una voz extraña, trémula y ligeramente nasal. Y mientras el conflicto crecía en dirección al clímax de la historia, los poderosos tiranos —el rey y la reina, los generales y los cocodrilos en el foso— cantaban sobre su insaciable necesidad de oro y sobre sus crecientes temores. El crepúsculo se intensificó sobre ellos y las colinas detrás del castillo se volvieron rosadas. Pequeñas y oscuras masas amorfas se congregaron hasta volverse columnas de burros y siervos avanzando. Destelló el sonar de flautas y flautines y Marya se aferró a mi brazo con todas sus fuerzas, mientras un gran embudo de puntos en remolino surgía de las torres y los murciélagos llenaban el cielo, y la voz temblorosa de Amos, en un maravilloso y complicado sexteto, al mismo tiempo lloraba la caída del brutal régimen y celebraba el asombroso triunfo de los inocentes.

Entonces descendió el telón y se hizo un pequeño y breve silencio, hasta que Marya y yo empezamos a aplaudir. El resto se unió tibiamente.

“Muy bueno, muy bueno”, dijo el hombre de Jaipur.

“Nos encanta tener artistas trabajando aquí”, le dijo Christa a su

elegante esposa. “Es una atmósfera que promueve la experimentación. A veces las cosas salen bien y a veces fallan, pero qué se le va a hacer”.

“Ese fue solo el primer acto”, dijo entonces Amos. “Este es el intervalo”.

“Ah”, dijo Ray sombríamente. “Bueno, estiremos un poco las piernas entonces y tomemos un trago antes de tener que volver a sentarnos”.

“Les pido disculpas, pero no va a ser posible que me quede al segundo acto”, dijo uno de los saudíes. “Tengo un vuelo mañana temprano. Muchas gracias. Fue una velada de lo más placentera e inesperada”.

Así que el resto de nosotros tomamos un trago y caminamos un poco y nos sentamos para el corto segundo acto.

El telón se levantó y apareció un paisaje arrasado. Rígidos, los cuerpos del rey y de la reina se balanceaban colgando de las ramas desnudas de un árbol. Con quejidos y chirriar de maquinaria, las ruinas del castillo se levantaron inestables sobre la faz de la tierra. Montones de cadáveres humeantes tapaban el foso.

Tres generales, antes al servicio de la ahorcada pareja real y ahora al servicio de los ausentes ejecutivos, aparecieron en el proscenio. Uno cantó a los peligros de la prosperidad y la salud social que los vencidos rebeldes habían representado. El segundo se le unió con un lírico recuerdo de su amado padre, también un general, muerto en cumplimiento de su deber. Y el tercero le cantó a un siervo conmovedoramente bello y rebelde, a quien se había visto obligado a matar.

Hubo más quejidos y chirriar de maquinaria y desde la tierra, enfrente del castillo, se levantó una línea de esqueletos —siervos, murciélagos y burros— unidos por pesadas cadenas. Los generales, ahora en una de las torres más altas, le dieron un par de tragos a una botella de champagne y, para el gran final, los esqueletos, con las cabezas gachas, cantaron una endecha elogiando el estado de sitio.

Después, una vez más, bajó pesadamente el telón. Hubo otros

pocos momentos de silencio confuso y después Marya y yo empezamos a aplaudir con todas nuestras fuerzas y los otros se unieron pero solo un poco, entonces Marya desapareció sin hacer ruido en dirección a la cocina para darle los toques finales a la exquisita cena que había preparado, y Ray se incorporó.

"Bien", dijo. "¿Y ahora?".

Ya rara vez voy a fiestas, pero la otra noche fui a una y allí estaban Ray y Christa, luciendo maravillosos como siempre. Nos encontramos en medio de la apretada concurrencia solo por un momento, y cada uno de ellos me dio un beso rápido en la mejilla y siguió su camino, sin parecer recordar exactamente quién era yo.

A la mañana siguiente llamé a Amos, con quien tomo un café de vez en cuando, y arreglamos para juntarnos esa misma tarde. Él justo había regresado de una gira con *La mano que te alimenta*, había hecho funciones en Sheffield, Delft y Leipzig, donde aparentemente había tenido un módico éxito. "¡Me encantaría ver de nuevo esa obra!", le dije. "Sí", dijo él. "Está un poco cambiada. Le arreglé un par de cabos sueltos y cosas demasiado enmarañadas y, por supuesto, conseguí gente que sabe cantar de verdad para grabar la música, pero igual no logro que me contraten para montarla acá. Demasiado cara. Y el productor que tenía antes dice que toda la cosa de los siervos es medio un cliché".

Estaba más flaco que nunca, ojeroso, y por primera vez noté que su lustre pálido y extraordinario se había atenuado. "Vamos, Amos", le dije, "me fue realmente muy bien con mi última muestra. Déjame que te invite una buena cena".

"Claro", dijo él en un tono neutro tan forzado que enseguida me di cuenta de que mi comentario le había molestado.

"Uau, Christa y Ray", dije, retrocediendo hacia terrenos más confortables. "De vez en cuando pienso en ellos, ¿a ti también te pasa? Es raro, no importa cómo te sientas respecto a un lugar, es como si a pesar de todo terminaras intercambiando algo con él. El lugar se queda con una partecita tuya y tú con una partecita del

lugar.”

“Sí”, dijo Amos. “Y la parte que a uno casi siempre le toca es la parte de tener que partir”.

Poco tiempo después de que regresáramos a la ciudad, o por lo menos eso es lo que Amos había escuchado, tiraron abajo los últimos eucaliptos de Ray con el fin de prevenir futuros incendios. Después colapsaron los acantilados y un alud de lodo barrió con las últimas casas del pueblo. Ray y Christa cerraron su casa y se fueron justo antes de que los isleños la prendieran fuego. Así que, obviamente, no volveríamos a ver ese lugar nunca más. Ni nosotros ni nadie.

Y de hecho era difícil de creer, mientras estábamos ahí sentados en ese cafecito bastante sucio a mitad de camino de nuestros respectivos departamentos, que el lugar alguna vez había existido, y que Amos había montado por primera vez su obra allí, esa noche en que las lluvias por fin cedieron y el cielo se limpió y aparecieron las estrellas y la luna dibujó un camino sobre el mar que parecía llevar directamente al paraíso.

Aquella noche, durante la cena, nadie hizo el más mínimo comentario sobre la obra, pero de todos modos teníamos un montón de cosas sobre las que hablar: una nueva droga contra la caída del cabello que estaban desarrollando en Alemania, una película de animación sobre extraterrestres que se estaba alzando con una inmensa ganancia a pesar de su costo sin precedentes, la autobiografía de un adolescente llena de detalles sobre los abusos que había sufrido en su infancia que había sido un *best seller* y que al final había resultado estar escrita por un bromista cualquiera. Y después de que todos bebimos un montón de vino realmente bueno y Marya trajo una tarta de frutas increíble, el hombre de Jaipur se levantó para hacer un brindis y dijo: “Demos las gracias, demos las gracias por nuestros generosos anfitriones, por el arte, por esta hermosa velada y por los apacibles, encantadores días de sol que todavía nos esperan”.

Taj Mahal

Yo era un niño problemático y cuando las enfermedades crónicas de mi madre hicieron imposible que ella se siguiera ocupando de mí, no dudó en empacar mis cosas y mandarme a vivir con su descarriado padre, el director de cine Anton Pavlak.

Ciertos amigos han dicho, en tren de broma, que fue su oportunidad de castigarnos a ambos. Y cuando le cuento a la gente que me mandó a vivir con Pavlak en pleno apogeo de su periodo hollywoodense y nombro a algunas de las actrices que no era extraño protagonizaran cualquiera de los desayunos que compartíamos en su casa, se quedan mirándome como si acabara de decir que mi madre solía mandarme a jugar con tigres y leones.

Estas visitas circunstanciales a la casa de mi abuelo transcurrieron desde mis diez hasta mis casi quince años. Y fueron definitivamente una experiencia reveladora para un niño acostumbrado a la atmósfera de un cuarto de enfermo y su quietud solitaria. Incluso ahora encuentro difícil de creer que mi triste y enfermiza madre fuera hija de Anton, y que Anton hubiera estado alguna vez casado con mi abuela, una anciana terrorífica con acento marcado, vestida de negro de pies a cabeza y que, rondando como un buitre por la cocina de mi madre, aparece solo en mis recuerdos más antiguos.

Mi abuela había formado parte de otra de las vidas de Anton, en otro tiempo y en otro continente, un lejano pasado en el que los dos habían logrado huir de la tormenta que se ceñía sobre Europa, al tiempo que acarreaban con ellos a su pequeña hija, mi madre. El Anton que yo conocí era, de hecho, una figura taciturna y compleja, pero cuya vida transcurría bajo el brillante sol de California y en el centro de un continuo remolino de actividades, flores y colores.

En la casa de Anton pude presenciar peleas, lágrimas, romances, escándalos y reconciliaciones salvajes. Corrían épocas tumultuosas para

el apretado grupo de amigos que servían como instrumento para recrear en fílmico las oscuras visiones de mi abuelo con toda su implícita violencia.

Él podía llegar a ser un tirano y era definitivamente un mujeriego. Como afirman sus detractores, tenía un carácter cambiante y era caprichoso y malhumorado, pero aunque pasaba largas e intensas horas trabajando, y si bien la diaria tarea de supervisar que yo fuera alimentado y vestido recaía casi siempre en el personal de su casa, conmigo siempre fue muy cariñoso.

Fueran cuales fueren las intenciones de mi madre, mis días en la peculiar casa de mi abuelo se encuentran entre los más luminosos de mi vida. Y en las noches en que no puedo dormir y me siento a mirar viejas películas en el televisor, los rostros de deidades como Zoe Sills y Duncan MacGregor sobrevuelan el aire a mi alrededor y se me presentan como cariñosos ángeles guardianes.

Los conocí allí, en la casa de mi abuelo: Zoe Sills, Duncan MacGregor, Evangeline Feld, Peter Lofgren, Coral Durance, Greta Seifert, Roman Karsk, Pansy Resnik, Tara Foley, Luther Kaminsky y Austin Arles. A todos ellos y a tantos otros. Eran divertidos y autoindulgentes y, probablemente porque pasaban la mayor parte de su tiempo, como los niños, jugando a ser algo que no eran, para un niño como yo no representaban más que puro entretenimiento, aun plagados como estaban de los hábitos autodestructivos y narcisistas por los que son famosos los actores.

Ahora, incluso los más jóvenes de la camada ya son viejos, o por lo menos los que quedan. Mi abuelo falleció hace décadas. Evangeline, Pete, Tara y Zoe partieron también hace mucho, y el resto se desvanece de a poco. Pero yo todavía pienso en los pequeños gestos de amabilidad que aquellos amigos de mi abuelo le dedicaron al niño solitario que alguna vez fui, y todavía hoy, tantos años después, deseo hubiera alguna manera de retribuírselos.

De hecho, este intento de evocar a mi abuelo y a sus amigos, de registrar estos íntimos destellos de sus vidas, tienen su origen en una vieja deuda con Pansy, quien me encontró llorando un día en que me raspé una rodilla. Fue ella quien me llevó a su casa y, aun cuando yo podía percibir su aliento a alcohol, con mucho cuidado y suavidad me limpió la herida y la cubrió con un apósito. Después, alegremente, nos devoramos juntos un pote de helado de menta.

El recuerdo me tomó por sorpresa no hace mucho, cuando asistí a una

fiesta de Navidad donde sirvieron helado de menta, y en ese mismo momento decidí averiguar qué había sido de su vida. Después de no pocos esfuerzos pude rastrear a Pansy hasta un ruinoso complejo de departamentos donde pasaba sus días en el más completo estado de abandono, viviendo en un monoambiente con un calentador mínimo en el que se preparaba las comidas. Y aunque pareció confundirme con alguien más, Pansy se aferró a mi mano y un velo de lágrimas cubrió sus viejos ojos, como si, por un momento, algún recuerdo lejano disipara con sus rayos las neblinosas profundidades de su mente.

¿Qué hacer con toda esta mierda? Nada, qué se va a hacer, nada. Pero así y todo, aquellos que quedan y que por casualidad resultan estar en Nueva York —Duncan, Coral, Roman y Luther— se han reunido en el ruidoso bar del restaurant preferido de Roman, en este cristalino día de otoño. Invitaron también a Emma, aunque si no fuera por estas pretendidas memorias, los viejos amigos de su madre sin ninguna duda ya se hubieran olvidado por completo de ella. Incluso en el libro, su existencia se reduce solo a las páginas 48, 49 y 316.

"Pero es que se metió *a la fuerza* en la historia", dice Luther con la mandíbula temblando de indignación. "Clement Rouse, ¿quién es este presunto nieto de Anton? Sea quien sea, esta no es *su* historia. Se metió *a la fuerza* en ella".

"Es una verdadera lástima que su madre no lo *haya mandado* a jugar con tigres y leones", dice Coral mientras el mozo, con una floritura que sugiere que él mismo la ha fabricado directamente a partir del aire, les señala su mesa.

Roman, ahora hecho de puras cejas hirsutas, resopla. "Para ser exactos, esta *es* su historia, la historia de Clement Rouse, la historia de alguien que cree que merecía juntarse con cierta gente, gente que solo se juntaba con su abuelo…".

"Y yo merecía juntarme con William Shakespeare", dice Luther. "A lo mejor es eso lo que debería hacer, ponerme a escribir un libro tratando de capturar los íntimos destellos de la vida de William

Shakespeare. Por Dios santo. '¡*Luther Kaminsky y Austin Arles, Luther Kaminsky y Austin Arles*!'. A lo largo de todo el maldito libro, siempre 'Luther y Austin', 'Luther y Austin'. ¿Y qué pasa con Luther y *Greta*? ¡Por favor!".

"Greta era una mujer maravillosa", dice Duncan. "Que en paz descanse", murmura mientras le palmea el brazo a Luther.

Todavía ni siquiera se han sentado, se chocan unos con otros alrededor de la mesa tratando de besar y abrazar a Emma, la última en llegar. "Es completamente indignante", está diciendo Luther. "Es como algo *griego.* ¡Está asesinando a su abuelo muerto! *Esta* es la manera en que la gente va a recordar *la vida* de Anton. Esta es la manera en que la gente nos va a recordar *a nosotros".*

Roman resopla de nuevo. "Bueno, en primer lugar, uno no puede recordar la vida de otra persona".

"Yo no puedo recordar ni siquiera mi propia vida", dice Coral y, antes de besarla en ambas mejillas, toma entre sus manos la cara de Emma y la inspecciona con sus brillantes ojos de pájaro. "Hola, pollito mío", dice con su familiar voz de whisky. "Pero, ¡por favor! ¿Dónde fue que ocurrió toda esa vida supuestamente orgiástica y salvaje que se supone que teníamos?", le dice después a la mesa en general al tiempo que se sienta. "¿En qué líos andaban metiéndose ustedes mientras yo trabajaba?".

Son casi extraños para Emma, todas estas personas. Lucen extremadamente atildados, como si los años los hubieran enjuagado hasta dejarlos por completo limpios. La última vez que los vio fue hace más de dos décadas, en el funeral de su madre. Y antes de eso rara vez los veía, a ellos y a su madre. Pero es normal que se hayan tomado el trabajo de rastrear a la custodia viviente de los genes de Zoe: ella es, al fin y al cabo, una voz más para acrecentar su pequeño coro de lamentaciones. Resistentes como es evidente que son, estos viejos amigos de Zoe no tienen manera de competir con sus propios caricaturescos simulacros, tan reducidos y banales como el autor del libro los despliega página tras página: Pansy es *dulce pero está gagá*, Duncan es *apuesto pero zonzo*, Zoe es *bonita pero veleidosa*, Anton es *brillante pero frío*, Roman es *talentoso pero vago*,

Luther es un *nabo pretencioso*, y así capítulo tras capítulo cada uno de ellos etiquetado, clasificado y arrojado al tacho de basura.

En verdad, ellos resultan ser virtuosos de lo versátil y sus diversos personajes no adhieren ni siquiera a las regulaciones normales de la cronología. Entre reposiciones, películas de trasnoche, pequeños festivales de cine, pelucas y disfraces, cualquiera puede aparecer en cualquier momento, ahora al norte, ahora al sur, ahora al este, ahora al oeste, ahora un traficante de armas, ahora un médico, ahora al mando de la nave espacial, ahora entrenando un caballo de carrera, ahora cruzando a grandes zancadas la sede de una corporación, ahora dando tumbos en una cantina…

Esta escena alrededor de una mesa también podría perfectamente ser parte de una película, una película a la que Emma ha sido sumada por error. Todos parecen asumir que ella tiene un rol en esta película, pero en realidad es una historia sobre cosas que le sucedieron a otra gente, hace mucho, mucho tiempo.

“Ah, por fin, café”, suspira Emma con satisfacción. “No está mal, ¿eh?”, dice Roman. “Siempre dije que este era un lugar totalmente confiable”.

Aunque Emma es por décadas la más joven de la mesa, es en ella en quien el tiempo ha dejado su marca indeleble. De pronto, toma conciencia de cómo debe lucir para los amigos de su madre: ¡*La hija de Zoe*! ¡Imposible! Mucho más alta que Zoe, arrugas en el ceño y en las mejillas, el pelo gris, severo, cortado justo sobre los hombros, tan diferente de los rulos amarillos de Zoe, y –además– completamente viva, a la edad exacta en que Zoe murió.

Como si hubiera cometido una tonta indiscreción pueril, una sombra se desliza sobre su corazón y, por un momento, vuelve a visitar a su madre en California; está parada frente a la puerta corrediza de vidrio y trata de no largarse a llorar ante la vista de la inmensa y desolada noche; en lugar de nacer, el sol se pone sobre el océano –el otro océano, el océano equivocado– mientras el ir y venir de las olas limpia y lava en su balanceo las astillas del ruido a fiesta que llegan flotando desde el interior de la casa.

“Emma”. Una mano cálida se cierne en torno a ella y, a través de todos esos largos años, la convoca de regreso al restaurante. Duncan la mira con ojos llenos de ternura. Le da una palmadita en la mano: aquí estamos, cariño, aquí estamos. Querido Duncan, el amante de su madre.

“¡Todos estos turistas!”, dice Coral, y es cierto, la gente alrededor se emborracha a fuerza de una serie de cócteles típicos de cualquier *brunch* o desayuno tardío, pero impostando un cierto abandono tentativo, optimista, como si quisieran emular un ritual nativo.

Y el ritual debe estar funcionando: ¡un selecto grupo de dioses menores se ha encarnado frente a ellos! Las sonrisas se contagian de mesa en mesa y algunos sacan sus teléfonos. ¡Ahí está el narcotraficante disléxico de *Toxins*! ¡Y ahí está Phil, de todas esas temporadas de *Flamingo Park*! ¿Y no es esa Coral Whosis, que hace siempre de enfermera en esas películas de clase B y es la voz de la zanahoria en *Vegetable Farm*? Pero, esperen, un momento por favor, los colores no son del todo los correctos; es como si estas apariciones estuvieran… *desteñidas*… ¿Es que acaso son meras proyecciones?, ¿impostores?, ¿fantasmagorías?

“No entiendo qué pasa”, dice Roman. “Usualmente a este restaurant viene gente de lo más civilizada. Debe haber salido mencionado en alguna revista o algo”.

“No recuerdo que Pansy tomara mucho”, le dice Luther a Duncan. “Y su memoria funciona sin problemas. Cené con ella el mes pasado y estaba de lo más bien”.

“¿De verdad vive en un monoambiente y se cocina en un calentador?”, dice Duncan. “Si no lo veo, no lo creo”.

“Bueno, no es lo que se dice un palacio”, dice Luther. “Pero está bien, es un lugar acogedor. Y ella *jamás* cocina. *Odia* cocinar”.

“Hablando en serio, ¿alguien se acuerda de este nieto de Anton?”, pregunta Coral. “Me refiero a ‘*peleas*’, ¡por favor! Cuando mucho, alguna vez alguien pataleó y se quejó un poco, pero ¿*peleas*? Clement Rouse, Clement Rouse… ¿alguien se acuerda de él?”.

“Le falla un poco la vista, pobre, nada más que eso”, Luther le

dice a Duncan.

"¿Me pasarías su número?", dice Duncan. "Me gustaría llamarla".

"¿Fuimos alguna vez... cómo es que nos llama, '*un apretado grupo de amigos*'? ¿Qué piensas?", le pregunta Coral a Roman. "¿Eso éramos?".

"Es una muy buena pregunta", dice Roman. "¿Éramos un apretado grupo de amigos? ¿Éramos un grupo? ¿Éramos amigos? ¿Alguna vez nos caímos bien?".

"Bueno, *yo* te caía bien", dice Coral con una sonrisa pícara, y sus voces se quiebran en unas carcajadas que casi los dejan sin aire.

Un niño pequeño, vestido con un traje, parado como un centinela junto a la puerta de calle de la casa de Anton, mirando a Emma. Emma se baja de su bicicleta y le devuelve la mirada. El niño se mete un dedo en la nariz, como si ella no pudiera verlo, y entonces Emma da media vuelta con la bici y se aleja.

No puede ser muy certero, este recuerdo. ¿Un traje? ¿Como si un nene de diez años estuviera por participar de un panel de escritores?

Ahí está. Ahora el niño tiene puestos unos pantalones cortos, mucho más creíble. Es horrible verle las rodillas llenas de costras.

Cuán abominable es este libro —lleno de sentimentalismo barato, disimuladamente agresivo, ostentosamente moralizador—, un culebrón morboso rebosante de insinuaciones poco sutiles y tímidas calumnias que se hacen pasar por homenaje cariñoso. ¿Pero qué se supone que deben hacer? ¿Ignorarlo?

¡Puras invenciones y chusmeríos! ¿Acaso los entrevistaron a ellos alguna vez? ¿Intentaron llamarlos aunque sea? ¡No!

"Bueno, en realidad trató de ponerse en contacto conmigo a través de mi agente", dice Duncan. "Me avergüenza decir que no le

presté la menor atención, no reconocí el apellido".

Y entonces, ¿cuáles fueron las fuentes del autor? Los recuerdos escasos de un chico aburrido y apenas ingenioso, recuerdos distorsionados por fantasías autoindulgentes y en retrospectiva, mechados con entrevistas chapuceras, mentiras de revistas del corazón y, no cabe duda, cualquier biografía o memoria hollywoodense, hasta la última coma tan poco creíble como la suya propia.

Incluso para Emma el libro es terriblemente perturbador. Zoe no es ni de cerca la protagonista, pero revolotea bastante entre las páginas, aparece por aquí y por allá, y durante días Emma se ha visto agobiada por la sensación de que alguien la ha estado mirando y ha apuntado sobre ella como apuntaría un francotirador, alguien la ha espiado desde la clandestinidad, mientras ella se dedicaba solo a vivir su vida.

Por supuesto, no es precisamente su propia vida, pero incluso por eso es todavía más aterrador. No solo alguien la ha estado mirando, sino que además las sucias manos de alguien se han estado entrometiendo profundo en sus cimientos, retocando, reacomodando todo.

"¿Cuál es el gran problema?", está diciendo Roman. "No es más que otro libro idiota escrito por un idiota".

Los demás, distraídos, murmuran que sí, que es cierto, y siguen pensando en vaya uno a saber qué: las cosas horribles que Rouse dice sobre ellos, sus afirmaciones ridículas, las cosas poco decorosas que han hecho de las que nadie tiene idea…

Todo esto realmente los ha conmocionado. Esta mañana, al despertar, amontonándose en el cerebro de Emma no había más que trapos viejos y la estopa de haber trasnochado: una cantidad de alcohol para la cual ella ya definitivamente no tiene edad, un encuentro de lo más inoportuno, sueños demasiado vívidos, demasiado mortificantes… y la inminente cita con los viejos amigos de Zoe. Miró el reloj, casi mediodía. No podía ser cierto. La piel le dolía como si la hubieran embolsado y dejado caer en la parte trasera de una camioneta que avanzaba a los saltos sobre un camino

lleno de baches. Se arrastró afuera de la cama. Bajo sus pies podía sentir el vibrar de las moléculas del piso.

Se terminó, caso cerrado, dijo en voz alta. *Se terminó, caso cerrado*, gritó.

De verdad, ¿no era esa la cuestión con el pasado? La cuestión con el pasado es que es inamovible.

—

"¿Cómo está tu querido padre?", le pregunta Coral.

"¿Mi padre?".

"Tu padre. ¿Cómo está?".

¿Su padre? ¿De dónde conoce Coral a su padre?

"La última vez que hablamos había estado con una neumonía bastante fuerte", dice Coral.

"¿Estás en contacto con mi papá?".

"No, no mucho. Una tarjeta para las fiestas, ese tipo de cosas. Es un hombre muy amable".

"¿De verdad? No, quiero decir, sí, claro, es un hombre muy amable".

"Y también muy buena compañía. Solíamos divertirnos un montón en aquellos años, cuando todavía eras muy chica como para viajar sola y él te llevaba a ver a tu mamá. Por supuesto, en esos tiempos, él y yo no estábamos de acuerdo en muchísimas cosas, siempre pensé que era un hombre un poco ingenuo, ¿sabes?, un idealista vulnerable a cualquier tipo de propaganda. Pero ahora que han convertido el país en esta cloaca, veo las cosas de una manera muy diferente. En todo caso, siempre fue alguien muy alegre, muy divertido", suspiró. "Parece que va a ser un invierno terrible, ojalá se haya recuperado bien".

"Sí", dice Emma. Sí, le debe una visita. Sí, debería visitarlo pronto.

—

Zoe Sills carecía prácticamente de educación formal, pero amaba las

grandes novelas del pasado, por lo que llegó incluso a nombrar a su hija en honor a Emma, la valiente heroína de Jane Austen. No era extraño encontrarla posada en un diván, envuelta en una suave manta, leyendo. Pero Anton, que era todo un intelectual y unos buenos treinta años mayor que ella, nunca la tomó demasiado en serio.

La verdad es que entre los dos no hubo nunca nada más que la inevitable y por demás genérica atracción entre poder o talento (ambos, en el caso de Anton) y belleza. A Anton le importaban más sus películas que cualquier simple ser humano, y tal vez, al elegir a Zoe para protagonizar Chamaleon *junto a Duncan MacGregor, fue demasiado arrogante —o demasiado egocéntrico— como para advertir lo que inevitablemente iba a pasar. Pero si en la vida real fue incapaz de ver lo que ocurría frente a sus narices, no le quedó más remedio que enfrentarlo cara a cara en la sala de proyecciones, una noche fatídica, mientras contemplaba las tomas filmadas ese mismo día.*

Estaban todos sentados en la sala: Anton, la continuista, Zoe, Duncan, Ruffle Anselm, que había sido el diseñador del vestuario y, por supuesto, Kurt Schoenfeld, el famoso director de fotografía que siempre trabajaba con Anton. Y en el aire flotaba esa inocultable excitación nerviosa que siempre aparece cuando la gente del mundo del cine está a punto de descubrir qué fue lo que la cámara registró durante el día.

Las primeras dos escenas eran simples: Zoe caminando solitaria bajo las hojas en la hora del crepúsculo. No eran más que fragmentos de metraje sin editar, pero así en crudo como estaban, se volvía evidente que las escenas, claramente ominosas, habían sido todo un éxito. Uno podía ver cómo, sobre la perfecta cara de Zoe, se dibujaba cada sensación, cada pensamiento.

Mientras las imágenes se proyectaban frente a ellos, la mano de Zoe se posó sobre el apoyabrazos de la silla de Anton, como si quisiera tocarlo, hacer contacto con él, como si buscara su aprobación. Pero las manos de Anton estaban ocupadas con un lápiz y un block de papel sobre el que tomaba notas, y todas y cada una de las fibras de su ser se enfocaban en la pantalla. Duncan McGregor estaba sentado justo un poco más allá, hacia un costado, frente a Zoe.

La tercera escena, la gran escena del día, era la más larga y la más compleja. Se habían filmado varias tomas. Era la famosa escena en la que el personaje de Zoe se detiene por primera vez a mirar al desconocido personificado por McGregor. Él se encuentra parcialmente oculto detrás de unos árboles, haciendo algo, y solo después de un rato podemos ver, al

mismo tiempo que Zoe, que se encuentra cavando un pozo en la tierra. Su camisa yace a sus pies, toda arrugada; un perro perturbado salta a su alrededor e intenta mordisquearlo. Si Zoe sigue caminando entrará en su campo visual. Ella se detiene, petrificada, para mirar. La intensidad que él proyecta es aterradora pero fascinante.

Pequeñas cosas habían salido mal en cada una de las primeras y muchas tomas. Zoe se tropieza y luego se tienta de risa; la pala se resbala de sus manos y MacGregor deja escapar un insulto; el perro se distrae y deambula fuera de cuadro; Zoe reprime visiblemente un estornudo; un helicóptero cruza por el cielo, y así. "¡Toma ocho!". "Toma nueve". "¡Toma diez!".

A cada nueva toma, se percibe los actores más tensos y menos naturales. En la sala de proyección todos están al borde de un ataque de nervios. Incluso si se pudiera agregar un día extra al presupuesto para rodar de nuevo la escena, el perro ya tiene otro compromiso. Zoe suspira a un volumen notablemente audible, como si quisiera con ese gesto hacer explícita y, por lo tanto, difuminar, la ansiedad general que los sobrevuela, pero ninguno de los presentes responde.

Recién la toma trece, la toma final, logró contar toda la historia. Pero la película siguió corriendo después de que Anton gritara "corte", y en esos pocos segundos, los reunidos en la sala de proyecciones fueron testigos de cómo los dos espléndidos y magnéticos actores se relajaban y reían, sabiendo que por fin habían logrado una toma completamente perfecta. Y después, en el titilar de los últimos cuadros antes del final de la cinta, pudieron ver cómo sus miradas se encontraban, se fundían, se incendiaban.

El silencio en la sala de proyecciones fue completo. Ni Zoe ni McGregor movieron un solo músculo. Deben haber pasado como mínimo cincuenta segundos antes de que Anton hablara. "Veámosla de nuevo, por favor", dijo. Su voz no se había inmutado en lo más mínimo, pero su tono era escalofriante. "Déjenme ver una vez más la toma trece", dijo.

"De verdad que no me acuerdo de eso", dice Duncan. "¿No fue después de que se estrenara *Chameleon* que empezamos a salir tu madre y yo?", mira a Emma como pidiéndole confirmación, pero ¿cómo podría saber ella algo como eso?

¿Y cómo podría saberlo Clement Rose? No cabe la menor duda

de que Clement, que para cuando se filmó *Chameleon* no debía tener más que cinco o seis años, esa noche tampoco estaba en la sala de proyecciones. O, probablemente, nunca estuvo.

Duncan frunce el ceño.

"Sí, estoy casi seguro de que fue después", dice. "No creo que Zoe y yo nos prestáramos mucha atención hasta la época de *Splice*, más o menos. Y de todos modos, para entonces ella y Anton ya se habían separado".

¿Cómo podría alguien saber lo que sea sobre alguien más?

Emma suspira y, como si estuviera quitándose de encima una hebra más de la deshilachada red que desde Adán y Eva se estira y se raja entre las dos pequeñas figuras continuamente repuestas a lo largo y lo ancho de la superficie terrestre, se sacude de la manga un pelo oscuro.

"¿No es increíble?", dice Luther mientras el mozo a toda prisa deja frente a unos y otros los inmensos platos con el desayuno. "¡Llegamos a vivir lo suficiente como para ver a los huevos volverse de nuevo saludables y recomendados por nutricionistas!".

"Y todos esos años en que no se los consideraba más que veneno", dice Duncan.

"Lo recuerdo perfectamente", dice Coral. "Se suponía que había que salir corriendo ni bien aparecía uno".

"¿Y qué opinamos de esta salsa sobre los huevos benedictinos?", dice Luther. "¿También la podemos considerar saludable ahora? ¿Y a la lonja de panceta frita?".

"No te preocupes, ya estamos demasiado viejos como para que pueda matarnos un pedazo de panceta", dice Roman.

"Invité al Ratoncito para que venga a jugar, por favor trátalo bien, hijita, ¿sí? Me parece que está enamorado de ti".

Así es: Zoe convenció a Clement "el Ratoncito" para que fuera a

su casa a jugar con Emma. O, tal como él pareció interpretar su función, a mandonear a Emma y tenerla de aquí para allá. El Ratoncito escarba y se encoge de miedo, aunque no debía tener —no debe tener— más que dos o tres años más que ella, una diferencia significativa en esa época. Pobre Ratoncito, matón por naturaleza, esa fue, probablemente, la primera oportunidad que tuvo de mandonear a alguien.

¡Y ese pelo! Un pelo sin el más mínimo color, como esos hilos de papel con los que a veces separan las peras en la verdulería. Y las uñas comidas, y su pequeña cara triste como un nudo en un piolín sucio… ¡Ah! ¡Y el vestido que tenía puesto la madre de ella, salpicado de hermosas flores rosas…!

Leche y galletitas; el mantel blanco sobre la delicada mesa del té, el blanco destello de la leche y del plato de porcelana, los dos casi igual de fluidos bajo todos esos rayos de sol, las manos sucias del Ratoncito con sus rasguños y sus vendas, el brillo hipnótico del océano, un florero con peonías, las galletitas, el césped recién cortado…

Dos perros callejeros, sentados uno a cada lado de la mesa, preguntándose qué diablos se supone que deben hacer. Ahí está la leche, ahí están las galletitas. Este momento, siempre este momento, el eterno umbral… y todo ese prepararse: aprender a caminar, aprender a hablar, cómo leer la hora en las agujas del reloj, cómo atarse los cordones, aprender sobre las estrellas y los continentes y los dinosaurios, y ahora ella y el Ratoncito sentados uno frente al otro.

Así que uno nace, ¿y después? Afuera reluce el océano. Desde acá todo es ancho y vacío, no se puede ver dónde el agua se confunde con el cielo, no se puede ver qué está escrito en la tenue página de aire. Las magníficas salvas del sol anuncian el nacimiento de cada día y anuncian también su final… y una por una, irrecuperables y sin precedentes, las páginas escritas son reveladas para luego, enseguida, descartarse. Ratoncito mira fijamente una galletita, después estira la mano y la toma.

Para el momento en que llegué a California, Zoe y Anton ya se encontraban nuevamente en buenos términos y, aunque ella había dejado a Anton por Duncan McGregor unos pocos años antes, la veía usualmente en la casa de mi abuelo. Zoe había hecho venir a su pequeña hija, Emma, que hasta entonces vivía en Nueva York con su padre mentalmente inestable, y así, al fin, madre e hija pudieron reunirse con McGregor formando algo que al menos se parecía a una familia de verdad. Emma era una niña tímida, envarada y un poco torpe, nada que ver con la entusiasta y alegre Zoe.

Nadie que haya visto en persona el resplandor que irradiaba Zoe Sills podría olvidarlo. En persona era incluso mucho más bella de lo que parecía en pantalla. Y era en verdad tan etérea que yo, a mis diez años y con toda la seriedad del mundo, casi creía que era de verdad un hada.

Desde la primera vez que la vi, me imaginé a mí mismo haciendo algo arriesgado, recolectar rosas del jardín de mi abuelo para armarle un ramo, por ejemplo, como si yo fuera un caballero medieval con una armadura. Así que imaginen mi sorpresa cuando ella se acercó a mí —¡un niño de diez años!— y me invitó a la suntuosa y exquisita casa con vista al océano que en esa época compartía con McGregor.

¡Su padre alguien mentalmente inestable! ¿De dónde demonios sacó Clement algo como eso? Aparentemente, de la misma despensa atestada de productos de segunda línea —su imaginación— donde abundaban los caballeros andantes rechinando por el jardín y tambaleándose bajo el peso de una armadura de cien kilos solo para cortar un ramo de rosas.

Además, Anton *odiaba* las rosas. De hecho, tal como Emma lo recuerda, era bastante quisquilloso y solo quería que en su jardín se cultivaran flores silvestres. Si una rosa hubiera llegado alguna vez a traspasar sus murallas, al jardinero no le hubiera quedado más remedio que atravesarse el vientre con su maldita lanza medieval.

Algo no andaba bien en Nueva York. El alquiler subió demasiado, había dicho su padre. Se mudaron a vivir con Sandi y Emma tuvo que compartir el cuarto con dos niños pequeños hasta que su padre pudo encontrar un nuevo departamento. Sandi era buena y cariñosa, pero en el televisor no aparecían más que soldados atrapados con explosivos en la selva y gente que moría y moría, no como en una película, sino todo el tiempo, porque no había final, y su padre no podía dejar de mirar. ¿Qué están haciendo? Él se limitaba a hacer un gesto de negación con la cabeza.

Ella ya era lo suficientemente grande como para volar sola por primera vez. Sí, ahora lo recuerda: viajar sola en avión. Su padre le había dejado elegir una pequeña valija. Las reconfortantes superficies conocidas del avión, sus asientos y los apoyabrazos rebatibles, aterrizar en el aire frondoso de California, los atardeceres resplandeciendo en el borde desmechado de las palmeras, el vestido rosa de Zoe, días vacíos, leche y galletitas…

Había una bicicleta. Algunas veces ella pedaleaba hasta la casa de Anton, donde antes, cuando era más chica, solía quedarse, pero su viejo amigo ahora estaba trabajando en una película. Flora, el ama de llaves, la acompañaba en su visita y la dejaba deambular por los cuartos llenos de sol, al mismo tiempo tan familiares y tan poco familiares. Hola, casa. ¿Se acordaría de ella?

Y después, el día que encontró a un niño con el pelo sin color y las rodillas raspadas parado junto a la puerta y Emma frenó su bicicleta y se miraron uno al otro y ella giró y volvió pedaleando a la casa de Zoe.

Y el día —debe haber sido antes— en que Zoe la llevó de compras. Iban a salir todos a cenar afuera, Emma, Zoe y Duncan, y ¿por qué Emma no se había traído ningún vestido de fiesta?, dijo Zoe. “Cierra esa boca, querida, o te vas a tragar una mosca. Necesitas algo lindo para esta noche. ¿En qué estaba pensando el delirante de tu padre cuando te armó la valija?”.

Fueron a un negocio y la mujer que atendía abrazó a Zoe y Zoe eligió un par de vestidos. Había uno de algodón blanco. “Miren por favor qué precioso este *broderie*”, dijo la mujer, y cuando Emma se

lo probó la mujer casi se larga a llorar, dijo, porque Emma parecía una princesa. Emma miró a Zoe.

Zoe lo consideró apenas un momento y asintió. “Está bien”, dijo. “Y tenemos que hacer algo con tu pelo, hija mía, pero eso tendrá que esperar hasta que pueda llevarte a lo de Philippe”. ¿*Broderie*? “Estos agujeritos”, dijo Zoe y señaló los agujeritos en forma de ojal que hacían que el vestido pareciera que flotaba.

Después, debe haber sido después, pero esa misma tarde, Emma salió un rato a andar en bici y cuando volvió a la casa se encontró a Zoe dando gritos y portazos. “¡Serena Lassiter! ¿No es increíble? Serena Lassiter, ¡que chica más repugnante! ¡Y esta ya es la segunda vez! ¡La segunda! Eso no es para nada actuar, es como si fuera un mimo. ¡Se la veía venir! ¡Claro que sí!”.

Duncan se mantenía oscuramente silencioso y Zoe embutió con brusquedad a Emma dentro del delicado vestido nuevo. “¡Serena Lassiter no parece ni siquiera una semana más joven que yo!”. Zoe no estaba de humor como para salir, había cambiado de idea, ya lo había decidido. ¿Para qué quería ver a toda esa gente? Pero Emma y Duncan tenían que ir. Ella, en cambio, necesitaba cierta privacidad, por favor, necesitaba estar tranquila y en silencio.

Fue realmente complicado sentarse en el auto sin arrugar su vestido nuevo. Duncan le dijo que no se preocupara. Cuando llegaron al restaurant, se bajaron del auto y un hombre en uniforme se subió y ocupó el asiento del conductor. Duncan dio toda la vuelta para ayudarla a bajar. Adentro había alfombras y velas, y un suave repiqueteo de cristales, risas, cubiertos de plata, platos de porcelana. Las palmeras se mecían lentamente y entremezclaban sus delicadas hojas detrás de las ventanas altas.

En casa, Zoe probablemente estuviera llorando, pero tal vez lo mejor era no recordárselo a Duncan. Él estaba feliz, y era el más hermoso de todos los presentes. La dejó probar un sorbito de su trago. A ella, los mozos le traían cosas especiales y le hablaban con ternura, como si no faltara nada para que ascendiera al trono.

¡Si tan solo pudiera tomar una fotografía para enseñársela a su padre! Se preguntaba si habría alguna postal por algún lado, pero

no se lo podía decir a Duncan. Aunque con su padre nunca se sabía. A veces las cosas demasiado lindas no le gustaban. Están corrompidas, decía.

"¿Recuerdas esa foto de Zoe en la obra de mi padre?", Emma le pregunta a Coral.

"¿Qué? No. ¿Qué obra? Ah, cierto. Me había olvidado de que tu padre escribía teatro".

"Solía hacerlo", dice Emma. "Hasta que se dio por vencido".

"Me acuerdo de esa foto", dice Duncan. "La tuvo un montón de tiempo colgada en una de sus paredes ¿no?".

"A dónde habrá ido a parar", dice Emma.

"Estaba tan joven ahí …", dice Duncan.

"Debe haber sido al principio de los sesenta", dice Emma. "Zoe recién estaba en segundo año de la universidad". Su padre parado triunfal sobre el escenario, frente a una multitud. Todavía usa el pelo oscuro prolijamente cortado y viste una camisa blanca muy formal, pero tiene el puño levantado y las caras jóvenes que lo miran parecen extasiadas con él. Parada a su lado, ingenua, apenas sonrojada, rodeada por un aura de felicidad y todavía sin signos del embarazo que ya porta, está Zoe. "En realidad, yo también estoy en esa foto", dice Emma.

La foto fue tomada al finalizar la primera función de *Emma en el Nuevo Mundo*, una obra escrita por el padre de Emma sobre lo que imaginaba que pasaba por la cabeza de Emma Goldman (1) mientras la enjuiciaban por incitar una revuelta.

"¿Zoe hacía de Emma *Goldman*?", pregunta Coral.

"Debe haber estado excelente como Emma Goldman", comenta Luther.

"No me cabe ninguna duda", dice Roman.

"Tu madre podía hacer lo que quisiera", dice Luther. "Podía interpretar cualquier papel. Y podía volver creíble hasta el cliché más vacío, inconsistente y sin sentido".

Sí, ahí estaba su madre, apoltronada en un sofá, sin una gota de

maquillaje, como si con el rostro descubierto pudiera absorber mejor un papel, hora tras hora estudiando sus guiones.

"Era como si siempre creyera que había una persona real atrapada entre las palabras, no importaba cuán hueco fuera el personaje", dice Duncan. "Como si siempre estuviera rescatando a alguien perdido o encarcelado ahí dentro".

"Nunca recibió el reconocimiento que en verdad se merecía", dice Luther. "La gente solo hablaba de su belleza".

"Bueno, bueno, suficiente", dice Coral. "Zoe era realmente extraordinaria, todos lo sabemos. ¡Pero Emma Goldman! Para empezar, Zoe era muchísimo más linda". Y entonces todos, hasta Emma, se permiten reír.

Duncan McGregor le debe su reputación como actor pura y únicamente a su apariencia. Si uno analiza sus actuaciones, puede darse cuenta de que, en su mayoría, consisten solo en quedarse parado y estar quieto. En el cine ha representado a nueve senadores, siete de los cuales son personajes ficticios, y a tres congresistas. A eso hay que agregarle otros dos miembros del Congreso en sus actuaciones teatrales. De todos ellos, solo uno era corrupto: un porcentaje muy poco probable.

Fue solo después de que Anton volviera a Europa, a mediados de los años ochenta, que la lucrativa pero muy poco arriesgada carrera de McGregor comenzó a prosperar. A otros que habían trabajado regularmente con Anton no les fue tan bien. Algunos de los que habían salido en sus primeras películas, como Peter Lofgren y Tara Foley, ya habían fallecido. Y una nueva camada de directores, hombres mucho más jóvenes, dominaban ahora la imaginación del público; notablemente, Kenneth Pell y Rick Heaton. Estos nuevos directores fueron profundamente influenciados por Anton, aprendieron de él, copiaron sus trucos, lo reverenciaban, y el público abandonó a Anton para correr detrás de ellos.

Así y todo, ningún otro director parecía capaz de usar a sus actores de manera tan efectiva. Y sus actuaciones durante ese período, las de Kaminsky en particular —un actor realmente maleable—, son poco convincentes, o incluso están ridículamente mal casteadas. Hacía tiempo que Zoe Sills estaba demasiado grande como para seguir haciendo de

ingenua, Pansy Resnik aceptó una serie de nimios papeles en películas de clase B, y Coral Durance (quien, ya desde sus días de cercanía a Anton, se rumoreaba que había sido una vieja rival de Zoe) desertó con rumbo a Nueva York a trabajar en el teatro, medio para el cual originalmente se había formado. Roman Karsk, cuyas actuaciones nunca fueron más allá de su sólida apariencia de hombre trabajador, desapareció completamente.

"Coral, ¿te molesta si te hago una pregunta?", dice Emma.

"Emma, querida, ya lo estás haciendo".

"¿De verdad tuviste algo con Anton?".

"Puede que esa pregunta sí me moleste".

"¿Así que sí tuviste una aventura con Anton?", dice Roman.

"Por supuesto que no", dice Coral.

"Doy por supuesto que nunca le mentirías a alguien como yo", dice Roman.

"Por supuesto que no", dice de nuevo Coral. "Pero tal vez sí le mentiría a una persona como Emma".

"¡No te lo puedo creer!", dice Roman.

"Es solo un chiste, nada más", dice Coral.

"¿*Ustedes dos*?", Emma les pregunta a Coral y a Roman con los ojos abiertos de asombro. "Por supuesto que no", responden los dos al unísono.

Bueno, en fin, quién es Emma para juzgarlos.

Estaban todos de acuerdo: mucho de lo dicho en el libro sobre los primeros años de Anton era probablemente cierto, o por lo menos son cosas sobre las que Rouse podría haber tenido una versión de primera mano, aunque sea a través de su madre, si no era Anton en persona quien se las había contado. Zoe se había referido más de una vez, cuando Emma era chica, a Anton escapándose por un pelo, a su vagabundear y esconderse en el bosque durante la matanza, el

hambre que pasó y sus pequeños robos, sus trabajos para los granjeros en los campos helados al amparo de la noche, los sobornos, los pasos acercándose detrás de la puerta, el pasaporte falso…

Y no cabía duda de que en aquel pasado lejano, mucho antes de cualquier otra mujer, estaba la abuela de Clement huyendo en el bote junto a Anton, y que Anton se abrió paso hacia el sol de California ya sin ella, a fuerza de pura voluntad y coraje y cabeza, y que comenzó enseguida a trabajar en el mundo del cine.

Anton. La suave sensación de picor de su campera cuando él la levantaba en brazos, ¡su risa! ¿Cómo podía Anton haber desaparecido de la mente de Emma todo este tiempo? Terriblemente viejo, elegante, remoto, críptico, irónico, quisquilloso… ¡y ese acento que tenía! A ella, cuando era chica, le encantaba escucharlo, le parecía como si fuera una especie de lenguaje especial que verbalizaba solo las cosas más importantes.

Y es cierto, no había ningún misterio respecto a qué lo llevó a escapar de Europa. Y si creían en sus palabras, él era el único de su familia que lo había logrado. Por qué había decidido volver, ese es el misterio.

“Después de medio siglo”, dice Duncan, sorprendido.

“Bueno, por ejemplo, mi difunta esposa se rompió una rodilla en un accidente, cuando era chica”, dice Roman. “Y durante el resto de su vida, pudo predecir si iba a cambiar el clima”.

“Él sabía perfectamente lo rápido que se pueden precipitar los acontecimientos”, dice Coral. “La gente siempre dice ‘bueno, es cierto, acá las cosas tampoco son perfectas, pero por lo menos tenemos estabilidad, nuestros problemas no son grandes problemas’, ese tipo de comentarios. Y lo próximo que escuchas es que están destripando las leyes en el Congreso, que la economía se está viniendo abajo, que hay gente durmiendo en la calle y que todo es culpa de los que usan barba o de los que no usan barba, o lo que sea…”.

“Y ya no soportaba más la presión de tener que conseguir ganancias”, dice Roman. “Todos esos grandes presupuestos. Estaba

harto del marketing y harto de tener que reunirse con idiotas y tratar de explicarles qué intentaba hacer. No pudo soportarlo más". Sin prestar atención, toma el salero y lo sopesa en su mano.

"Sí, pero…", dice Duncan. "Sea como fuere, esos no son más que el tipo de comentarios que la gente suele hacer. Explicaciones, comentarios de ese tipo".

"Yo creo que la gente siempre quiere volver a casa", dice Emma.

"Incluso si nunca tuvieron una", dice Coral.

"Y también debe haber influido esa otra cosa que ya sabemos", dice Roman.

"¿Qué otra cosa?", pregunta Duncan.

"El ahora o nunca".

Con mucho más grano que brillo, con luz sepia, las películas que Anton terminó filmando en Europa, aunque más abiertamente exigentes, no eran tan distintas de las que había filmado en Estados Unidos. Ahí estaban las pistas engañosas, los espirales de peligro cada vez más estrechos, los pasos que se acercan, vecinos que aparecen sin explicación, reflejos en los espejos, o en charcos, o en vidrios, vistas obstruidas…

Sus películas europeas fueron tan malinterpretadas como lo habían sido sus películas norteamericanas y, por un breve tiempo, fueron igual de populares. Después, el público, tanto en Europa como en Estados Unidos, comenzó a preferir películas más simples, más ruidosas, menos problemáticas.

"Envejecieron muy bien", dice Duncan. "Justo volví a ver algunas hace un par de semanas. Ya es hora de que sean seriamente reconsideradas".

"¿En qué andabas tú en ese entonces?", Luther le pregunta a Roman. "Te perdí el rastro durante esos años".

"Ah, sí", dice Roman. "Bueno, de pronto ya no podía soportar *más nada*. Las audiciones, los papeles ridículos, esperar a que te llamaran… Con todo respeto: ¿qué tipo de vida es esa para un hombre adulto? Así que decidí retirarme a cultivar tomates".

Coral sonríe. “A ver, cuéntame que no me acuerdo: ¿cómo te fue con los tomates?”.

Roman se encoge de hombros y se estira. “¿Quién quiere la vida de un hombre adulto?”, dice.

Totalmente increíble: ochenta y pocos años y coquetean, piensa Emma. Son buenas noticias. O tal vez no…

“Por Dios”, dice Luther. “¿Pueden creer que todo eso terminó siendo un *en aquel entonces*? En ese momento yo más o menos pensaba que todo era *ahora*. ¿Se les pasó por la cabeza que en algún momento iba a ser un *en aquel entonces*?”.

“Yo no necesitaba que se me pasara por la cabeza”, dice Roman. “Yo ya lo sabía”.

“Lo que Luther pregunta es si te pasó, si te terminaste convirtiendo en un *en aquel entonces*”, dice Coral.

“Bueno, obvio que no”, dice Roman. “Por supuesto que no me pasó a mí”.

“¿Vas a comerte esa panceta?”, Luther le pregunta a Duncan.

“Es toda tuya”, dice Duncan.

“¿Por qué no te casas con Duncan?”, Emma recuerda haber preguntado una vez. Estaba de visita. Fue unos pocos años después de que Anton se marchara. Ella y Zoe estaban en un bar que servía unas ensaladas inmensas que a Zoe le encantaban.

“No quiero volver a casarme, querida”, dijo Zoe. “¿Por qué lo haría? Estuve casada con tu padre, con eso ya fue suficiente. Quiero tener independencia, me gusta tener mi propia casa. Duncan y yo somos muy felices de esta manera. Además, así, si algún día él me deja y se va con alguna chica más joven, no voy a tener que pasar por la humillación de ser la esposa vieja y empobrecida”.

No, en realidad no estaban en ese café, piensa Emma. Estaban en la casa de Zoe, porque había una pequeña pila de guiones en la mesa junto al sofá. “No sabes lo que es volverse vieja, querida. Mira toda esa pila, pura basura. Suegras despreciables, metiches pavotas, gárgolas horribles, gnomos patéticos, perdidas por ahí. Solo en ese

montón, hay dos borrachinas postradas en una cama… Muy de vez en cuando aparece algo con una bruja vieja *pero* noble, una intrépida *bruja* vieja, y cuán *emocionante,* cuán *inspirador* es que, a pesar de su edad avanzada, ella pueda encontrar todavía un consuelo y un motivo de vivir en, ¿qué?, en no sé, criar jabalíes o algo por el estilo".

"Tener cuarenta y dos años no es ser vieja", dijo Emma.

"Treinta y seis, mi querida. Tal vez en ese paraíso de ustedes que son de la costa oeste, una mujer de mi edad no es considerada tan vieja, pero aquí es como si tuviera mil años. ¡Mil años! ¿Treinta y seis? Por estos lugares la gran noticia es que una mujer *viva* hasta llegar a los treinta y seis. Ayer nomás recibí una llamada para hacer de la madre de Austin Arles, ¡increíble! ¡Austin es cinco años más viejo que yo! No importa, por supuesto que *sí voy* a aceptar el papel. Agregarán arrugas, temblequearé un poco".

Emma suspiró.

"No es que sea un *gran* papel humillante, desde ya que no. Es un papel *pequeño* y humillante. Ay, querida. No tienes la menor idea de lo que es envejecer".

"Si tengo un poco de suerte, ya lo voy a averiguar un día de estos", dijo Emma.

"No, querida, de verdad. Por supuesto que no importa que los hombres dejen de encontrarte atractiva. Eso no es lo importante. Lo importante de verdad… Lo que en verdad, verdad importa es armarte un lugar propio en este planeta, tu propio y pequeño lugar. Como para poder hacer tu trabajo. Uno pensaría que nadie puede quitarte eso, pero claro que pueden, por supuesto que sí".

"Zoe, los hombres todavía te encuentran atractiva".

"¿Por qué no me llamas mamá, querida? Nunca me llamaste mamá, ni siquiera cuando eras una niña. Eras tan dulce, pero nunca me dijiste mamá. Yo sé lo que crees: mi madre es una mujer estúpida, superficial, eso crees. Mi madre solo está deprimida porque ya no se ve como antes y los hombres ya no se sienten atraídos por ella, pero Emma, querida mía, ¡nada de eso es precisamente una sorpresa para mí! No soy una imbécil. En algún

momento fui la chica linda, pero en cuanto empecé a trabajar con Anton pude empezar a hacer cosas con cierta profundidad. Y ahora lo único que está disponible para mí es la vieja bruja plana por donde la mires. Incluso si una es lo suficientemente buena como para *ser* la vieja bruja y tiene la fortaleza como para esperar un papel como ese, hay años y años de purgatorio antes de que te dejen hacer ese tipo de papel.

Y lo peor de todo es que una ya no forma parte precisamente de este mundo. Cuando se es joven, todo es sonrisas y abrazos: con tus amigos, incluso con la gente que no te cae bien, con todo el mundo. Pero llega cierto momento, cuando una va envejeciendo, en que empiezas como a flotar un poco sobre la superficie de la tierra. Todos se están despegando de la superficie de la tierra, todos nos vamos alejando y separando unos de otros, ya no puedes abrazarte, estiras los brazos pero ya no llegas a tocar a nadie, y cuando miras para abajo, descubres que lo que pensabas que era el mundo no es más que una especie de envoltorio del mundo, un papel flojo, impreciso, que se va deshaciendo poco a poco, y con él se deshace la imagen del mundo que lleva impresa. El mundo de verdad es donde vive la gente joven".

"No seas ridícula", dijo Emma. "No perdiste para nada la figura".

"No te preocupes, querida. Estoy segura de que cuando tengas mi edad no vas a ser tan tonta como yo ahora".

"¿Cómo sería si hubieras tenido que pasar tu vida empaquetando carne en un frigorífico?", preguntó Emma. "¿O qué hubiera pasado si te tocaba vivir en un pueblo minero donde el aire está contaminado y los hombres mueren bajo tierra tratando de extraer del suelo minerales o gas?, ¿eh, *madre*? ¿O si hubieras tenido que levantarte todos los días cuando todavía está oscuro para juntar leña e ir a buscar agua a un arroyito a kilómetros de tu casa? ¿O si alguna de esas grandes plantaciones se hubiera apropiado de tu pequeña granja de subsistencia, o si el banco te hubiese quitado tu casa? ¿Qué habría pasado si hubieras tenido un jefe siempre vigilando que repusieras bien las góndolas o empacaras un número

mínimo de hamburguesas o que no te equivocaras al hacer el control de calidad de un montón de remeras? ¿Y si te hubieran vendido como esclava? ¿Y qué si hubieras tenido que cosechar fruta durante catorce horas por día y vivieras en una casilla con otras seis personas sin ciudadanía de ningún tipo de país? ¿O si una flotilla de aviones sobrevolara tu aldea todo el día, todos los días, y dejara caer bombas a cada rato? ¿Qué habría pasado si te hubiera tocado vivir cualquiera de las vidas de la mayoría de la gente de este mundo?".

"Bueno, pero no me tocó, querida, ¿o sí? Como todo el mundo, viví la vida *que me tocó*. A todos nos es asignada la vida de una persona en particular. No podemos elegir. Es cierto que yo he tenido muy buena suerte, lo admito. Y, francamente, querida, me parece que en tu caso pasa exactamente lo mismo. Porque resulta que tampoco trabajas empacando carne en un frigorífico. Si no recuerdo mal, acabas de conseguir un puesto de lo más encantador en el Departamento de Parques y Jardines". La mirada de Zoe fue breve, irritada, definitiva, como si Emma fuera solo un molesto fragmento del pasado del que se estuviera deshaciendo.

Emma recuerda esa mirada. La recuerda perfectamente. Una y otra vez hace que algo dentro de ella se rasgue como el forro de un abrigo viejo.

"En fin", había dicho Zoe, "lo llevas en la sangre".

"¿Qué?", preguntó Emma. "¿Qué cosa llevo en la sangre?".

"Nunca te tendría que haber dejado vivir con ese padre que te tocó en suerte. Es demasiado melancólico y crítico y es un santurrón… Nunca".

—

"¡Querida!", dijo Zoe el día en que Emma le anunció que iba a casarse. "¡Qué emocionante, que maravilloso! Me pone muy feliz. ¿Cuándo te parece que viaje a Nueva York a conocer a tu gentilhombre?".

Emma podía imaginarse a Zoe del otro lado del teléfono, pestañando rápido para no dejar brotar las lágrimas que tan

fácilmente producía cuando se lo pedía un guion. “¡Ey!”, le dijo, “si el matrimonio te parece algo tan bueno, no te olvides de que a Duncan todavía lo incluyen cada año en esas listas de los solteros más codiciados del mundo”.

“¡Ay, pero por favor! Querida, les voy a organizar una hermosa e inmensa boda”.

“No”, dijo Emma. “Me quiero casar solo por civil, nada más”.

“Quiero que nos casemos en el Registro Civil, sin avisarle a nadie”, le dijo Emma después a Ed.

“Pero, Emma”, dijo él. “¿De verdad podrías negarle ese placer a tu madre?”.

“No quiero una *fiesta*, quiero *casarme*. Para ella no es más que un juego de muñecas”.

Recordándolo ahora, viendo la expresión de agravio en su rostro —otro rostro que parece tan joven desde esta distancia— le parece obvio que Ed creía, básicamente, que se estaba casando con Zoe y no con ella.

Pero, de todos modos, Zoe fue a Nueva York a *ayudarlos*, esa fue la palabra que usó, ayudarlos-a-celebrar, y trajo con ella un montón de regalitos extravagantes, inútiles y puramente ornamentales, que Emma, eventualmente, terminó dejando atrás en el departamento de Ed, junto con Ed.

La noche anterior a ir al registro, cuando Emma salió del trabajo y llegó al lujoso restaurante donde Zoe los había invitado a cenar, Zoe y Ed ya se habían tomado más de la mitad de un vino espléndido y Zoe sorbía el aire por la nariz con suma elegancia, como conteniendo el llanto. Se secó los ojos, también con suma elegancia, y besó a Emma. “Oh, no, no es nada”, le dijo a Ed mientras él tiraba del pañuelo que asomaba triangularmente perfecto del bolsillo delantero de su saco y trataba de secarle las lágrimas.

“¿Qué fue todo eso?”, le preguntó Emma después, cuando ella y Ed volvían a su departamento.

Él la miró con frialdad, como especulando, como si fuera un adolescente a quien la policía acabara de liberar y poner bajo su

custodia. “Es una persona muy sensible. Muy frágil. Es comprensible que esté emocionada en una situación como esta”.

“Es una actriz. Está *representando* una sensibilidad. Está *representando* fragilidad”.

“¿De verdad, Emma? No puedo imaginarme por qué deberías tener siempre la razón”.

“¿Y desde cuándo usas pañuelos en el bolsillo del saco?”.

“Bueno”, dijo Ed, “era tu madre, me pareció que tenía que vestirme acorde”.

Y al día siguiente, cuando la querida Sandi, que nunca dejaba que las representaciones de nadie la deslumbraran, ofreció una fiesta para ellos en su pequeño departamento, Ed se comportó como un gentilhombre que gentilmente permitía a sus siervos que le ofrendaran guirnaldas en un chiquero.

¡Ed y su *carrera*! Una carrera para él, un *trabajo* para ella. ¿Acaso ella no trabajaba como una mula y volvía a casa a limpiar y cocinar? Bueno, ¿cómo podría él haber cocinado o limpiado? Él tenía una *carrera* que atender, no como ella, que tenía un *trabajo*.

Y ocho años después, cuando le confesó que ella y Ed tenían serios problemas y que ella estaba viéndose con alguien que había conocido, un amorío entre la Alcaldía y el Departamento de Parques y Jardines –un hombre dinámico, osado, astuto y encantador–, Zoe solo alzó las cejas. “¿De verdad?”, preguntó. “Ya veo”.

Emma no había utilizado las palabras *buen mozo* ni *casado*, pero Zoe enseguida se había dado cuenta de qué se trataba. “Bueno, lo siento mucho, querida, pero no creo que falte demasiado para que te despiertes y empieces a preguntarte qué fue lo que te pasó”.

Por supuesto, Zoe tenía razón. ¿Cómo había podido Emma ser tan tonta? “Dinámico, osado, astuto y encantador”. Emma se retuerce de dolor; de verdad usó exactamente esas palabras, cree. Y tuvo que pasar un buen tiempo —bastante tiempo, de hecho, después de que Avery la hubiera dejado por otra mujer— para que el halo de excitación que le producía pensar en él terminara de

disiparse.

Para entonces, por supuesto, del matrimonio de Emma no quedaban más que escombros. En fin, ¡esa pareja nunca había sido más que una pila de escombros! ¿Cómo podrían haberse vuelto más escombros los escombros solo por desmoronarse? “Querida, ¿por qué estás en tu casa un sábado a la noche?”. Zoe aparentemente había llamado solo para averiguarlo. “Eres una mujer joven y atractiva, deberías salir y divertirte un poco”.

—

Y cuando de tanto en tanto Emma se cruza con Avery, como inevitablemente pasa, en eventos como el de anoche, eventos a los que ella más o menos tiene que asistir sí o sí, eventos donde las alianzas se forman, se dañan o se refuerzan, eventos que son más competencias que cenas —¿quién ha sobrevivido, quién cayó en desgracia, el estatus de quién despierta envidia, el de quién, piedad?, ¿quién se compró una nueva casa, quién tiene una nueva mujer?—, ella no siente otra cosa más que una furia apagada, sin brillo: cuando algo es injusto, vuelve a ser injusto cada vez, solo porque para que se haga justicia no hay nada que uno pueda hacer.

Con cuánta facilidad Avery le había presentado, la noche anterior, a una mujer jovencísima, hermosa, laqueada de un brillo lustroso, impermeable: su nueva esposa.

—

Bueno, se terminó, caso cerrado, se dijo a sí misma esta mañana. ¡Como si algo alguna vez pudiera terminar de cerrarse y estar terminado! Y cómo le gustaría a ella pasarse la mañana en la cama durmiendo, aunque sea un poco. Pero no, no puede, tiene que levantarse para ir al encuentro de los amigos de Zoe. Y ahí está ella ahora solo porque Clement Rouse se ha dedicado a alterar algunas pequeñas partes del pasado: le ha sacado el candado a ciertas puertas y desde allí dentro brincó sobre ella este día tan altamente improbable.

Hubo un momento en que Zoe dejó de llamar. Un alivio, por cierto tiempo, pero después, enseguida, una preocupación. Emma se comunicó con Duncan; en esa época, él pasaba la mayor parte del tiempo en su casa de Idaho, aunque seguía en contacto diario con Zoe. Él también estaba preocupado; Zoe parecía ansiosa, distraída.

Emma viajó a verla. "Zoe, ¿estás comiendo?", le preguntó. "Te veo demasiado flaca, ¿estás bien?".

"Estoy bien, querida mía. Es solo como si no tuviera suficiente energía. Y me pone triste haberme perdido tantas cosas en la vida".

"¿De qué estás hablando? Tuviste una vida llena de cosas".

"Sí, en algún momento supongo que sí. ¿Pero qué tengo ahora?".

"Bueno… todavía te ofrecen papeles, todavía…".

"Muy pocos", asintió Zoe. "Apenas si me ofrecen, y todos absolutamente despreciables".

"Tienes… bueno, me tienes a mí".

Zoe la había mirado con ojos vacíos.

"¿Yo?", dijo Emma. "¿Te acuerdas de mí? ¿Tu hija?".

"Ay, cómo me hubiera gustado tener un montón de hijos".

"A mí también".

"Bueno, querida, no es demasiado tarde. Si solo consiguieras un buen hombre para casarte…".

"No, quería decir que a mí también me hubiera gustado que…".

"Uno que por lo menos no esté ya casado. Eras tan hermosa. De verdad debería haber tenido más hijos. Me perdí de *tantas* cosas. ¡Nunca leí *Guerra y paz*!".

"Mañana mismo te consigo un ejemplar, Zoe".

"He leído tan poco. Siempre tantos guiones sobre la mesa… nunca tuve tiempo. Cómo me hubiera gustado leer *Guerra y paz*, cómo me hubiera gustado leer *Oliver Twist*, y *Moby Dick*, y *Orgullo y prejuicio*, todos esos libros tan maravillosos".

"Zoe, ¿fuiste últimamente al médico?".

"¿Por qué debería ir al médico? No me pasa nada malo. Solo lamento no haber hecho más cosas en mi vida. Emma, yo casi no he

viajado".

"Es imposible hacer todo. Nadie puede hacer todo. Zoe, has trabajado mucho. Es imposible trabajar tanto y al mismo tiempo tener una vida perfecta en casa y salir de viaje cada vez que uno quiera".

"Debería haber viajado, por lo menos. ¿No es un desperdicio morirse sin haber visto la Alhambra? ¿O el Taj Mahal?".

"¿Un desperdicio de qué? Zoe, ¿estás tomando algún tipo de pastillas? Porque si las estás tomando, no están haciendo el efecto que deberían".

"¿Cuánto planeas quedarte, querida?".

"Por qué no armas ya mismo una valija y llamas por teléfono y te compras un pasaje a la India? Yo te acompaño. Podemos ver el Taj Mahal *esta* semana. Podemos visitar el Taj Mahal juntas".

"Gracias por ofrecerte, querida, es un gesto hermoso. Lamento morir un día sin haber visto el Taj Mahal, pero la verdad es que en este momento no podría".

"¿Qué estás diciendo, Zoe? ¡Debes dejar ya mismo de tomar lo que sea que estés tomando e ir a visitar el Taj Mahal! Mientras tanto, ¿por qué no llamas a alguien, a alguno de tus amigos?", le rogó Emma. "¿Por qué no lo llamas a Duncan? Tiene ganas de verte".

"Él no tiene ganas de verme para nada, querida", dijo Zoe.

"Estoy segura de que sí. Lo mismo Coral, hablé con ella. Y Luther, y Greta, y Austin, y Roman. Todos tienen ganas de verte".

"Ellos no quieren verme, de verdad".

"Te digo que sí. Todos quieren verte".

"Yo no quiero verlos".

"Zoe, por favor… Mamá".

"Me gustaría ver a Anton".

"Anton falleció, mamá. Lo siento mucho. ¿No lo recordabas?". El corazón de Emma había empezado a golpear en su pecho. "Anton volvió a Europa y murió allá hace unos años".

Zoe cerró los ojos y se recostó en el sillón. Emma se levantó y fue a sentarse junto a ella, le tomó la mano.

“¿Intento conseguir un par de pasajes a la India?”.

Zoe dejó escapar una pequeña carcajada.

“¿Para qué? Solo déjame recostarme un poco y anhelar ver el Taj Mahal. De verdad, Emma, cuando uno se muere, no tiene la menor idea de si ha visitado el Taj Mahal o no”.

—

Esta particular generación de actores norteamericanos tuvo suerte. Vivieron con riqueza bajo los suaves rayos del sol de California y filmaron algunas películas realmente notables. Ahora, en cambio, la industria ha sido destruida por los avances digitales y las nuevas tendencias de la economía global. Los mayores impulsos creativos se encuentran en los films independientes de bajo presupuesto o en la televisión, y el epicentro de estos, en gran parte, se ha movido hacia la costa este. La soleada pérgola bajo la cual toda esta gente vivió y encontró refugio hace tiempo ha desaparecido por completo.

Pero todavía queda la televisión, y las películas independientes y, para aquellos que se han formado de manera acorde, el teatro. Y es por eso que muchos de los actores de Anton han tenido que dejar atrás el confort californiano y, para poder pasar sus últimos años haciendo lo único que alguna vez supieron hacer, resignarse al duro clima de Nueva York.

Coral Durance, a pesar de sus dos reemplazos de cadera y una dependencia de por vida a los medicamentos para el dolor, tuvo un gran éxito en los escenarios de Broadway en el papel de la sabia abuela de Harvest Day. *Roman Karsk todavía puede ser visto interpretando a un mafioso temporada tras temporada de* Tarantella. *Luther Kamisky regresó a las pantallas en el sorpresivo éxito* Potluck *—película que logró sacarle provecho a la amplitud de su estilo—y desde entonces mantiene tanto un departamento en Nueva York como su antigua casa en Hollywood Hills, y suele ser visto en alfombras rojas y eventos de moda. Después de la muerte de Zoe, Duncan McGregor abandonó su autoimpuesto exilio en Idaho y lleva ahora una tranquila vida de hacendado en su hogar con vistas al Pacífico, donde, es de suponer, terminará pronto sus días.*

Cuando ese gran talento, mi abuelo, Anton Pavlak, falleció, me dejó en herencia un hermoso escritorio vienés que, me gusta imaginar, alguna vez, mucho antes de que la oscuridad cubriera a Europa, había pertenecido a su familia. Él sabía que yo siempre había admirado ese

escritorio, incluso cuando era un niño, y tal vez al legármelo pudo imaginarme sentado frente a él, tal como tantos años después iba finalmente a hacerlo, recordando mis tiempos en su casa.

Zoe Sills murió después de una breve y feroz batalla contra el cáncer. Hice un gran esfuerzo para visitarla en sus días finales, pero fracasé. Se había encerrado y no quería ver a nadie, según me confió su asistente, un joven muy apuesto y escurridizo. Es muy probable que él, al trazar una férrea distancia entre ella y aquellos que tanto la quisimos, haya estado tratando de convertirla en algo así como una prisionera, con la esperanza, tal vez, de heredar su fortuna. Logré, de todos modos, que en uno de mis últimos intentos me alcanzara una nota firmada por la temblorosa mano de Zoe: "Para el querido Clement, no deseo otra cosa más que felicidad en tu vida". Es para mí una reliquia que atesoraré hasta mi último día en este mundo.

"¿Alguien quiere más café? ¿No? Gracias, estamos bien así", le dice Roman al mozo.

No tengan miedo, conserven la alegría. Aunque caminen por un valle en sombras… "¿Ustedes creen que Zoe supo que estaba enferma antes de estar ya demasiado débil como para no darse cuenta?", pregunta Emma.

Duncan afirma con la cabeza. "Yo creo que lo intuía bastante".

"Sí, claro", dice Coral. "De otro modo nunca hubiera quemado sus cartas".

"¿Sus cartas?", dice Emma.

"¿Sus cartas?", dice Duncan.

Coral lo mira. "¿Sí?", dice.

"Es muy extraño", dice Emma. "No sabía que había cartas de ella. Y Rouse tampoco dice nada sobre eso".

"¿Y cómo se supone que podría llegar a saber sobre las cartas?", dice Coral. "Por más que hubiera revuelto hasta el último rincón del chalecito ese en donde vivía Zoe al final, no las hubiera podido encontrar. Las quemamos juntas".

"¿Juntas?", dice Emma.

Coral se encoge de hombros. "Trevor nos ayudó".

“Ah, qué buen chico ese Trevor”, dice Duncan. “Así que las cartas…”.

“¿Sabían que ella incluso logró que él heredara algo?”, dice Emma. “Fue muy dulce de su parte. Al final estaba casi en bancarrota, pero dividió lo poco que quedaba entre Trevor y yo, como si fuéramos hermanos”.

“No cabe de duda de que él la cuidó de la mejor manera posible”, dice Luther. “Y toda esa gente reclamando poder verla…”.

Un silencio cubre de pronto la mesa. Emma mira por un momento a los amigos de su madre. Los muchos años que tienen parecen algo tan solo temporario, un temblar y un desenfoque provisional de sus siluetas. Aquí, en la penumbra del restaurante, parecen formas embrionarias todavía borrosas, esperando con paciencia y humildad que nuevos roles, nuevas formas, les sean asignadas. Todos parecen estar pensando, considerando, soñando un poco, flotando a mitad de camino entre la tierra y el paraíso. La mano de Coral se extiende apenas y se abre, como si quisiera tomar la mano de alguien más…

“¡Disculpe! ¡Disculpe!”, se escucha gritar, y eso que golpetea el hombro de Emma resulta ser el final de la extremidad de otra persona, una que está sentada en la mesa del lado y que se inclina hacia ellos con su teléfono en la mano. “Disculpe”, dice esta persona, con el final de su extremidad todavía sobre Emma, aparentemente es a Luther a quien llama. “Odio tener que interrumpirlo, me gustaría haber esperado hasta que terminaran, pero ¿lo conozco de algún lado?”.

“Bueno”, dice Luther mientras su cara da lugar a una sonrisa amigable pero arrepentida, “eh…”.

“¡Yo conozco esa voz! ¡Es usted, ¿no es cierto?!”, grita el hombre, como si Luther y él se encontraran en universos diferentes. “¡Espere! ¡No me diga nada! ¿O me equivoco? No, no, estoy seguro, lo conozco. Lo tengo en la punta de la lengua. Bueno, me rindo. ¿Cómo era su nombre?”.

“Emmm, Luther Kam…”.

“¡Eso mismo! ¡Por supuesto! ¡Usted es Luther Kaminsky!

¡Escuchen! Cuando eran chicos mis hijos eran fanáticos de *Potluck*, nunca me perdonarían si no les llevo una foto. ¡Por Dios! Qué buena que era, qué graciosa, ¡esa parte en la que usted subía corriendo las escaleras del Empire State en calzoncillos!".

"Eh…", Luther deja escapar una vaga sonrisa y, mientras se levanta de su silla, se encoge un poco de hombros, como disculpándose con sus distinguidos colegas. "Tal vez más allá", dice. "Así no molestamos ni estamos tan en el medio…".

Roman y Coral sonríen un poco y miran cómo el mozo les toma una foto a Luther y a su admirador. Luther nunca lo ha negado, la humillación que significó para él filmar *Potluck*, caer tan bajo, pero este desconocido está radiante de alegría. ¿Quién podría no alegrarse por algo como eso?

"Bueno", Luther regresa a la mesa un poco avergonzado y todos se incorporan, se sacuden las migas, se dirigen hacia el guardarropa.

"Por si no sabían, el otoño que viene voy a hacer un Rey Lear", dice Luther con timidez. "Lo dirige Horowitz, el miércoles lo anuncian".

¡Rey Lear! Los otros se alegran instantáneamente. ¡Rey Lear! Te imaginas. Va a estar perfecto, ¿o no? Va a ser el mejor Lear de todos.

"Voy a ser el Lear más viejo que alguna vez existió, de eso no caben dudas", dice Luther.

El restaurante está casi vacío. Se deslizan dentro de sus abrigos, Luther se anuda al cuello su elegante bufanda y en nombre de todos, deja una abundante propina. "¿Qué planes tienen para esta tarde?", pregunta.

"¿Yo? Yo pienso dormir una buena siesta", anuncia Coral. "Y tal vez me tome un buen puñado de esa hermosa medicación para el dolor a la que todos dicen que soy adicta. Ya saben, este mundo de pretender todo el tiempo ser otra gente no está para nada mal. Es cada vez más difícil aprenderse las líneas, pero por los menos *hay* líneas. Pretender ser otro está bien. Lo que agota es pretender ser uno mismo".

“A lo mejor algún día podemos ir juntas a visitar a mi padre”, le dice Emma.

“Me encantaría, querida. Es solo cuestión de que nos pongamos de acuerdo…”.

“¿Por qué no vienen al museo conmigo?”, les dice Luther. “Hay una muestra de Goya y dicen que es espléndida. Y el día está hermoso, podemos caminar”.

“¿De verdad?”, dice Duncan. “No es mal plan. ¿Alguien más quiere sumarse?”.

Frenan un momento en la vereda, pestañean en el ancho azul que enceguece.

“Estoy muy contento de haberlos visto a todos”, dice Roman, “pero ya arreglé con mi bisnieto para llevarlo al cine. Mantengámonos en contacto, ¿sí?”.

“¡Tu bisnieto!”, dice Duncan, y lo felicita con una pequeña reverencia.

“¿Emma?”, dice Luther.

Duncan la toma del brazo. “¿Te dan ganas de venir con nosotros, Emma?”, pregunta.

Pero su voz parece llegar desde muy lejos, desde hace mucho tiempo. ¿*Te acuerdas de ese día*, piensa, *cuando nos juntamos para hablar de ese estúpido libro? Estábamos todos, y nos juntamos y era un día perfecto, un perfecto día de otoño ¿te acuerdas de ese día? ¿está ese día entre tus recuerdos?*

---

1. Activista rusa de origen judío, una de las propulsoras del anarquismo en Estados Unidos a principios del siglo XX. Su figura resurgió y se volvió icónica en la década del setenta, a partir del interés de los movimientos feministas y anarquistas (N. del t.).

Tachar y seguir

Adela, Bernice y Charna, la más joven, todas muertas ya hace tiempo, borrosas entre la multitud que navega a través de la memoria, sus piernas largas y delgadas fluyen por debajo de las cúpulas de sus ajados abrigos de pieles, sus narices grandes y picudas señalan el camino.

No vuelven a mi mente muy a menudo. Vuelven tan seguido como mi madre, cuyo rencor hacia mis tías, las hermanas de mi padre, les infundía un cierto lustre, que las dejó para siempre unidas a ella en la distante y sombría tierra de mi infancia; tierra que, dado que el *Times* de hoy publica un obituario del violinista Morris Sandler, ahora es casi el único espacio que las cuatro todavía ocupan en este planeta.

Me estaba preparando para comer. Había dejado caer mi omelette sobre un plato, me había sentado frente a él, había doblado el diario de una manera que me permitiera maniobrar el tenedor entre la cena y mi boca y al mismo tiempo poder leer y, sin saber cómo, terminé frente a una imagen de mi primo Morris, mirándome fija y directamente a los ojos. Por supuesto, no lo reconocí de inmediato, y si no hubiera vuelto a mirar la foto y si no me hubiera intrigado el pequeño titular, podría haber seguido durante años creyendo que el último de mis parientes vivo andaba todavía por ahí, dando vueltas en algún lugar.

Pero el nudo se deshizo y salí disparada hacia arriba, flotando un instante por fuera de la fuerza de gravedad, para después, enseguida, caer con todo mi peso sobre la silla, frente a mi cena. Las grietas se ramificaron con violencia a lo largo y a lo ancho de mi

compostura y, a través de ellas, comenzó a drenar mi familia —la poca cosa que al fin y al cabo mi familia había sido—, a drenar y a filtrarse hacia fuera. Levanté el teléfono, volví a bajarlo, volví a levantarlo, volví a colgar el tubo, lo levanté una vez más, marqué un número y Jake me respondió al primer llamado. "¿Sí?", dijo con voz cansada.

"Oh, por Dios", dije y colgué.

Volví a marcar su número y de nuevo volvió a atender de inmediato.

"Se murió mi primo", dije.

"¿Tu primo?".

"Mi primo Morris, el violinista".

"¿Yo lo conocía?", preguntó Jake.

"No", dije. "Nunca se conocieron. Creo que una vez viste una carta que él… pero… ¡alto ahí!". Como alguien que camina dormido sobre un trampolín, mi corazón había empezado a tambalearse con torpeza. "¿Por qué todo tiene que girar en torno *tuyo*? Al fin y al cabo es *mi* primo", dije, y empecé a leer: "*Morris Sandler, virtuoso del violín, falleció a los sesenta y seis años. Sandler era conocido por…".*

"A los sesenta y seis", dijo Jake. "A los sesenta y seis, a los noventa y tres, a los catorce, a los setenta y ocho… a los sesenta y seis, ¿y qué? Esos números no son para nada lo importante, ¿o sí?".

"¿Estuviste tomando?".

"Estuve trabajando. Estoy en el laboratorio. Siento mucho lo de tu primo. No recordaba que tenías uno. ¿No eran muy cercanos, o sí?".

Alejé el teléfono de mi cara y me quedé mirándolo.

Él suspiró. "Escúchame, ¿voy para allá?".

"No", dije, aunque en realidad sí quería que viniera. O sí, tenía un deseo feroz de que viniera, pero solo si iba a ser una persona ligeramente diferente a la que era, una persona con la que yo también pudiera ser una persona diferente: una persona simpática, benigna, de buen carácter. "Perdón por llamar. De nuevo. Perdón por llamar de nuevo".

“No lo pregunté por pura frivolidad”, dijo Jake. “De verdad, de pronto me impresionó lo primitivo que es medir la vida de un ser humano usando como parámetro el movimiento de la luna, de las estrellas, de los planetas. Cualquiera que todavía crea que nuestra especie es la instancia cúlmine de la creación debería…”.

“¿Y cómo sugerirías entonces que se midiera la vida de un ser humano?”, dije. “¿De acuerdo a su peso? ¿Qué sería menos primitivo? ¿Por su volumen? ¿Por cómo vota? ¿De acuerdo a la distancia entre su casa y su trabajo? ¿De acuerdo a sus penas? ¿Por su belleza?”.

Él suspiró otra vez.

“Discúlpame”, dije y miré la habitación a mi alrededor, los últimos y débiles rastros de Jake todavía flotaban con claridad por sobre su ausencia. Todavía nos decíamos *Te amo*, pero después de poco más de un año de estar separados, parecía cada vez menos probable que cualquiera de los dos deseara volver a vivir juntos en algún momento, y un cierto tono de disculpa formal, vana, concluyente, se nos había empezado a pegar para siempre a esa palabra: *amor*. Era como una de esas cintas amarillas con que la policía marca la escena de un crimen: mejor no pasar. “¿Jake?”.

“¿Qué?”, dijo él. “¿Qué quieres que haga?”.

Colgué de nuevo, tiré el omelette a la basura, el teléfono empezó a sonar y yo me tomé toda mi copa de vino, me serví otra, noche de viernes, ¿cuál era el problema de servirme otra?, y con el diario en las manos, me dejé caer sobre el sillón justo cuando el teléfono volvía a quedarse callado.

—

Por lo que podía verse en la foto, con el tiempo Morrie, mi único primo, había terminado pareciéndose muchísimo a su madre, mi tía Adela. Pero como, según el diario, en algún momento tuvo una esposa y, aparentemente, había sido un respetado coleccionista de partituras de música clásica, así como también un músico con una técnica sin parangón, el parecido —a pesar de las predicciones con las que patéticamente solía alardear mi madre— no debía de

haberlo destruido por completo. Por supuesto, como mi madre había predicho, se había transformado en una especie de robot —además de las partituras, había reunido también una inmensa colección de horarios de trenes, no podía ser de otra manera— pero era muy poco probable que todo eso fuera consecuencia de haber heredado la nariz de su rama materna.

Para cuando yo tenía cinco o seis años y Morrie andaba por los diecisiete o dieciocho, él todavía tenía rulos rubios y una cara plana con una expresión que yo entonces interpretaba como conmovedora —una apariencia lastimera y desconcertante, como si alguien acabara de robarle un cucurucho de helado de la mano—, y que me daba pie a la secreta esperanza de que tal vez Morrie fuera un ángel, aunque para el momento en que fui de verdad capaz de formular ese pensamiento ya también era capaz de darme cuenta de que lo mejor que podía hacer era contenerme y no preguntarle sobre el tema a mi mejor amiga, Mary Margaret Brody, quien seguramente me podría haber respondido si mi sospecha era cierta o no sin dudar ni un segundo. En todo caso, en algún momento doy un paso en falso y cometo el error de anunciar, tanto en presencia de mi madre como de tía Adela, que, llegado el momento, me casaría con Morrie. “Bueno, al fin y al cabo es *tu* vida”, dice entonces mi madre, “pero no vengas después a quejarte cuando te nazcan idiotas los hijos”.

“Por cierto, eso me recuerda”, le dice distraídamente tía Adela. “Morrie se está graduando con los máximos honores. ¿Te lo había comentado ya?”.

“Sí, ya me lo habías dicho”, resopla mi madre.

Más tarde, cuando nos quedamos a solas, mi madre agrega que en las zonas de nuestro país que por lo general consideramos civilizadas, solo los criminales se casan entre primos y que, además, ella espera que yo pueda conseguir a alguien mejor que cualquiera de los de *esa* familia. Por más que Adela presuma, dice, y por más que le den las mejores calificaciones y honores, Morrie tiene una mente excepcionalmente mediocre. Además, sería un milagro si no se graduara con los máximos honores en esa universidad de medio

pelo en la que terminaron aceptándolo. En primer lugar, la única razón por la que le ponen buenas notas es porque es capaz de memorizar un número ridículo de hechos sin la menor importancia. Por supuesto a Adela, que no puede acordarse ni de dónde tiene la cabeza, eso le parece algo de lo más extraordinario.

"Espero que te vaya mucho mejor que a Morrie", dice mi madre. "Tienes mucho más para ofrecer, *muchísimo* más. Tu problema es que no te esfuerzas lo suficiente". Morrie heredó esa amplia pero totalmente insensible memoria de su padre, que era alguien tan rígido que a los cuarenta años colapsó por completo y cayó muerto, me dice mi madre y, mientras habla, clava su impersonal mirada de reproche sobre un par de medias viejas y las inspecciona en busca de agujeros. "Y recuerda", me dice. "Quien se casa a las corridas se arrepiente de por vida".

Mis tías son un tema de conversación frecuente, cuando visito a mi madre en su dormitorio, ella sentada en su sillón, con los pies en el agua de una palangana nublada de pociones y sales. Sus pies son toscos, retorcidos, blancos como pescados y completamente fascinantes: pies de ogro, con las uñas gruesas y amarillas, salpicadas de pintitas azules. Un hongo, dice ella. Azules y rojos, los rastros de su sufrimiento suben y bajan por la adiposidad de sus piernas mientras la bata de entrecasa, recogida, se abre un poco y las deja expuestas hasta lo más alto de los muslos.

Para disminuir la hinchazón, una rodaja de pepino reposa sobre cada uno de los ojos cerrados de mi madre. Y, mientras ella habla, yo me concentro en dispersar mi esencia, en volverme esponjosa para absorber su hinchazón hacia mi propio interior, para absorber el dolor que irradian sus pies, sus piernas, su espalda. Mi madre pasa las noches trabajando en el guardarropa del club, todo el tiempo parada: es de ahí de donde provienen esas llamativas venas que yo encuentro tan fascinantes pero que en verdad son, me explica ella, una deformidad con todas las letras.

Las mismas manos metálicas de siempre se cierran sobre mi

corazón y lo aprietan: mi madre parada sobre sus pies, hora tras hora, noche tras noche, para que yo algún día, más adelante, pueda ir a la universidad. ¡Cuántas oportunidades se me presentan! ¡Cuántas oportunidades para el fracaso! Sobre la cómoda de mi madre descansa un portarretratos con la foto de una niña adorable. En la foto, una torre de rizos resplandecientes de alguna manera oscurece la forma de su cabeza, pero ahí están los ojos distintivos, largos, la línea brillante de sus párpados, los pálidos, casi transparentes discos de sus iris probablemente verdes pero, plasmados en negro y blanco, sobre el cartón de la foto, cada uno con un estremecedor punto oscuro sobre su centro. La expresión es una que también conozco bien, aunque la niña del retrato sugiera una ironía más traviesa que malvada.

Es difícil de creer, pero ahí está la evidencia: siempre apunta a la misma, resonante sumatoria: la falta de ventajas se comió viva a la niña, y en su lugar emanó a alguien con la forma de una pirámide que se derrite y sobre la cual se balancea una cabeza —tan ancha y ovalada como flacas y ovaladas son las cabezas de mis tías —, una cabeza embellecida en los bordes con un par de orejitas triviales y ungida ahora con un cuidadoso alarde de rulos rojizos de apariencia permanente: alguien —mi madre— cuyos pies sí o sí deben remojarse en una palangana.

Busco su mano y la sostengo.

"¿Cuál es *tu* problema?", me dice ella, pero permite que mi mano permanezca apretada alrededor de sus dedos, aunque está toda pegajosa y, seguramente, es desagradable.

De flor a fruto, de fruto a desnudas ramas, de sol a estrella que se apaga, ¿quién soy yo para quejarme? Las leyes son las leyes. Sacudo mi cabeza y busco alguna manera de poder decirle algo. "Ninguno", digo. "Nada".

—

"Tu primo Morrie era un niño precioso. Lo primero que hice cuando lo vi con Adela fue preguntarme si no sería adoptado. Pero bueno, nadie en esa familia necesita preocuparse por ser querido solamente

por su belleza", dice mi madre y cincela sobre mí para siempre el poder de un eufemismo. De hecho mis tías, con su áspero pelo negro, sus caras delgadas, sus rasgos vívidos, impresionantes, y sus piernas largas extendiéndose con elegancia mucho más allá de sus acampanados abrigos de pieles, no se parecían en nada a la gente de nuestra pequeña ciudad… Mi madre las llama las Polacowsky y las Lituanovitch.

—

"¿Qué es toda esa ridícula obsesión con los extraterrestres?", dice mi madre. "No te pienso llevar a ver *Las mujeres del planeta prehistórico*, así que más vale que te lo vayas sacando de la cabeza. Los extraterrestres, me dice, son como Santa Claus: invenciones de gente demasiado mística, o poco profunda, o demasiado asustada como para enfrentarse a la realidad, o de gente que quiere ganar plata".

De todos modos, pienso, es imposible que haya alguna manera de estar cien por ciento segura, sobre todo porque cualquier extraterrestre que venga a nuestro planeta se preocuparía por parecer tan humano como le fuera posible, aunque también sería lógico que se equivocara o no entendiera ciertas cosas.

Además, sería impulsivo lanzarse a juzgar las intenciones y propósitos de un extraterrestre. Entre nosotros puede haber extraterrestres enviados solo a observar, o incluso a ayudar, pero sin entrometerse. O —y estas son las circunstancias que parecieran más probables— extraterrestres que escaparon a nuestro planeta para refugiarse de los terrores del suyo, o a la inversa, extraterrestres que, como una forma de castigo, fueron expulsados de sus paradisíacos planetas y condenados a vivir en los terrores del nuestro.

Lo que es cierto es que la casa de mis tías, recubierta por las sombras de los grandes árboles que la rodean, tiene una apariencia teatral, provisoria, como si fuera una ilusión generada por distantes y poderosas ondas cerebrales, y que yo no puedo sacarme de encima el pensamiento de que la casa se desmaterializa por las

noches, como si esa fuera su propia forma de dormir cuando sus habitantes descansan. Entiendo a la perfección que la casa en realidad está hecha de ladrillos y no de ondas cerebrales —es así como *debe* ser— pero igual puedo estar horas dándole vueltas al asunto: por ejemplo, hipotéticamente hablando, ¿cuál sería el objetivo de tal ilusión? Sería… sería hacerte creer que cierta cosa en particular es real o, también, hacerte creer que cierta cosa en particular *no es* real.

Una vez trato de describirle a Mary Margaret —quien acababa de desarrollar dos increíblemente grandes, bonitos y conejunos dientes delanteros y que por su parte tampoco luce demasiado confiable— la manera en que la casa siempre parece estar temblando en un atardecer propio y cómo solo es posible llegar a su puerta escalando entre las sombras. "¿Hacen sacrificios humanos ahí?", me pregunta ella con los ojos muy abiertos.

"¡Por supuesto que no!", le digo mientras a mi alrededor busco con frenesí algún recipiente lo suficientemente grande, porque a veces, cuando algo inesperado me molesta, vomito sin previo aviso. "¡Mis tías nunca harían algo así, ellas son buenas personas!".

Pero un hormigueo de anticipación siempre corre por mi espalda cuando pienso en la casa, en parte por las veladas sombras a explorar en su interior misterioso, y en parte, también, por la posibilidad de que, en mi próxima visita, tía Charna me dé algún regalo.

"Afortunadamente", continúa mi madre, "la belleza no es lo único en la vida. Tu tía Bernice y tu tía Adela son honestas y trabajadoras. Y tenemos que ser agradecidas, porque siempre te tienen en cuenta y se preocupan. Tu tía Charna, por lo menos, tiene cierto estilo. ¡Esa sí que no sería tan de quedarse en su casa, si se encargara de hacer algo con su nariz!". Después me dedica una mirada rápida y afilada y suspira.

A veces mi madre me deja ir con ella al club donde trabaja y, aunque jugar en el guardarropas es terriblemente aburrido, puedo

llevar mis papeles y mis lápices de colores y disfrutar de cierta escabrosa atracción por las ambiguas sugerencias de la vida adulta: los suaves, lujosos sobretodos y bufandas, las interesantes marcas de barro que dejan los zapatos sobre la alfombra cuando ha estado lloviendo, el espléndido hombre que se demora para hablar con mi madre y que huele como —y que incluso parece— un cigarro, y la preciosa canastita donde los señores dejan caer sus monedas y, a veces, sus billetes.

Cuando por fin volvemos a casa, mi madre y yo nos sacudimos de encima todo ese mundo e imitamos a los hombres que durante todo el día vimos sacar pecho y pavonearse, hasta que de tanto reírnos me da hipo y entonces mi madre me prepara una leche con miel para que pueda dormirme.

Mi madre apila leños y leños de desprecio hacia los hombres del club pero, como si se creyera capaz de apagar un incendio embravecido justo antes de que le consuma el corazón, los troncos que apila hacia sus cuñadas son de lástima y, por momentos, pareciera que en lugar de tratar de apagar el incendio, solo le agrega nafta. Argumenta su caso una y otra vez, tomando primero el lugar del fiscal, tomando después el lugar de la defensa. Entiendo demasiado bien esa manera de sopesar y medir, sus ajustes y regateos. Cuando voy a la iglesia con Mary Margaret, dejo mi mente completamente abierta de modo tal que Dios pueda quemar las impurezas que hay en mi pensamiento con su aliento de dragón y, de esa manera, quedar en la ventajosa posición de pedir que mi madre sea aliviada de sus dolores y viva hasta que yo sea tan grande como para ya no tener que preocuparme por nada, incluida su muerte.

Su cabeza está reclinada hacia atrás para evitar que las rodajas de pepino se le caigan de los ojos. “Más agua, por favor”, dice y hace

aletear su mano en dirección a la pava eléctrica sobre la cómoda. Resopla de placer cuando agrego agua caliente a la palangana y yo puedo sentir cómo el dolor se alivia sobre mis propios pies.

Las piernas de mis tías son innegablemente hermosas: largas, bien torneadas, delgadas. Piernas de vedette, dice mi madre… algo bastante incongruente, si uno lo piensa en serio. Levanta un poco las rodajas de pepino y se incorpora apenas, como para evaluar mi situación. Noto con ansiedad que la inflamación en sus ojos todavía no se ha reducido. "Dios santo, ¿por qué te pusiste eso?", dice ella. "¿No es el mismo vestido que tenías puesto ayer? ¡Te hace parecer una huérfana!".

Yo dejo caer mi cabeza. Este vestido es mi vestido favorito; lo heredé de Mary Margaret, que está demasiado desarrollada para su edad y que es, además, dos años mayor que yo, pero que pasa tiempo conmigo porque, como ella dice, vive justo al lado. O, a lo mejor, como dice mi madre, porque es una chica un poco lenta. He estado usando este vestido toda la semana. En mi opinión, su holgura y su largo me cubren de una cierta santidad penitente, como si me estuvieran llevando en dirección a la hoguera.

"Creo recordar que también te lo pusiste ayer, ¿de nuevo tengo que decirte que eso no se hace? Ve a cambiarte. Y fíjate que tu ropa interior también esté limpia, por si te llega a pasar algo".

Mi madre suele prestarle atención a los detalles: mis zapatos tienen que estar lustrosos; mi pelo, recogido y tan tirante que a veces me hace doler la cabeza; mis uñas, limpias; mis pañuelos, impecables; la ropa, en mi armario, planchada y colgada de perchas o doblada con prolijidad; mi cama, tan bien tendida que las cuatro esquinas queden perfectamente rectangulares; pero los últimos días los ha pasado encerrada en su cuarto, a oscuras, con un pañuelo húmedo cubriéndole los ojos: ese es el origen de su lapsus respecto a mi vestido. Cuando la golpea la migraña o cuando el teléfono suena y ella debe trabajar horas extras en el club, pueden suceder dos cosas: o yo debo encargarme de preparar mi propio desayuno y mi propia cena, o mamá empaca mis cosas y, sin más, me despacha a lo de mis tías.

“Y no hace falta que te lo recuerde: ¡el mejor de los comportamientos!”, ordena mi madre. “No importa lo que ellas digan, no es para nada fácil tener un niño a tu cargo, así que no quiero que les ocasiones ningún problema. Nada de molestar; nunca, en ninguna circunstancia, dejes la bañadera sucia después de usarla; nada de andar fisgoneando por ahí, ni de hacer preguntas personales; si alguna de tus tías quiere darte un regalo, lo rechazas con cortesía: tienes una clara vena consumista y ellas no pueden permitirse derrochar dinero en cualquier tontería extravagante; además, nosotras *no queremos* quedar en deuda con ellas. Trata de que no te de hipo, no es para nada atractivo y puede ser malinterpretado como que intentas llamar la atención. Morrie siempre se ha portado muy bien, y ese aquelarre de brujas no se va a cansar de darle vueltas a la olla con tal de encontrarme en falta”.

Yo protesto: mis tías solo dicen cosas lindas sobre ella, le explico. “¡Hipócritas!”, contesta mi madre.

Mis tías viven a una conveniente distancia de nuestra casa, lo suficientemente cerca como para que me pueda quedar ahí cada vez que mi madre se enferma o va a volver tarde a la noche, pero lo suficientemente lejos como para no tener que, como dice ella, andar cruzándoselas en cada esquina. Sin embargo, las exigencias que mi madre tiene en el tema pastelería y masas finas hacen que a veces nos topemos con una u otra de mis tías en la que, según mi madre, es la única panadería —o *confitería,* como la llaman mis tías— más o menos aceptable de nuestra pequeña ciudad.

En la panadería, ella siempre elije una mesa de espaldas a la puerta, pero si por casualidad justo entra alguna de mis tías cuando nosotras estamos allí, yo doy un salto, exultante por esa señal del destino. “¡Tía Bernice!”, grito.

“Hola, muñequita”, me saluda mi tía. Mi madre le dispensa una sonrisa congelada que la intrusa, inmune a ese tipo de gestos, responde con un dulce y vago movimiento de mano y entonces yo vuelvo a sentarme y bajo los ojos. En recompensa, mi madre, sin

prestar mucha atención, me da una palmadita.

—

“Afectadas”, me instruye mi madre después. “Intolerablemente pretenciosas. Así y todo, deberías sentir lástima por ellas. Sus vidas nunca llegaron a nada, son demasiado débiles como para arreglárselas por su cuenta, no tienen recursos propios y carecen de la dignidad suficiente como para conseguirlos o desarrollar alguno. Tú también eres bastante tímida y retorcida, así que lo mínimo que espero es que puedas sentir cierta simpatía por ellas”. Me mira con severidad y yo asiento. “La timidez es un mal hábito. Debes aprender a tomar la iniciativa y actuar con decisión. Lo que no es ningún misterio es por qué esas tres son tan incapaces y cerebro de chorlito. Su madre era una tirana. Tendrías que estar agradecida de que muriera antes de que tuvieras edad como para recordarla. ¡*Confitería*! Lo único que esa vieja bruja sabía decir era *Petersburgo, Viena, Cracovia*. ¡Petersburgo, Viena y Cracovia las pelotas! A sus padres los sacaron de contrabando de vaya una a saber qué alcantarilla en Ucrania. ¡Comían *mugre*!

Petersburgo, yo sé, es *San* Petersburgo, la ciudad donde la gente vierte su té de un aparato hermoso, llamado samovar; en casa de mis tías hay uno y siempre me quedo un rato contemplándolo maravillada. Lo había heredado tía Adela, ella en persona me lo cuenta, de su propia y querida madre. “Trajo el samovar desde el mismísimo San Petersburgo. No tengo idea de cómo lo hizo, más si una piensa en la manera en que tuvieron que viajar, pobre gente, esos vagones, el barco, la policía de frontera que no tenía la más mínima piedad…”.

Yo miro a mi tía. ¿Por dónde empezar? “Sí, querida”, dice ella. “No debemos obsesionarnos con esos pensamientos, pero tenemos que ser agradecidos. Tenemos que ser agradecidos”.

Han dispuesto para ese amado objeto un lugar en la pequeña mesa de mármol de la recepción, más o menos de la misma manera en que mi madre ha dispuesto para la pava eléctrica un lugar sobre la cómoda de su cuarto, ella misma —la pava eléctrica— un

consuelo y un recordatorio de su propio hogar ancestral: Gran Bretaña y su té omnipresente. “Ay, los Pésajs de mi pobre padre…”, dice una noche mi madre, atontada de analgésicos, mientras acaricia sus propias lágrimas y de a poco se va quedando dormida.

“¿La pasó muy mal tu padre? ¿Tuvo una vida muy triste?”, le pregunto después de un momento.

“¿Qué?”, dice ella.

“¿Sufrió muchos pesares?”, le pregunto yo de nuevo.

Ella se incorpora en la cama y me mira.

“¿Por qué estás acá?”, dice. “Hace rato que deberías estar durmiendo”.

—

¿Y con qué cosas *sí* debemos obsesionarnos? Bueno, en realidad, todo el mundo lo sabe: no debemos afligirnos por lo que ya pasó. Mis compañeros de escuela y maestras siempre me han preguntado, por ejemplo: ¿qué hace tu padre?

Yo misma he aprendido a no andar por ahí preguntando cosas molestas. Mi madre no tolera ese tipo de interrogatorios ni siquiera por un instante, ¡ni por un instante! Y por eso en la escuela me siento perfectamente autorizada a responder como mejor me parezca: mi padre ha sido a veces, médico en un leprosario, a veces, ladrón de bancos y, a veces, hasta domador de caballos, por lo que me gano cierta reputación de poco creíble. Pero para cuando tengo nueve o diez años, ya he aprendido a suavizar esos momentos incómodos con solo apretar un poco los labios, dar media vuelta y alejarme.

En la casa de mis tías, en cambio, me detengo de manera notablemente perceptible frente a una vieja fotografía entre rosa y gris que cuelga junto a la escalera del frente. “Sí, querida”, dice tía Bernice. “Esa es nuestra familia. Yo soy la de la izquierda, la que tiene el delantal, y esa es tu tía Charna, la del gran moño en el pelo, y tu tía Adela es la del vestido de encaje, era hermoso ese vestido, no podía ser más lindo. Y estos son nuestros padres tan queridos, y ese pequeñín, en traje de marinero, es tu papá”. Seis personas que

parecen claramente aterradas, vestidas con ropa bizarra, anticuada, con la mirada fija al frente, como si se estuvieran embarcando en un peligroso viaje. Todos lucen muy parecidos, incluso el niño pequeño, mi padre.

—

"Un *samovar*", dice mi madre. "¡Por Dios santo! No entiendo por qué no venden esa casa en ruinas y todo el montón de baratijas que tienen adentro y se consiguen cada una un lugar pequeño y razonable donde puedan vivir de manera independiente, lejos del hechizo que les echó esa arpía, o por lo menos lejos de tanta tierra y tanto polvo".

El polvo en la casa de mis tías es el polvo de las transformaciones: una lánguida gasa flotante que, cuando algún rayo de sol logra atravesar las ventanas altas, destella y se vuelve visible. Los sillones dorados de la recepción están tapizados con un terciopelo oscuro tan gastado en el asiento y los apoyabrazos que debajo se puede ver la muselina blanca: una especie de fantasma a punto de emerger del cuerpo de un moribundo. Las enormes alfombras orientales están, en ciertas zonas, también gastadas casi hasta el blanco, pero si uno mira con cuidado la superficie entretejida, sus aletargados arabescos empiezan otra vez a volverse evidentes.

Cuando estoy cansada de dibujar con los lápices de colores que he traído conmigo, me dedico a contar las horas, incluso los minutos que faltan para que pueda volver con mi madre. La casa es inmensa, y a pesar de la gran cantidad de cosas que contiene, todavía parece casi vacía. En la débil, diáfana luz del sol, voy de cuarto en cuarto, deteniéndome a mirar algunos objetos o pequeñas estatuillas hasta que su capacidad para transportarme a otro lugar comienza a surtir efecto. El fantasma se hace ligeramente visible en los sillones, los jeroglíficos se muestran en la alfombra, el reloj enchapado en oro que hace años no funciona vuelve a dar la hora, los adornitos y estatuillas moteadas de cachaduras comienzan otra vez a latir en la corriente vital de sus recuerdos y las imágenes de

unas pocas fotografías vaporosas, demasiado desteñidas como para poder verlas con claridad —tranvías y cafés y gente enfundada en ropa gruesa, pasada de moda, apurándose en las calles de una ciudad fría, crepuscular— se despegan de sus cartones para danzar sobre los destellos de polvo.

—

A veces, cuando tía Charna se va de viaje con una persona que me ha pedido que lo llame tío Benni o con una persona que me ha pedido que lo llame tío Solly, yo me escabullo a su cuarto y me acuesto con los brazos y las piernas bien abiertas y estiradas sobre su cubrecama, que es de raso rojo y luce exactamente igual que un mar de sangre arrugado, y me quedo ahí tirada mirando las manchas del techo, manchas que a veces son amistosas y que a veces no, depende el día.

En el cuarto en que duermo hay una chimenea no demasiado profunda. En cada uno de los dormitorios del segundo y del tercer piso hay chimeneas como esa, seis en total. Ninguna funciona ni se puede usar, pero tía Bernice dice que antes andaban de lo más bien. La mía es la más linda de todas. Sus baldosas son de un mármol casi rosa. Faltan algunas, y cada hueco donde falta una baldosa es como el recuadro en blanco que deja una imagen en esa zona de transición, justo al despertarse de un sueño: titila un instante y después, enseguida, desaparece.

Yo acaricio los huecos donde alguna vez estuvieron las baldosas, cierro la puerta de mi habitación y desciendo por una de las señoriales escaleras de caoba que atraviesan de arriba abajo la casa, desde el altillo hasta sus sótanos de vastos y verdes laberintos apretados de tuberías zumbantes, a los que de tanto en tanto voy a espiar rápido, solo por un instante, para enseguida escurrirme de nuevo corriendo hacia arriba. En una de mis rápidas misiones de reconocimiento por los sótanos puedo entrever una mesa muy extraña, con canales a lo largo de sus bordes y huecos redondos en las esquinas y cubierta con una especie de tela como con pelusa, parecida al papel secante.

“¿Cúando va a volver Morrie a casa?”, les pregunto una y otra vez a mis tías cada vez que voy de visita. “Pronto, querida”, dicen ellas, pero Morris ya rara vez regresa, porque tiene que quedarse en el conservatorio, porque va a tener un gran futuro. Tampoco sigue pareciendo un ángel, y cuando finalmente viene de visita, pasa la mayor parte de su tiempo practicando, o tocando a dúo con tía Bernice, y muy rara vez logro persuadirlo para que juegue a las cartas conmigo.

“¿Para qué sirve esa mesa con pelusa que hay en el sótano?”, le pregunto en secreto mientras él baja otra mano ganadora y atrae hacia su montón la pilita de fósforos que usamos para apostar.

“Una mesa con pelusa…”, dice Morrie. “Una mesa con pelusa. Ah, sí, el billar”. Reviso su cara pero está tan en blanco como la de cualquier mentiroso. “El billar era un juego que solía jugar la gente pudiente”, dice.

—

“Mi otro abuelo era rico”, no puedo contenerme y le cuento a mi madre cuando vuelvo a casa.

“¿Cómo lo sabes? ¿Estuviste comunicándote con los muertos?”, me pregunta.

“Me lo contó Morrie”.

“Bueno, supuestamente Morrie nunca se equivoca… Y sí, tu abuelo por el lado paterno vino a este país tan pobre como el resto de ellos pero hizo un montón de plata trabajando en la industria textil, y después la perdió toda en la Gran Depresión. Fue pobre y después fue rico y después fue pobre de nuevo, justo a tiempo como para morirse, así que sus hijas no hacen más que vivir entre las migas y las cenizas de lo que quedó”.

Mi madre dice que cuando uno escucha a Morrie tocar el violín cree que realmente va a tener un gran futuro… como contador en un banco, o algo por el estilo.

—

Un día mi tía Bernice y mi tía Adela me llevan con ellas a hacer las compras y ahí, en la vidriera de uno de los negocios vemos un pulóver rosa tan mullido que casi parece un copo de algodón de azúcar y que, además, es justo de mi talle. “Te quedaría hermoso, es el color ideal para una pelirroja”, dice tía Bernice y se detiene.

Me quedaría bien ¿a *mí*? Joanie Hodnicki, la chica más linda y más mala de la escuela tiene un pulóver parecido, pero el de ella no es ni siquiera la mitad de lo espléndido que es este.

“¿Te gustaría probártelo, cariño?”.

Mi cabeza ha comenzado a latir. Es verdad lo que dice mi madre, ¡tengo una vena claramente consumista!

“¿Te gusta, querida?”.

Me es imposible hablar, o siquiera moverme.

Mis tías se miran entre ellas sin saber qué hacer.

Yo cierro los ojos y siento cómo me derrito mientras imagino la delirante alegría de taparle la boca a Joanie Hodnicki y obligarla a hundir su cara en ese pulóver.

“Está bien, hermosa. No tiene por qué gustarte”, dice tía Bernice. “Vamos, sigamos”, dice, y puedo verlas otra vez intercambiando miradas.

¿Pero qué puedo decir cuando tía Charna me trae un regalo de uno de sus viajes con tío Benni o tío Solly? ¡Es imposible que regrese al lugar de donde justo acaba de llegar, solo para devolverlo! Una vez, me regala un gran block de papel increíblemente bello y unas cosas maravillosas, parecidas a crayones —pasteles— que al final dejo en la casa, para usarlos cuando voy de visita. Y otra vez me trae un set de diez delicadas botellitas rectangulares con pinturas para las uñas de diferentes colores, *esmaltes*, los llaman ellas —Dorado y Jade y Verde Hoja y Rubí y Medianoche y Océano y Fuego y Amatista y Alba y Luna—, que logro esconder exitosamente y mi madre nunca encuentra.

Pero la primera, primera cosa que tía Charna me trae, cuando soy todavía muy chiquita, es una muñeca preciosa que, ni bien tía Adela me deposita de nuevo en casa, corro a mostrarle a mi madre. “¡Puede pestañear!”, le digo llena de alegría y le muestro la tarjeta

que venía en la caja, junto a la muñeca. “¡Y puede *llorar*!”.

Mi madre, impasible, contempla la muñeca apenas por un momento. ¿Cómo puede no estar maravillada?

“Y hasta puede hacer pipí”, agrego en tono de súplica.

“¿De verdad?”, dice mi madre.

Y es así como logro no solo hacer enojar a mi madre, sino también humillar a la indefensa muñeca que me ha sido dada en custodia.

Mis tías suelen cenar en la cocina, a menos que tía Charna ya la haya ocupado para estar con tío Benni o tío Solly, y entonces a nosotras nos toca cenar en el comedor. Nos sentamos con nuestros caldos en medio del plateado entrechocar de las cucharas contra la porcelana desportillada y, si entrecierro un poco los ojos, puedo ver a la terrorífica vieja bruja de la fotografía familiar —mi propia abuela— sentada en la punta de la larguísima mesa, encorvada y sorbiendo con ruido su plato de mugre.

En la recepción hay dos pianos. Yo no toco el piano. Mi falta de talento musical es realmente impresionante, me ha informado mi madre, y tomar lecciones no sería más que malgastar el dinero. Es una verdadera lástima carecer de talento musical, le explico solemnemente a mis tías y ellas arquean las cejas mientras me escuchan, porque mi madre siempre dice que aquellos que no podemos necesariamente confiar en nuestra apariencia física debemos invertir tiempo y esfuerzo en cultivar nuestros propios recursos. Mis tías se miran un momento entre ellas, después tía Charna se cubre la cara con las manos y se echa hacia atrás, su lenta y redondeada risa aletea a través de sus dedos. Tu madre sí que no tiene problemas en decir lo que piensa, comenta sin dejar de reírse, y tía Bernice y tía Adela también se ríen un poco, pero con pena.

Tía Bernice toca una partitura y hace tanto ruido que suena como si estuviera tocando los dos pianos al mismo tiempo. Yo inspecciono un reloj dorado lleno de adornos cuyas agujas siempre

marcan nueve minutos pasadas las tres y contemplo el maravilloso samovar —al fin y al cabo no es más que una pava, pienso, con seriedad— y, antes de que tía Bernice termine de tocar, todavía tengo todo el tiempo del mundo para mirar a una polilla caminar muy satisfecha a lo largo y a lo ancho de las cortinas de seda.

A veces me parece que me voy a volver loca, dice mi madre por una cosa o la otra. Y a veces pienso que *yo* me voy a volver loca, de aburrimiento, especialmente en la casa vacía de mis tías, con su incesante, irritante murmurar de alusiones indescifrables. Cuando estoy tan aburrida que ya no me importa si estoy muerta o estoy viva, salgo a la parte de atrás de la casa y me quedo mirando la barranca.

La barranca es una gran, abrupta grieta en la tierra, tan tapada de enredaderas y hiedra venenosa y árboles caídos y basura que uno no sabría cómo poner un pie allí, aunque quisiera. Algo vive ahí abajo, algo peludo y con ojos brillantes.

"¿Tiran cadáveres a la barranca?", le pregunto a Morrie en una de sus visitas. "¿Quiénes?", me dice él con su misma impasible cara de siempre.

"Esos son tréboles irlandeses", me cuenta tía Adela mientras miro de cerca las pequeñas y divertidas hojitas en el fondo de la taza de la que bebo chocolate caliente. "En Irlanda, de donde proviene el padre de tu mamá, la gente cree que traen buena suerte".
"¿Irlanda?", digo, y finjo estudiarlos con una afectada indiferencia mientras un gran globo de información invisible comienza a llenar la habitación. "¿No era que venía de Gran Bretaña?".

"Irlanda, Gran Bretaña…", se encoge de hombros. "No sé de dónde provenían los suyos ni por qué terminaron en Irlanda. Pero tu pelo rojo y el pelo rojo de tu mamá probablemente vienen de la Galicia de los Cárpatos, que es de donde era originaria la familia de su madre".

Galicia. Contemplo la hermosura del nombre mientras se despliega en el aire frente a mí y me deja entrever saltarines

caballos enjaezados, y a una bella princesa que los cabalga, su pelo rojo se ondula hasta tocar la alfombra de flores que se desliza bajo los cascos. “Siempre vas a poder identificar a un judío de Galicia, es cuestión nada más de mirarle el pelo, lo tienen siempre rojo”, dice mi tía con ojos soñadores.

“¡Ay, mi chiquita! ¿Te quemaste? ¿Estás bien?”, se preocupa y da un salto en el aire al ver mi taza hacerse añicos contra el suelo. “Tranquila, tranquila, no es nada”.

“¡Galicia!”, salta enseguida mi madre sobre mi cautelosa, avergonzada sugerencia, cuando vuelvo a casa. “¡Qué estupidez más grande! ¿Qué te estuvieron diciendo esas bobas? Mi madre era de Hungría. De algún lugar cercano a Budapest. No te quedes ahí con la boca abierta, te vas a tragar una mosca. Budapest, la ciudad más sofisticada del mundo. Tu abuela era pobre, pero muy hermosa y muy refinada. Cuando después de fregar el piso cubría el suelo con diarios viejos, decía que lo había recubierto con una alfombra polaca”.

—

Pero yo tengo preocupaciones mucho más urgentes que haber puesto a mis tías en problemas. Porque de pronto me he dado cuenta de que, si Mary Margaret descubre que mis tías y mi madre son judías y que, consecuentemente —sospecho— a lo mejor yo también lo soy, puede que no me deje seguir yendo con ella a la iglesia. De todos modos, no es que a mí me esté exactamente permitido ir a la iglesia con Mary Margaret, así que he perfeccionado un cuidadoso plan de acción, que un poco implica mentirle a mi madre y, otro poco, lisa y llanamente desobedecerla, y acompaño a Mary Margaret solo cuando su estado de ánimo y mis oportunidades coinciden.

En todo caso, al parecer lo que a mi madre no le gusta de que yo me junte con Mary Margaret es que su padre, cuando no está trabajando, se pasa el día en el porche de la casa tomando cerveza directo de la lata y, también, que han metido en la cárcel a uno de sus muchos y muy mayores hermanos.

Así y todo, no es muy difícil escabullirse a la casa de al lado, donde, en medio de tantos parientes, a Mary Margaret y a mí nadie nos presta demasiada atención. Y a veces Mary Margaret accede a llevarme a la iglesia, aunque no me deja ir a tomar la comunión con ella, porque dice que yo no estoy en estado de gracia. A mí me da miedo preguntarle por qué no. Aunque lo sospecho. Es porque no me he lavado lo suficientemente bien. Pero incluso si ese día ya me bañé y me volví a bañar, no protesto ni digo nada, porque me asusta mucho más violar una regla en ese gran y solemne recinto lleno hasta lo más alto con los ecos de Dios y con perfumes y con efímeros colores que, incluso, permitir que mi madre pase debajo de una escalera o pasar la sal de mano en mano sin asentarla antes sobre la mesa.

Durante un tiempo sopeso si contarle o no contarle a Mary Margaret que puede que yo sea judía y al final llego a la conclusión de que es necesario que lo sepa, por el bien de su alma y de la mía, y sin importar cuáles sean las consecuencias. Así que una mañana, después de pasar la noche al borde de un ataque de nervios, salgo en busca de Mary Margaret para susurrarle mi confesión.

"¡Ya lo sabía!, mi papá a ustedes siempre les dice *las judías*", Mary Margaret me susurra su respuesta.

"¿Entonces mi mamá, mis tías, mi primo y yo nos vamos a ir al infierno? ¡Júramelo sin cruzar ni dedos ni piernas!".

Sumamente consternadas nos miramos una a la otra y después Mary Margaret asiente. "Pero a lo mejor si te llevo a la iglesia muchas veces, logramos que te reduzcan la condena".

Le pido a tía Bernice que me aclare si los judíos creemos o no creemos en Dios y ella me dice que sí, que no cabe ninguna duda de que nosotros los judíos creemos en Dios, aunque estrictamente hablando, ella, en lo personal, no cree, y tampoco la tía Adela ni la tía Charna, por lo menos hasta donde tía Bernice sabe, aunque, por supuesto, a veces observan los ritos en los días sagrados y, piensa ella, tampoco mi madre cree en Dios.

Así que una anda por la vida envuelta en una nube de hechos solo visibles para los demás. Esto es lo que de pronto se me vuelve evidente. Tus ojos pestañean, como los de una muñeca, puedes mover tus brazos y tus piernas, puedes incluso llorar, o hacerte pipí encima, pero no naciste, como una muñeca, en una caja y con una pequeña tarjeta que explica tus características, y si una quiere saber cómo es que terminó en este planeta, no puede quedarse sentada por ahí pestañeando sin hacer nada.

Así que empiezo a prestarle minuciosa atención al dormitorio de mi madre y a hurgar en sus cajones ni bien ella sale de casa. Para mi sorpresa, no encuentro casi nada de interés, excepto unos pocos lápices de labios casi gastados del todo, una botella escondida detrás de sus zapatos cuyo contenido incoloro, después de destaparla y olerla con perplejidad un par de veces, identifico sin lugar a dudas como whisky, y unos pocos puñados de billetes escondidos por ahí. Estos últimos por lo menos tienen cierto valor práctico, ya que Mary Margaret ha empezado a cobrarme pequeños montos de dinero a cambio de dejarme ir con ella a la iglesia, lo cual, considerando toda la situación, a mí me parece algo bastante razonable.

Me transpiro toda cada vez que mi madre sale de su cuarto con el ceño fruncido. Pero soy meticulosa al cubrir mi rastro y cautelosa con lo que toco, y con el tiempo se vuelve evidente que ella no controla demasiado sus cosas. Esta actividad secreta me produce una irresistible excitación física, mucho más interesante que las hamacas y los estúpidos toboganes de la placita de juegos (que hace tiempo ya me quedaron chicos), más interesante que las películas de terror en la televisión y que, incluso, meter un pie en la barranca de la casa de mis tías para ver si el barro se come mi tobillo y me succiona hacia lo profundo de las enredaderas y las hiedras venenosas y los animales y los cadáveres que allí tiran.

Pero es como si mi madre supiera. Porque más o menos para cuando empiezo la escuela secundaria, resulta que siempre estoy

haciendo algo mal. Tengo una mancha en la pollera, tengo el pelo hecho un desastre, o mi postura es deplorable, o —dice mi madre— siempre ando frunciendo el ceño. O no me hago cargo lo suficiente de las tareas de la casa y me niego, en general, a asumir responsabilidades.

Eso es verdad, pero cuando trato de ayudar, ¡arruino todo! Por ejemplo, mi madre ha estado angustiada porque las cortinas están gastadas y descoloridas y no tiene plata para comprar unas nuevas, entonces un sábado mientras ella está en el trabajo, decido sorprenderla y las llevo al lavadero automático y, al final, de la máquina no sale más que un gran revuelto de tiras y trapos.

Vomité, por supuesto. Y cuando mi madre vuelve a casa y ve lo que queda de las cortinas, se pone completamente blanca, y después roja, y después blanca de nuevo. Toma el teléfono, hace una llamada, me obliga a subir al auto, me lleva a lo de mis tías, se baja para abrirme la puerta, espera a que yo salga y, ni bien puede, se aleja acelerando a todo lo que da, sin siquiera detenerse a saludar.

Con mucho tacto, tía Bernice prepara un té mientras yo me siento en la recepción, sin llorar —sin llorar—, sin llorar incluso cuando ella regresa con la primorosa bandeja pintada a mano, la tetera, la leche y el azúcar, y también se sienta, no demasiado lejos de donde yo estoy.

Durante unos minutos tomamos nuestro té de a sorbitos y después tía Bernice dice, distraída: “Era una mujer muy hermosa, tu madre. Seguramente esperaba más de la vida. Mi hermano era alguien encantador, pero no demasiado resuelto. No me quedan dudas de que los dos esperaban algo diferente. Tu madre ha tenido demasiadas desilusiones. Y, francamente, querida, me parece que el cambio es duro para ella”.

¿El cambio? Ahhh… Sí, es un hecho. Antes yo era diferente. Un poco más como mi madre. Pero ahora, todo lo que queda de ella en mí es el pelo rojo y las piernas comunes y corrientes. Ahora me parezco más a la otra rama de mi familia. Me parezco más al pequeño niño en la fotografía, mi padre.

“A lo mejor ella siente que es el final de su vida como mujer”,

dice mí tía con cierta tristeza, sin levantar la vista del interior de su taza de té.

—

A lo largo y a lo ancho del resto del país, del resto del mundo, personas apenas un par de años más grandes que yo están tratando de aprender a ser amables antes que violentos y, como los animales, dejan crecer su pelo tan largo como quieren, dejan que sus ropas caigan y cuelguen, unen sus manos, hablan de justicia e injusticia, se abrazan unos a otros, huelen flores, contemplan visiones. Las ropas que visten brillan más que la bandera de cualquier país. Yo aúllo de deseo en nuestra pequeña ciudad, donde la oscuridad y el frío parecen durar para siempre y la mayoría de las cosas tienen gusto a tierra. Las sombras de la juventud liberada que esparce el televisor titilan sobre la cara impasible de mi madre, hasta que ella se levanta sin decir una palabra y lo apaga.

—

Un sábado vamos con mi madre a la panadería, para darnos un gusto, y nos sentamos en nuestra mesa favorita. Yo como mi *éclair* con las manos y me ensucio un poco, algo que no entusiasma para nada a mi madre, y justo entonces entra Brucie Miller con su hermano, Preston. “Eh, hola”, me saluda Brucie vagamente.

Mi mano se paraliza a medio camino, justo antes de poder agarrar una servilleta. “Ah, hola”, digo y me quedo mirando las paredes y el techo.

Cuando volvemos a casa, mi madre me pide que tome asiento en uno de los sillones del living, algo que siempre significa que estoy en problemas. ¿Qué hice ahora? ¿Habrá visto a Mary Margaret pasearse de un lado a otro con esa nueva minifalda diminuta que se compró?

“Hay algo sobre lo que tenemos que hablar”, dice mi madre y cierra sus ojos por un momento. “No hay que envidar a las chicas lindas”, dice. “Porque cuando un muchacho ve a una chica linda, no

está viendo a una persona real. Lo que ve es un reflejo de sus propios deseos, y de lo que se enamora es de ese reflejo. Los muchachos ponen a las chicas lindas en un pedestal. ¿Sabes lo que quiero decir, entiendes lo que significa pedestal?".

"Claro que sí", digo.

"No hace falta que levantes la voz", dice mi madre, y sigue. "Un muchacho va a hacer cualquier cosa para conseguir la atención y la admiración de una chica bonita y por eso la empieza a cortejar y a perseguir, y cuando ella por fin se enamora de él, es ahí cuando el muchacho por fin entiende que ella no es un reflejo y entonces sale corriendo lo más rápido que puede. Pero las chicas que no son lindas están en una situación incluso peor. Los muchachos creen que a las chicas que no son lindas solo se les ha dado vida en este planeta para ser una especie de pobre compensación por todo lo que en realidad ellos se merecen".

Aunque su gran cara está directamente frente a mí y me mira fijo a los ojos, entre mi madre y yo crece y flota un rectángulo brumoso, lleno de estruendos distantes, casi como un campo de batalla. Gotitas de transpiración comienzan a brotarme sobre el labio superior y bajo mis brazos, y junto las manos y me las aprieto mientras escucho a mi madre decir: "Los muchachos saben que las chicas que no son lindas están desesperadas por llamar la atención, y se aprovechan porque se dan cuenta de que esas chicas harían cualquier cosa a cambio de lo que ellos pretenden que es cariño. Así que, cuando un muchacho le dice a una chica que no es linda que ella *es* linda o que él le tiene cariño, ella puede elegir quedar como una tonta o no, pero si le cree, es a su propio riesgo". Estoy a punto de disolverme en el aire cuando empiezo a sentir a mis tías, con sus extrañas, casi extraterrestres caras (a las que la mía poco a poco ha empezado a parecerse), enviando toda su fortaleza a agruparse a mis espaldas, un pequeño batallón enfrentando también a mi madre, y es entonces cuando tomo una gran bocanada de aire.

"¿Qué me estás queriendo decir?", pregunto.

"Te estoy queriendo decir lo que te digo", responde mi madre.

"¿Qué?".

"*Eso*. Lo que te dije", me responde ella, y se levanta y se encierra en su cuarto dando un portazo.

—

"Me parece que te hubiera gustado que te descubra hurgando entre sus cosas", me dijo Jake muchos años después, cuando, en nuestro temprano entusiasmo por el milagro de que todos los elementos del universo —una red de casualidades más allá de cualquier cálculo— nos hubieran permitido encontrarnos, repasábamos trémulos nuestras biografías hacia atrás y hacia delante, y compartíamos con el otro sus contenidos aparentemente azarosos, como si fueran los preciados trofeos de una exploración arqueológica que más tarde o más temprano revelarían, desde las profundidades de una grieta o un archivo antes inadvertido, una clave o una explicación creíble para nuestro encuentro.

Tal vez sí quería que me descubriera, tranquilamente podría argumentar en defensa de esa tesis —uno de esos razonamientos de aire ligeramente psicológico que, por lo general, algún retazo de verdad contienen—, o tal vez no, tal vez no quería que me descubriera. De todos modos una vez sí me descubrió revisándole los cajones de su cuarto; para ese momento, el momento en que ocurrió la explosión devastadora, yo ya tenía dieciséis, acababa de terminar la escuela secundaria y hacía mucho me había alejado por completo de Mary Margaret y de Dios y de cualquier deseo de salvación, y el dinero que de a poco le había ido robando a mi madre ya era suficiente, sumado a un poco de hacer dedo, como para llevarme a miles de kilómetros de allí, aunque no hubiera distancia posible que pudiera ser puesta entre mi persona y el inconfundible significante de mi debilidad y mi cobardía, mi patética dependencia de la vida de otros —como si no fuera más que una sanguijuela chupando sangre—, mi incompatibilidad congénita: "Debería haberme dado cuenta de que eras uno de ellos", dijo mi madre, "ni bien se hizo evidente que habías heredado su nariz".

Fue gracias a Jake que terminé consiguiendo un trabajo ilustrando textos de medicina. Gracias a Jake y, también, a que yo había estudiado tanta biología y anatomía como para poder hacerlo sin ningún problema. Cuando nos conocimos, yo estaba cursando un posgrado en diseño gráfico y trabajaba en varios tipos de bares y restaurantes. Desde que había llegado a Nueva York, ya había sido pinche de cocina y ayudante de cocina, y ayudante primero, y camarera y primer ayudante del chef y, para el final de mis turnos, mis sobrecargados pies por lo general terminaban increíblemente hinchados de un veneno que, a veces, trataba de quitarme de encima poniéndolos en remojo.

Pero la noche en que conocí a Jake atendía la barra de un bar muy de moda entre gente de Wall Street, esos jóvenes muchachos un poco adictos, acostumbrados a vivir la vida sin fijarse en gastos y a toda marcha. Era un buen trabajo, lucrativo, el mejor que tuve. La persona que al final resultó ser Jake estaba sentada al final de la barra tratando de leer bajo una lámpara de luz pálida. Apoyó un billete de cincuenta dólares frente a él, le serví una cerveza y me olvidé por completo de su presencia. Mi atención estaba puesta en uno de nuestros clientes habituales, a quien en mi cabeza yo llamaba, con asco, Mr. Perfecto.

Mr. Perfecto era el ídolo de Nelson, nuestro manager, y casi nunca venía sin la compañía de una chica escandalosamente linda, rara vez la misma. Se sentaban en la barra, Mr. Perfecto y la chica, y casi enseguida empezaban las predecibles pantomimas, así que en el mismísimo momento en que aparecía, yo me resignaba a pasarme la noche viendo cómo una billetera cortejaba a un artículo en venta.

Mr. Perfecto siempre pedía sus tragos y esperaba a que yo se los preparara para, enseguida, con su modales cálidos, impecables, criticarlos apenas un poco, como si disfrutara encontrarse bajo los encantos de los luminosos rayos de su propio poder y de la increíble belleza de su cita: una demostración, obviamente, pensada para la audiencia. Cuando el índice de petulancia ya había llegado a lo más

alto y era imposible que siguiera subiendo, Mr. Perfecto y su cita se dejaban resbalar de sus banquetas y se deslizaban hacia la puerta, fusionándose a medida que se alejaban, dejándonos al resto de nosotros perdidos en la estela de su energía hormonal y enfrentando irremediablemente el vacío de nuestras vidas.

No fue la presencia de Jake en particular la que hizo que esa noche no me quedara callada, aunque a él, por supuesto, le encanta pensar que sí.

Pero si no hubiera habido testigos de mi degradación, ningún amable hombre leyendo al final de la barra, puede que hubiera cumplido mi turno sin siquiera abrir la boca.

Sea como fuere, resultó que yo estaba mezclando un Martini para la cita de Mr. Perfecto, mientras, justo frente a mí, Mr. Perfecto la miraba directo los ojos y la manoseaba debajo del suéter. "Lo lamento", le decía, "pero me deja el correo hecho un lío solo para demostrar que estuvo trabajando en eso, no puede preparar un café como la gente, se come las uñas de una manera horrible, trata raro a los clientes por teléfono y esta mañana, de hecho, me pasó una llamada justo cuando yo estaba en medio de una reunión con Rutherford". "Lo que pasa es que eres un perfeccionista", le dijo la cita. "¡Odio ser un perfeccionista!", le respondió él. "Es un defecto de carácter, pero resulta que soy un perfeccionista, así que no me queda otra más que despedirla".

"Bueno, tal vez no tenga usted que despedirla porque es un perfeccionista", sugerí yo entonces. "A lo mejor tiene que despedirla porque usted es una verdadera mierda".

La expresión cálida y amigable desapareció por completo de su cara. Era la primera vez que Mr. Perfecto me miraba de verdad. "Y usted también está despedida", dijo.

"Usted no puede despedirme", le contesté.

"Pero yo *sí* puedo", dijo Nelson apareciendo de entre las penumbras. "Estás despedida, ¿puedes retirarte ya mismo de aquí?".

"Con gusto", dije y tiré al suelo mi rejilla, mientras daba la vuelta y salía de detrás de la barra.

El muchacho al final de la barra había levantado la vista de su

libro y miraba en mi dirección con una mirada llena de amor. Me fijé por sobre mi hombro, pero no había nadie detrás de mí. “Eres tú a quien miro”, dijo él. “¿Te gustaría que fuéramos a tomar algo a algún otro lado?”.

“Estoy sucia”, dije. “¿Me estás cargando? Estoy hecha un asco. Tengo olor a frito y a escabeche, estoy toda transpirada”.

“Entonces, ¿te gustaría ir a tomar algo a otro lado?”, dijo él.

“No”, dije. “Estoy *sucia*”.

“Entonces, ¿te gustaría ir a tomar algo a otro lado?”, dijo él.

Con los años he terminado por advertir que la gente que tiene una profunda e inmediata conexión entre sí también tiene una profunda e inmediata intuición de los peligros que el otro alberga para ellos, y que en ese momento se dan uno a otro claras señales de alarma que después inmediatamente olvidan por un largo tiempo. “Mira, la verdad es que no disfruto siendo una loca maniática fuera de control”, dije. “Si todo esto te parece divertido, es tu problema”.

“No serías una loca maniática fuera de control si salieras conmigo”, dijo él. “¡Yo te haría feliz!”.

“No digas cosas que solo me van a poner más loca y furiosa”, dije.

“Te puedes retirar *ya mismo*, por favor”, dijo Nelson.

“Por supuesto, jefe”, dije yo.

“Espera”, dijo Jake mientras agarraba el billete de cincuenta que había dejado sobre la barra y buscaba una lapicera en su bolsillo. “Dame tu número”.

En mi confusión, garabateé rápido mi número en el billete, se lo di y enseguida traté de quitárselo de nuevo. “Eh, vas a gastar esa plata en cualquier cosa y después va a empezar a llamarme a casa cualquier asesino serial que ande dando vueltas por ahí”, le dije.

Jake partió el billete en dos y me pasó la mitad sin mi número. “Estoy en quiebra”, dijo. “No soy más que un estudiante de posgrado, ten piedad de mí. Cuando nos veamos voy a volver a pegarlo con cinta y lo vamos a gastar en unas entradas para ir al cine”.

“¡Mierda, mierda, mierda, te puedes retirar *ya* mismo!”, dijo Nelson.

“No hace falta que me lo repitas”, dije, y me fui dando un portazo.

—

De verdad creía que en esos años había logrado sacarme a mi madre casi por completo de la cabeza. Pero tarde una noche, un poco borracha y con el corazón temblando en el pecho, llamé a mi número de teléfono de la infancia. Shockeada, escuché cómo la voz que atendía era la de mi madre, y fue entonces cuando advertí que durante todo ese tiempo no había hecho más que esperar que mi legajo terminara de llenarse de credenciales intachables para después contactarla. Tan patético como eso. Como cualquier gato que lleva a los pies de su dueño un ratón recién cazado.

“Deberías haber pensado un poco en mí”, dijo ella. “Deberías haber pensado en cómo me iba a preocupar. Casi me vuelvo loca de preocupación. Hasta que Morrie me contó que había tenido noticias tuyas, hace un año o dos, ni siquiera sabía si estabas viva. Estuve a punto de caerme muerta”.

“Perdón”, dije con calma —aunque en verdad era tan intensa la oleada de triunfo vengativo que me inundaba que más tarde no pude recordar cómo fue que, después de colgar el teléfono, había llegado a terminar tirada en el suelo, aunque un par de moretones sugerían que simplemente por unos momentos había perdido la conciencia y chocado contra la mesa al caer. “Perdón”, murmuré, “pero dijiste que me odiabas, que conmigo habías desperdiciado tu vida, que yo te parecía alguien repugnante, sea lo que fuera que significara eso…”.

“Pero cómo puedo yo haber llegado a decir algo como…”.

“Que desde el minuto en que nací supiste que me deberías haber dado en adopción al primero que pasara por ahí, que olía mal, que querías no volver a verme nunca más, que encantada me hubieras cambiado por Morrie y que para cerrar el trato deberías haber entregado a cambio, además, una montaña de bosta; ese tipo de

cosas".

"Me habías decepcionado", dijo ella. "Te dije cosas que no necesariamente pensaba".

"Ah, bueno, entonces no es que yo me inventé todo".

"Tampoco eras alguien fácil. ¿Por qué llamas ahora?, ¿estás en problemas?".

"¿Qué quieres decir?, ¿que si alguien me dejó embarazada?".

"¿Sí?", dijo ella.

No estaba embarazada, la tranquilicé enseguida. Tampoco me había metido en ningún tipo de problema. La había llamado solamente porque, muy por el contrario, me estaba yendo excelente. Por supuesto, no mencioné que me había recibido con honores (aunque no con "máximos honores"), pero sí le dejé entender que me había ido lo suficientemente bien en una muy respetada universidad (que al final, no resultó ser una que ella respetara particularmente) y que había hecho un posgrado, y que estaba en pareja con una persona a la que ella le sería imposible impugnar, alguien que trabajaba todos los días manipulando patógenos de riesgo mortal.

"Con una…", dijo ella, "¿*persona*?". Pude escuchar como se dejaba caer sobre la silla.

Nada de qué preocuparse, la tranquilicé, porque resultaba que la *persona* con la que estaba en pareja resultaba ser un *hombre*, un hombre *masculino* y muy bueno, alguien intachable. Un hombre que me había apoyado y que tenía una excelente opinión acerca de mis habilidades y de mi carácter, un hombre al que, de hecho, yo le gustaba…

"¿Y es médico este hombre realmente ejemplar? ¿Es un *doctor*?".

Dudé. "Se dedica a la investigación", dije.

"Ya veo. Un investigador. ¿Y hace cuánto que estás con este *investigador*?".

"¿Cuánto hace que vivimos juntos? Unos años ya".

"¡Así que conviven sin estar casados!", dijo ella. "Y eso te parece algo digno de una hija criada por mí".

La mayoría de mis relaciones anteriores habían durado desde

más o menos la medianoche hasta más o menos las dos de la mañana, tal y como mi madre habría esperado de alguien para nada parado sobre un pedestal, pero la duración de esta particular relación con la que yo había intentado impresionarla había tenido, obviamente, el efecto contrario, y aun después de todo el tiempo que había pasado, yo no estaba todavía lo suficientemente bien equipada como para resistir su particular forma de humillarme. "Bueno", dije muy alegre, "quien se casa a las corridas se arrepiente de por vida".

Después de esa llamada hablamos cada tanto, siempre con cierta cautela. Y después, una tarde, llamó para decir que tía Bernice había fallecido y que como ella se había esforzado tanto conmigo, seguramente le hubiera gustado saber que yo al menos me había tomado un día libre de todas las cosas tan importantes que tenía que hacer y había viajado para asistir a su funeral.

Jake insistió en ir conmigo, y mientras entrábamos a la funeraria, pude darme cuenta de que me estaba aferrando tan fuerte a su brazo que probablemente lo iba a lastimar. Varios viejos desalineados se amontonaban como si cayera aguanieve. Mi madre y yo hicimos de cuenta que nos abrazábamos, pero en realidad no fue más que un escabullirse una de la otra. "Mamá, Jake", traté de decir.

"Jake", dijo ella mientras tendía las manos hacía él irradiando la ingenuidad de una mujer muy joven y muy hermosa, "gracias por cuidar tan pero tan bien de mi pobre hijita".

"*¿Perdón?"*, dije, pero ellos ya se estaban abrazando.

"¿Dónde está Morrie?", pregunté.

"Tokio", dijo mi madre. "Según Adela, tiene un concierto. Imposible de cancelar, pobre".

Mi madre se había vuelto bastante sorda. "Otro que no es capaz de vocalizar como la gente", dijo, enojada, cuando empezó a hablar el rabino. "¿Qué es lo que dice?".

"Que ella fue una persona ejemplar a quien todos queríamos

mucho y teníamos en la más alta estima”.

“Dios mío”, dijo mi madre en voz alta. “O nos equivocamos de funeral o están enterrando a la persona equivocada”.

Algunos años antes yo había logrado conseguir la dirección de Morrie —que por entonces ya era bastante famoso— y le había mandado una carta. Él la organizó en preguntas, y las respondió enumerándolas en una lista.

De acuerdo con los registros, nuestra abuela en común, 4 hermanos, todos permanecieron en Europa: 1 Auschwitz, 1 difteria infantil, 2 Treblinka. Nuestro abuelo en común, 7 hermanos, todos permanecieron en Europa: 1 Majdanek, 1 Chelmo, 1 paradero desconocido, 4 Auschwitz. Mi madre y tu padre, 13 primos: 2 Treblinka, 3 Auschwitz, 4 paradero desconocido, 4 Sobibor. Nosotros, como mínimo 5 primos, todos nac. entre 1930-1944, todos Auschwitz. Se desconocen otros familiares sobrevivientes más allá de nuestros abuelos en común. Padre y madre de nuestro abuelo y padre y madre de nuestra abuela, los cuatro Auschwitz.

Abuelo probablemente de Bielorrusia o Lituania.

Abuela de Rumania o Ucrania. Nacionalidades varían de acuerdo al año en cuestión, fronteras fluctuaban mucho a fines s. XIX ppios. XX. Lengua madre: yiddish (lenguaje sin nacionalidad).

Tu padre (mi tío Joseph), desaparecido el mes antes de tu nacimiento. Todo intento de rastrearlo, infructuoso.

Después del funeral hubo una pequeña recepción en la casa de mis tías. Mi madre estaba sentada sola, sorbiendo algo frente a una de las mesitas de mármol. Tenía la mirada fija en alguna cosa delante de sus ojos, la cara sin expresión alguna, como si la casa y todo lo que contenía, como si los murmullos que la rodeaban, como si su propia vida no fuera más que un sueño. De pronto me di cuenta de que ya no faltaba mucho tiempo para que yo misma me volviera

vieja. Dudé un momento, pero al final me quedé parada y, después, me acerqué a saludar a tía Charna y tío Benni.

“Me imaginaba una casa inmensa”, dijo Jake mirando la recepción. “No es tan grande realmente”.

¿Era posible que en realidad él fuera un poco tonto? “Yo era más pequeña en aquel entonces”, le dije con una paciencia fastidiosa.

Por supuesto, a mí también me parecía que todo se había encogido y que estaba a solo segundos de colapsar y astillarse. Pero, de todos modos, pronto los servicios de la casa ya no serían necesarios. En los pocos años que siguieron, primero murió Charna, después Adela y después mi madre. Y ahora que Morrie tampoco está para recordarlas, puede que por fin mis tías sean liberadas de esa casa: el elegíaco murmurar de las alfombras y las sillas y el billar y los relojes, el dormir intranquilo que la cubría, trayendo consigo sueños del planeta de donde provenían mis abuelos, con sus paredes del gueto manchadas de sangre, las culatas de las pistolas golpeando las puertas, su rapsódico festival de asesinatos. ¿Las voy a extrañar, por fin, a mis tías? Apenas un poco borracha, me siento en el sofá, a sopesarlo. Sí, allá van mis viejas aliadas, navegando hacia la dura coraza radiante que se alza en el borde del universo, perdiéndose en la oscuridad.

Mi madre nos invitó a que nos quedáramos con ella la noche después del funeral de Bernice. No era ni siquiera posible considerarlo, por supuesto, pero Jake igual tuvo la gentileza de acompañarla hasta su casa, y cuando volvimos al hotel en el que habíamos reservado un cuarto, me abrazó muy fuerte, como si acabara de regresar de una estimulante aventura. “Sea como sea”, dijo, “tu madre es una persona realmente encantadora”.

“¿Encantadora? ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Que te estaba agradecida? ¿Por lograr enderezarme? ¿Por mejorar mi carácter? ¿Por quedarte conmigo a pesar de…?”.

“Yo sé que es doloroso”, me dijo. “Sé que es más fácil entregarse al resentimiento y simplificar el pasado demonizando a tu madre

antes que permitirte estar abierta a la tensión que implican todas estas emociones complejas y ambiguas. Pero ahora eres una persona adulta. Tu vida es tu vida. ¿Por qué no aceptar que tuvo una vida difícil y dejar todo eso atrás? Aun si te fue necesario en algún momento, o incluso gratificante, ahora todo ese resentimiento ya no tiene sentido y solo te está impidiendo seguir adelante".

Me conseguí un cuarto separado para esa noche y a la mañana siguiente, solo me reuní con Jake para desayunar. Le conté que había llamado a mi madre para despedirme. "Me deseó que al menos yo tuviera un poco más de suerte que la que ella tuvo con mi padre", no pude evitar mencionarle. Y, también, que había dicho que él parecía un buen hombre, aunque un poco vanidoso y bastante crédulo de los elogios que recibía y tal vez no demasiado inteligente.

Jake tomó un poco de aire, mientras yo, por supuesto, me sentía muy pero muy avergonzada de mí misma. "Tu madre es más mala que la peste".

"Es que tuvo una vida difícil", dije, porque se ve que no estaba lo suficientemente avergonzada como para poder obligarme a callar.

Cuando finalmente llegamos a casa esa noche, después de una tormenta de nieve, y de horas de retraso en el aeropuerto, y de lidiar con las ruedas rotas de una de las valijas, y de viajar sentados junto a un bebé enfermo en la falda de una madre también enferma que se pasó todo el vuelo escuchando música con unos auriculares de los que escapaban continuos y constantes chirridos, tuvimos una larguísima pelea acerca de las propiedades de los enterococcus resistentes a la vancomicina, una tema sobre el que Jake francamente sabía mucho más que yo. Para el momento en que agotamos la discusión estábamos completamente exhaustos y decidimos tomarnos un par de semanas libres de nuestros trabajos para relajarnos y huir un poco del invierno y pasar más tiempo juntos.

Y esas vacaciones fueron una completa bendición. Un día, rodeada por un halo de jazmines y azahares, sentados en los jardines de un antiguo palacio mientras pavos reales lustrosos como el jade paseaban a nuestro alrededor, consideramos los siglos de los reyes y reinas que habían vivido allí y cuánto les debe haber costado mantener esos refugios tan serenos y voluptuosos: toda la tiranía, la opresión, las matanzas que implicaban esos jardines. Pero, fueran cuales fueran las guerras y saqueos, hacía mucho ya que habían terminado y no eran, para nosotros, más que recuerdos —si es que los recordábamos— con un montón de nombres y fechas demasiado fáciles de confundir y entremezclar.

Y si bien esos eventos habían sido muy concretos, todo lo que quedaba de ellos era ese palacio con su fuentes espejadas y sus galerías y sus jardines y sus pavos reales y sus turistas tan despreocupados como nosotros y, por supuesto, las invisibles consecuencias que se seguirán expandiendo y expandiendo hasta la eternidad. Levanté apenas mi cabeza para recibir el sol en la cara.

"¿Qué es lo que buscabas en el cuarto de tu madre?", me preguntó Jake.

"No sé", dije. "Nada en particular".

"No, pero de verdad, ¿qué es lo que buscabas?".

"De verdad, no lo sé. A lo mejor una carta. Una carta de mi padre explicando por qué nos había dejado. Algún tipo de carta de amor, supongo".

"¿Y qué habría dicho esa carta?", me preguntó Jake.

Tomó mi mano con tanta dulzura. De verdad creo que me sonrojé entera. Mirando ahora hacia atrás, supongo que el futuro —los helados planes que el futuro tenía para nosotros— había proyectado una breve sombra sobre Jake y que él no estaba más que tratando de averiguar qué iba a necesitar escuchar yo cuando esos tiempos inevitablemente llegaran. Pero ahí, en ese instante, en ese jardín lleno de aromas, yo solo podía ser consciente de la luz que se colaba por entre nuestras manos unidas y de la tibieza del sol sobre mi cara; mientras la noche todavía holgazaneaba lejos, lejos de nosotros, donde en ese momento estaba, a medio mundo de

distancia.

La capacidad de combinar

Lo que sucedió es que obtuvimos la capacidad de combinar (…), una operación que nos permite tomar objetos mentales ya construidos (o conceptos de cualquier tipo) y armar con ellos objetos mentales más grandes. Eso es "combinar". Tan pronto como uno lo logra, tiene a su disposición una infinita variedad de expresiones (y pensamientos) jerárquicamente estructurados.

Noam Chomsky

Yo conozco las palabras. Yo tengo las mejores palabras.

Donald Trump

1

Una catarata truena hacia abajo desde la planicie, levanta nubes de polvo, crines, colas, relinchos que ondean como banderas, una especie sofisticada; en cautiverio, sí, pero no por completo sometida, ellos… Oh, no, de atrás de una roca aparece un tipo vestido con uno de esos ridículos modelitos y saca un… ¡Ay! Suficiente, hasta la vista, estúpido y viejo programa, hora de una taza de té. Desiste… bang, bang, bang. Sí, decide la sensible Cordis, mejor nada de alcohol por ahora, tiempo para una taza de té.

La perra, algo así como un regalo de despedida de la pobre señora Munderson, mira desconcertada la pantalla en negro, después llama a Cordis con la pata. Más allá de en un sentido muy trivial, Moppet no es para nada sofisticada; Moppet es linda. ¿Qué quiere Moppet? ¿Una galleta? ¿Cosquillas? ¿Permiso para hacer

algo?

Moppet quiere cualquier cosa que pueda conseguir. Moppet es una cornucopia de carencias, una prisionera… no, un parásito pura sangre, pobrecita, por completo dependiente de Cordis, su anfitriona.

Tú y yo estamos condenadas una a la otra, le dice Cordis sin palabras mientras pone la tetera a hervir. "Pero bondadosos eran los vientos que te trajeron hasta aquí", se consuela a sí misma en voz alta, "y pronto a usted y a su individualidad la van a llevar al parque. Siempre y cuando ese muchachito aparezca".

¡Parque! Las orejas de Moppet se sacuden. Se sienta y mira a Cordis con ojos suplicantes. Su pequeña cola golpea el suelo.

La casilla de correo de Cordis está repleta. Keith tiene que arrancar los sobres haciendo palanca y lo que no estaba ya aplastado y roto, se rompe y se aplasta ahora. ¡Todos esos papeles! Cordis por sí sola mantiene con vida la oficina de correos.

¿Por qué no puede pagar sus cuentas por internet, por qué no puede mirar catálogos por internet, por qué no hace que los anuncios e invitaciones le lleguen por email, como todo el mundo? Él no tendría ningún problema en enseñarle. Pero el otro día, cuando se lo ofreció, Cordis se limitó a mover la mano a su lánguida y excéntrica manera y dijo: "Es extraño, pero prefiero a la gente". Como si Keith prefiriera a los electrones.

Está bien, es vieja, uno no puede esperar que entienda estas cosas. Pero tampoco es que comunicarse de manera digital sea una moda pasajera a la que ella vaya a sobrevivir.

¿Y prefiere a la gente antes que *a qué*? No hay ninguna señal de que a Cordis ni siquiera le guste la gente. Nunca llama nadie, no usa correo electrónico, mucho menos redes sociales y, por lo que Keith sabe, la única persona que alguna vez la visita es Celeste, su… ¿qué?, ¿su amiga?, ¿su novia?, ¿su…? Lo que sea Celeste de él. Pero el departamento de Celeste está justo al otro lado del pasillo, así que es imposible que esas visitas hayan requerido un montón de

preparaciones previas o le hayan ocasionado alguna ansiedad. En todo caso, hace semanas que Celeste no está en su casa.

La vida de Cordis sería de verdad mucho mejor si aprendiera unas pocas y rudimentarias habilidades, habilidades que cualquier chico de jardín de infantes es capaz de dominar sin el menor problema. Tiene una computadora completamente adecuada, Celeste se la pasó hace poco, cuando ella se compró una nueva. Y por lo menos Keith ha logrado convencerla para que la use para *algo*. Podría leer las noticias, trata de persuadirla; podría mirar cualquier cosa ahí, en esa pequeña pantalla: fotografías, revistas, películas, viejos programas de televisión, ¡prácticamente cualquier cosa que quiera volver a ver, desde ahora y hacia atrás, hasta el principio de los tiempos! ¡Apretar una tecla y conseguir el poder de re-crear cualquier cosa! ¡La diosa Cordis!

Como era previsible, ella solo se había quedado ahí parada como una torre temblequeante apretándose nerviosa las manos, con las cejas apenas levantadas, como si estuviera esperando que un niño acabara con su rabieta, mientras él sonreía y trataba de explicarle, moviendo los brazos como un vendedor de autos usados. Pero era obvio que algo había entendido porque desde ese momento, más de una vez la ha encontrado encorvada sobre un montón de cosas de lo más extrañas: clips de viejísimos programas cómicos, películas de cowboys de todo tipo, documentales de la naturaleza… Ayer nomás, cuando subió a llevarle el correo, por detrás de ella, en la antigua pantalla de Celeste, pudo ver elefantes jugando a tirarse agua unos a otros mientras un idiota con voz de padre orgulloso parloteaba alrededor.

Este catálogo de mierda que ahora sube debe pesar más de dos kilos. Como mínimo usaron un árbol entero para imprimirlo, un árbol con raíz y ramas. Y no es algo que a él, personalmente, le preocupe, pero a Cordis debería preocuparle. Porque en las pocas ocasiones en que se digna a hablarle, no hace más que ventilar molestos pronunciamientos apocalípticos: árboles, hábitats, recursos, huracanes, armas, osos polares, polinizadores, esto, aquello, lo otro…

Sacar a Cordis de todas las listas de correo físico, enseñarle cómo conseguir sus catálogos por internet y cómo pagar sus cuentas online: tareas de una claridad placentera para agregar a este aparente trabajo, un trabajo tan ridículo como poco remunerado y mal definido. Porque, ¿para qué necesita Cordis un asistente personal? *Mi asistente se hará cargo de eso; ya mismo le pido a mi asistente personal que se ocupe.* ¿A quién podría Cordis decirle tales cosas?

Durante las semanas en que Keith ha estado trabajando para ella, ha subido su correo, ordenado unas pocas facturas, ha reservado un par de turnos con un acupunturista, ha llevado y traído sus completamente idénticas camisas blancas y pantalones negros desde y hacia la lavandería, y ha organizado una caja de viejas fotografías o, mejor dicho, lo intentó, pero casi tan pronto como levantó la tapa, Cordis, con gentileza y sin decir una sola palabra, le quitó una vieja polaroid de las manos, la devolvió a la caja, puso otra vez la tapa, levantó la caja, la acomodó en un estante alto y se fue a la otra habitación.

Keith también se ocupó de sacar a pasear a Moppet, de ir a buscar botellas de vodka y vastas cantidades de comida para perro, remplazó un tornillo perdido, corrió al supermercado en busca de té en saquitos y un limón, a la farmacia a por ibuprofeno… ¡Cuatro años en Princeton para esto!

Humillante, pero por el momento, es lo que hay. Y por lo menos puede darse el gusto de hacer El Bien. Sí, por lo menos puede asistir a Cordis y ayudarla a navegar por ese vasto océano de ignorancia cultural donde los ancianos son abandonados a la deriva, cada uno en soledad, sobre la cada vez más corroída balsa de su vida.

Ya verá Celeste cuando vuelva —que, según lo programado, debería ser más o menos por estos días— y retome su asistencia *ad honorem*: ya verá cuán desinteresado ha sido él, cuán responsable y atento.

Por un momento se relaja en el halo de amabilidad que palpita desde su corazón. Sí, Celeste estará encantada al ver el modo irreprochable en que ha actuado. Y para entonces, está seguro de

que él ya habrá conseguido algún trabajo *de verdad*, y su padre sin duda ya también habrá dejado pasar todo ese lío acerca de la plata que le pidió prestada.

Y, de todas maneras, si todavía no consiguió departamento, Celeste ha prometido dejarlo volver a mudarse con ella. En resumen, pronto todo va a estar bien y todos los descarriados elementos de su vida por fin habrán encontrado su lugar y construido para él un mapa sin fisuras, que será posible estudiar con sumo detalle y seguir al pie de la letra para llegar sin problemas hasta su futuro.

En el ascensor, camino al sexto piso, Keith repasa la pila de cartas: el catálogo gigante, basura que va a ir directo al tacho, cuentas y… ¡ey!, ¿qué es esto?, ¡un sobre!, ¡un sobre verdadero, con la dirección escrita a mano y todo! ¿Quién le puede haber escrito a Cordis? Pero…

¡Un momento, por favor! El sobre está dirigido *a él*; a él, a quien está a cargo del cuidado de Cordis…

Para sofocar el levemente oscuro redoble de tambores que suena dentro suyo, desliza el sobre al interior del bolso de cuero italiano que usa como morral, justo cuando Cordis abre la puerta de su departamento y él, de los nervios, empieza a transpirar.

"Ah, *bien"*, dice ella mirándolo con sus ojos miopes por encima de los lentes y alargando la mano para tomar el catálogo. "Moppet estaba empezando a preocuparse".

¿Qué? ¡No está retrasado! Chequea su reloj. "Oh, ah, disculpe", dice.

"A mí me da lo mismo", le responde ella mientras ojea el catálogo. "Es con Moppet con quien tienes que hablar".

Cinco minutos de mierda, cuál es el problema, no sería para nada irracional hacérselo notar y, además, teniendo en cuenta el estado del metro, ya es un milagro que haya llegado. Pero —con una pátina de amable madurez, de nuevo bajo control los impulsos amotinados— se las arregla para dedicarle una sonrisa y dice: "¿Cómo estamos hoy?, ¿todos bien?".

"Mejor imposible", responde Cordis sin levantar la vista del

catálogo. “Y *ustedes*, ¿cómo estamos?”.

Keith sospecha que Cordis no es tan tonta como usualmente intenta parecer. A lo mejor, se le ocurre, ese extravagante personaje que se empecina en representar —al igual que las inmensas, extrañas, teatrales piezas de joyería aparentemente hechas con rocas y huesos que a veces usa o que adornan en ingeniosas pilas diferentes partes del departamento— está pensado solo para desviar la atención y hacer que no la molesten, así ella puede vagabundear en paz a lo largo y a lo ancho de su reino de rareza mental.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Cordis ha cerrado el catálogo de un golpe y lo mira con severidad. *Compostura,* se instruye Keith a sí mismo, *no hay nada que ocultar*, se dice, pero su corazón se dispara ahora en todas direcciones, igual que la noche anterior se dispararon en todas direcciones las cucarachas cuando volvió al departamento que por estos días está alquilando y prendió la luz.

“Parece que los caballos montaraces retoman los comportamientos de sus antepasados salvajes, como si nunca hubieran sido domesticados”, dice ella.

“Ajá”. Su corazón se relaja: esos no son para nada sus pensamientos. “Qué interesante”, dice.

“Bueno, de todas maneras, es solo lo que dicen. Pero tú que asististe a las mejores escuelas…”.

“Sí…”, concede él con cautela.

“Es de suponer que estarás familiarizado con nuestras creencias por estos días. Podrías decirme: ¿nos consideramos a nosotros mismos seres domesticados? Y si ese es el caso: ¿pensamos que nuestros cerebros han empezado otra vez a volverse pequeños?”.

¿De qué rayos le está hablando? “Vea, es justamente para cosas como esta que sirve su computadora”, le dice. “Puede buscar eso ahí”.

“Porque dicen que los animales domesticados tienen cerebros más pequeños que los de sus antecesores salvajes”.

“¿De verdad?”, dice Keith. “Es una locura”.

“Yo puedo decirte *qué* es una verdadera locura”, dice ella,

sosteniendo el catálogo enfrente a él de modo acusador, como si en el catálogo hubiera alguna prueba de su infamia. “Todo es una locura”, dice Cordis, y arroja el inmenso y brillante desperdicio de pulpa de madera dentro del hermoso cesto que usa para la basura. “Y acá está Moppet”, dice después, y le pone la correa en la mano.

—

¿Qué puede ser más indigno que caminar por la calle detrás de este mullido pompón blanco como si uno fuera un cortesano adulador que tiene que levantar sus soretes para ponerlos en una bolsa de plástico? Cuando Keith intenta sugerirle a Cordis que la parte de la bolsa de plástico está mucho más allá de sus obligaciones de oficina, ella ni se molesta en responder. “Por favor”, le ha dicho. “Cuánto puede cagar alguien de ese tamaño, lo que hace es prácticamente abstracto”.

“Quieta, un momento”, le ordena a Moppet mientras se apoya en la sofisticada e intimidante puerta de hierro forjado de algún plutócrata para balancear perro y cuerpo lo suficiente, de manera tal que le permita pescar dentro de los oscuros confines de su morral el sobre que ha dejado allí empollando. Es muy extraño… en esta refinada cuadra, con su hilera de casas de piedra rojiza amorosamente dispuestas, ¿nadie ha pensado en colocar bancos a intervalos regulares como para que un agotado *flaneur* se siente?

¡Un *banco*! Ah… ¿Cuándo ha visto Keith un banco en esta ciudad? ¿La gente más joven que él sabe siquiera qué es un banco?

Ese pensamiento sin sentido se queda rebotando dentro de su cerebro mientras reniega para, al mismo tiempo, abrir el sobre sin romper su contenido y no estrangular al perro: ¡un banco! Alguna de las personas que viven en la calle podría *entenderlo mal*… Alguna persona *sin techo* podría sentirse autorizada a *sentarse*.

Keith enrolla la correa alrededor de su muñeca y Moppet salta y se ahoga en protesta. Pero mejor un perro agraviado que el montón sanguinolento de pelos que tendría que devolverle a Cordis en caso de desatenderlo en un momento crítico, y entonces el sobre parece abrirse de un salto y sin piedad le hace un corte en el dedo, una

rayita de sangre que lo incrimina, una pequeñísima escena del crimen llena de las marcas de su mortal lucha contra un pedazo de papel.

En el sobre, ahora manchado de sangre y un poco chorreado, impacta la dirección escrita a mano. Las letras, dibujadas en tinta negra, son tan personales como una huella dactilar: mucho más íntimas que cualquiera de sus contactos previos con Celeste, aunque uno podría pensar que difícilmente exista nada más íntimo que sus contactos previos con Celeste. Es desconcertante, reflexiona, conocer tanto el cuerpo de alguien y nunca haber visto cómo es su letra.

Y, así y todo, ¿cómo puede uno hoy en día llegar a conocer la letra de alguien? Nadie ha escrito nada a mano desde hace algo así como cientos de años. Excepto, a lo mejor, un cheque. ¿Pero una carta? ¡Bien podría estar sosteniendo entre sus manos algo tan único como un manuscrito medieval iluminado! Ummm, no es una carta, es una postal.

Y con el mismo tipo de tinta, con las mismas curvas y las mismas líneas, precisas y delicadas como un mapeo de ondas cerebrales o el dibujo de un electrocardiograma, ante él se despliega su significado:

Mmmmm. Un significado muy poco claro. ¿Cuál *es* el problema con estas dos, Cordis y Celeste? ¿Tendrá que ver con el agua del edificio? Bueno… no por nada él siempre se trae su propia botella.

¿Pero qué quiere decir con “pasé a otra cosa”? Su tarea está terminada, dice; entonces ya es tiempo de que *vuelva*…

Pareciera ser algún tipo de críptica reprimenda… ¿o no? ¡Qué está tratando de hacerle entender esta chica y por qué no lo *dice*! Él lo sabía, incluso antes de abrir el sobre, sabía que contenía un reproche.

Aunque de ninguna manera él puede tener la culpa de que ella se haya decepcionado tanto. Nunca le mintió, nunca trató de que creyera que era un santo. Pero para ella es imposible creer que pueda existir un ser vivo que no comparta sus ideas afiebradas (y, si no, que muestren la evidencia) sobre… bueno, sobre absolutamente todo, así que suele quedar totalmente en shock cuando sus suposiciones resultan ser erróneas. Hizo ciertas conjeturas acerca de él y acerca de sus actitudes, y él falló al no corregirla enseguida. ¿Pero cómo podía corregir sus conjeturas erróneas? ¿Cómo puede que eso sea culpa *suya*? ¡Si ni siquiera se dio cuenta de que ella estaba haciendo conjeturas!

A calmarse, se dice a sí mismo. ¿Por qué está tan agitado? En estos días, es como si cada pequeña cosa activara en su cabeza una nueva fuente de ansiedad a la que sacarle provecho.

Da vuelta la postal pero no hay ninguna explicación, ninguna vista desde ninguna ventana, ninguna representación colorida de una calesita ni de nada que ni siquiera se parezca a un colinabo. De hecho, no hay ninguna imagen; es solo una postal genérica, en blanco, de esas que uno puede conseguir en cualquier oficina de correo. ¿Desde dónde la habrá enviado? Se fija en el sobre: el sello es confuso y la estampilla, inescrutable.

Por supuesto, la postal llegó sin firma: un trivial intento de alarma, o intimidación o de afirmar predominio, aunque en el mismísimo momento en que vio el sobre entre la pila de volantes e inocentes facturas, Keith entendió, como era obvio que entendería, que era una carta de Celeste. ¿Quién más podría haberle enviado una carta a la dirección de Cordis?

A lo mejor, la Agencia Nacional de Seguridad, si uno lo piensa un poco, pero es de suponer que la ANS tiene otras cosas en mente

como para preocuparse. O, al menos, debería tenerlas. Y, tal vez, también un par de subordinados de su padre, o por lo menos Sam, su contador. Y, posiblemente, también algunas de esas instituciones que se ocupan de hacer cumplir la ley. En teoría, en estos tiempos que corren cualquiera puede encontrar a cualquiera, incluso si uno tira su teléfono al mar —algo que Keith ya hizo— o si sigue los montones de consejos para desaparecer que se pueden encontrar en la red. Ellos saben que estuviste buscando esos consejos. Saben que los estuviste buscando, saben *cómo* los estuviste buscando, desde *dónde* y exactamente *cuándo* los estuviste buscando. Es tan simple como esto: en estos tiempos que corren, una persona ya no puede desaparecer.

Como si fuera una especie de robot de limpieza que se ha vuelto loco, Moppet salta sobre sus cuatro patas hacia arriba y hacia abajo y mira a Keith con ojos penetrantes. ¿Por qué esa mirada? ¿Por qué ese ladrido?

Está bien, está bien, todo es su culpa. Le da otra ojeada a la postal y después la devuelve al interior de su morral.

Deja correr un poco más la correa de Moppet, renuncia a su cómoda posición de apoyo contra la puerta y camina tranquilo, silbando despreocupado, como si fuera una plácida estrella cinematográfica de otra época. De todos modos, seguro hay cámaras de seguridad transmitiendo hasta el último movimiento de lo que sucede junto a la reja, escuadrones de idiotas armados hasta los dientes listos para saltar en cualquier momento y dispararle. Lo tuvieron que hacer en defensa propia, van a proclamar después junto a su cuerpo agujereado de balas; el perro atacó directo a la garganta.

Hace un bollo el sobre con su mancha de sangre y lo tira a la basura. Moppet se abalanza indiscriminadamente sobre cada curiosidad que se le cruza. Un cascarudo es suficiente. Ya se las ha arreglado para encontrar uno casi de su mismo tamaño. Le ladra llena de felicidad, pero al cascarudo jugar con Moppet le interesa menos que a Keith, y enseguida se va de allí sin hacerle caso. No importa, ya sea por su temperamento resiliente o por puro déficit de

atención, Moppet ahora está interesada en otra cosa. Uy uy uy, es un pitbull… Keith logra levantarla por la correa antes de que el pitbull se la coma viva y ahora todos lo están mirando: Moppet, el pitbull, el dueño del pitbull y los brazos del dueño del pitbull, unos brazos cubiertos de vívidos tatuajes de presidiario. “Eeh, perdón”, dice Keith mientras se aleja arrastrando tras de sí su puñadito de pelusas ladrantes y encantadoras sonrisas.

2

Casi no puede recordar su vida antes de Celeste. En realidad, hace solo un par de meses que la conoce, pero desde entonces todas las cosas han dado más de un giro sorprendente.

Y para ser honesto, todo se lo debe a Moppet, porque él nunca le hubiera prestado atención a esa ¿qué?... a esa chica de expresión abstracta, apariencia suave, inmensos anteojos redondos y un corte de pelo desastroso, si no hubiera sido porque la perrita que ella paseaba decidió arremeter contra un gran danés, y terminó enredando a Keith con su correa.

“Okey, quédate quieto”, había dicho la chica.

“No hay problema”, le respondió él. La perra temblaba mientras ella la sostenía a upa y trataba de desmarañar el embrollo. “Ya que estamos acá, ¿no conoces por casualidad alguna inmobiliaria en el barrio donde pueda averiguar para alquilar algo? Algo barato, o relativamente barato, quiero decir”.

Ella, de hecho, sí conocía una inmobiliaria, pero las indicaciones eran complicadas.

“¿Podrías explicármelo de nuevo?”, le pidió él.

“Por qué no te fijas mejor en tu teléfono”, le dijo ella.

“No tengo teléfono. No uso teléfono, no uso computadora… estaba quedándome en lo de mi padre mientras buscaba, pero resulta que él es un tipo bastante horrible así que no pude soportarlo más”.

“Claro, completamente ¿lógico?”, dijo ella.

“Sí, por supuesto. Sea como sea, salí medio de apuro y él estaba

bastante furioso conmigo, así que todas mis cosas…".

"Sí, sí, seguro", dijo ella. "No hay nada que me interese menos".

No era ni de cerca el tipo de chica que solía gustarle. Aunque, claro, se recordó a sí mismo, él no era alguien tan estúpido como para tener un tipo de chica preferido… pero tampoco era el tipo de chica que le gustaría a nadie que él conociera, de eso no tenía la menor duda. Y retenerla no había sido para nada su intención: de verdad buscaba un departamento por esa zona, aunque lo más probable era que no hubiera ninguno disponible, como le aseguró ella misma mientras caminaban.

Eran los vestigios de una majestuosidad ya obsoleta los que lo habían atraído a ese barrio: las casas de piedra rojiza como esa sobre cuya reja se había apoyado, por ejemplo, casas ya viejas pero todavía a la moda y capaces de sobrevivir en pie entre los dilapidados restos del último *boom* inmobiliario. Si tenía que sacrificar el departamento de su padre, bien podía al menos replegarse a algún lugar donde, por lo menos, *pareciera* que una persona podía vivir de manera razonable.

Recuerda que era un día hermoso, con una temperatura apenas cálida y completamente fuera de estación (y eso que ya no hay más estaciones, había dicho la chica casi al pasar), así que se quedaron un rato dando vueltas cerca de la inmobiliaria, disfrutando cómo los rayos del sol evaporaban todas sus preocupaciones, mientras la perra se dedicaba a evaluar los tobillos de cualquier persona que pasara a su lado.

"Gracias por la ayuda, de verdad, muchas gracias", dijo él.

Y era algo completamente cierto, *sí* que estaba agradecido. Desde el momento mismo en que salió a las corridas del departamento de su padre, todo había estado dando vueltas a su alrededor sin el menor sentido, haciéndole las cosas difíciles y complicándole la vida; además, la seguridad de esa chica le inspiraba fortaleza: parecía alguien que había sabido armarse a sí misma mucho más a conciencia que otras personas. O, por lo menos, mucho más a conciencia de lo que él lo había hecho.

Sin la menor intención de ejercer ninguna artimaña, ella giró

para irse y él sintió una leve sensación de vértigo. “Puedo por lo menos invitarte algo”, dijo para su propia sorpresa, mientras señalaba un coqueto café en la vereda del frente. Después miró hacia un lado y el otro: ¡no fuera que justo pasara alguno de sus compañeros de escuela y los viera!

“No, gracias”, dijo ella. “¿Moppet? Vamos, Moppet”. Pero la perra se había empecinado en inspeccionar las botas de Keith. “¿Moppet? Bueno, está bien, un café, por qué no”.

“Supongo que no parezco lo suficientemente encantador como para que sospeches que soy un psicópata, ¿eh?”, dijo él.

“Sí que lo pareces”, dijo ella. “Pero realmente me vendría bien un poco de cafeína, así que voy a arriesgarme”.

Se llamaba Celeste, le dijo; aunque se parecía más a una chica en el último grado de la escuela primaria tratando de decidir qué sabores pedir en una heladería, era cuatro o cinco años mayor que él. Trabajaba en algo que llamó Centro de Manejo de Crisis Humanitarias y le dio a entender que vivía sola, tampoco hizo ninguna referencia a un novio o una novia, y le dijo que estaba paseando la perra —hecha un bollito sobre su falda— de alguien que vivía en el departamento frente al suyo.

Pronto se iba de viaje a Europa por trabajo, le contó. El proyecto duraría más o menos un mes y después podría tomarse un tiempo libre. “Durante el cual probablemente lo único que haga sea dormir, es un trabajo bastante cansador”.

“Uau, un trabajo en Europa”, dijo él. “Suena perfecto. Supongo que no necesitarán a nadie más”.

“Mmm, yo ya estoy capacitada para ese tipo de trabajos… pero siempre se necesitan voluntarios. Seguro pueden encontrarte algo si quisieras ser uno”.

¡Un voluntario! Exactamente lo contrario a lo que él había querido decir.

Y sin embargo, un trabajo como voluntario en Europa resolvería al mismo tiempo el tema de su alojamiento y los problemas con su padre. ¿Y cuánto tiempo podía llevarle ascender a algo pago?

“¿A dónde exactamente es que tienes que viajar?”.

“Eslovaquia”, dijo ella.

¿Eslovaquia? ¿*Eso* había querido decir cuando dijo *Europa*?

“Supongo que tampoco debe ser algo tan fácil de hacer…”, dijo.

“Puede no serlo”, estuvo de acuerdo ella.

“En todo caso”, dijo él. “Si llegas a saber de algún trabajo o algún departamento acá en la ciudad, ¿me avisarías? Estoy bastante desesperado”.

Ella lo miró con suma atención, como si en su cabeza estuviera sumando grandes columnas de números.

“Bueno, está bien”, dijo después de un rato. “Voy a averiguar. Pásame tu número por si llego a encontrar algo. Ah, cierto, no usas teléfono. Y entonces, ¿cómo te contacto?”.

“Qué tal si… Bueno, no sé, podríamos encontrarnos en este mismo lugar algo así como el ¿jueves?”.

Ella de nuevo se quedó mirándolo.

Qué le pasaba a esa chica, se preguntó él, ¡las chicas en general se volvían locas ante la más mínima posibilidad de verlo!

Ella se encogió de hombros. “Bueno, está bien”, dijo. “De todos modos, tengo que sacar a pasear el perro”.

3

Su padre lo ha decretado: sí, Keith puede tomarse un año sabático antes de empezar a estudiar administración o abogacía. Pero solo con la condición de que se mude. Y de que se consiga su propio trabajo y su propio departamento. *¡Veintidós años! Yo a tu edad…*

Sí, sí, cuando su padre tenía veintidós, etcétera, etcétera, etcétera… ¿Se había aprendido algún tipo de guion de memoria y lo iba a repetir hasta el cansancio? ¿Había estudiado sus líneas en la universidad de los millonarios mafiosos? Bueno, si se lo ponía a pensar, sí, tal cual: en la misma universidad a la que intentaba que Keith entrara.

Pero este mismísimo hombre, el gerente general de SynthAquat Solutions, el rey de los riegos artificiales y de las cosechas, el hombre que puede desviar ríos y mover lagos, que puede inundar

miles y miles de hectáreas de campo o dejarlas que se resequen a su suerte, quien puede exprimir una piedra y que de ella salgan repiqueteando monedas, este mismísimo hombre era incapaz de entender ciertos hechos simples: que ya no es como era antes; que hoy en día los puestos de trabajo no se consiguen así como así, dispuestos a entregarse al primer elegante jovencito que pase; que los departamentos no aparecen así como así, desesperados por darle la bienvenida al primer Keith que se les presente.

Con toda la voluntad del mundo pero sin una llamada de su padre, cuyo nombre es la llave que abre todos los candados, ¿cómo se suponía que Keith pudiera lograrlo? Y de repente su padre se hacía el caprichoso y se negaba a agarrar el teléfono.

"Estoy con las pelotas llenas de tener que hacerme cargo de cada una de tus cosas". Su padre lo había mirado como si recién descubriera su presencia. "Hacerte entrar en esa escuela, hacerte entrar a esa universidad, mandarte a esquiar a tal lugar, mandarte a navegar a tal otro. Eres igualito al desastre sin arreglo ese que con tanta delicadeza te vino a parir al quilombo de este mundo. ¿Qué carajo vas a hacer si aparece una chica que me haga dejarle todo a ella, ¿eh? ¿Eh, a ver? Porque puede pasar, sabes muy bien que puede pasar. Cuando uno se pone viejo y gagá, puede pasar. Eso es lo que hacen ellas. Muestran las uñitas, te atan de pies y manos, te drogan, le llenan los oídos a tus abogados para que cambien el testamento y entonces ¿cómo mierda vas a sobrevivir, eh, hijo mío? ¿Eres un bueno para nada, acaso? ¿Puedo haber producido yo un bueno para nada cualquiera? Y quiero que me escuches muy bien: más vale que por una vez en la puta vida tomes la iniciativa, lo único que te pido es que salgas al ruedo y que hagas lo que tengas que hacer y que no vengas a molestarme a la primera de cambio con tus "Ay, pa" —su padre produjo un gimoteo agudo y completamente cruel— "cómo hago esto, pa; cómo hago lo otro, pa".

Pero hasta para alquilar el sucucho más mugriento, resultó que se

necesitaba una cuenta de banco y recibos de sueldo, presentar garantías, cartas, pruebas de solvencia eterna: ¡demostrar, de hecho, que uno tenía disponible en su cuenta tanto dinero como para pagar un año entero de alquiler!

¿Así qué ahora él era un bueno para nada? ¿Así qué no tenía iniciativa? ¿Así que el gran hombre no quería que lo molestaran? Perfecto. Ya tendría miles de oportunidades en el futuro (había pensado Keith mientras tomaba un cheque de una de las tantas chequeras que su padre guardaba en el primer cajón del lado derecho de su escritorio) para desplegar demostraciones de agudeza, de innovación, de liderazgo, de oratoria y de todo el tipo de cosas que dejarían a su padre muy contento. Tomar el toro por las astas como lo estaba tomando en ese mismísimo momento era, al menos, una indisputable demostración de iniciativa. ¿Quién podía decir que no estaba saliendo al ruedo y haciendo lo que tenía que hacer?

¿Cómo podría él haber anticipado que Sam, el contador personal de su padre, notaría una discrepancia de diez mil dólares, algo tan mínimo entre los millones y trillones que manejaban esas cuentas?, ¿o que iba a cuestionar la firma, tan celosamente estudiada, tan fielmente reproducida en el cheque número 8703?, ¿o que su padre no iba a saber valorar el espíritu de máxima creatividad que representaba la pequeñísima —y solo temporaria, por supuesto— redistribución de fondos que Keith había llevado a cabo?

Por supuesto, todavía no había usado todo ese dinero, pero no importaba cuán moderados fueran sus gastos, mientras más tardaba en encontrar un lugar donde vivir, menos le quedaba y, por lo tanto, menos probable era que cualquier propietario lo aceptara como inquilino. Era una de esas típicas paradojas, le hizo ver más adelante a Celeste, que los filósofos se dedican a estudiar.

Sin sus dispositivos electrónicos era algo así como un amputado virtual. O, más bien, como alguien que un día se despierta y está casi ciego y casi sordo. La delicada red de chats, emails, posteos y demás que lo habían ayudado a mantenerse a flote se había consumido de la noche a la mañana. Él se esforzaba por recibir el flujo respiratorio del mundo, que antes solía sostenerlo como el plancton sostiene a la ballena, pero ahora ¡no puede encontrarlo por ningún lado!

Algo bueno había, por lo menos: no solo su padre no podía rastrearlo, Tish tampoco. No era una mala chica, todo lo que él le había dicho era cierto y de verdad le daba pena haberse cansado de mirarla, ¡pero tener que chatear continuamente! Había estado a punto de volverlo loco.

Durante un tiempo, monótonas nubes de estática colgaron frente a sus ojos, llenaron sus oídos, sus pulmones. ¡Cuán extraño había sido encontrarse a sí mismo en esa amplitud árida y desértica! Pero así como dicen que los otros sentidos se intensifican cuando uno pierde la vista, en ausencia de sus habituales interfaces electrónicas, la desnuda, filosa intensidad de las cosas había comenzado a embestir contra él, podía sentirla, era como si un punzón se la grabara sobre la piel. ¡Qué bueno era el café! ¡Qué asco la mugre contra el zócalo! Una mañana se dio cuenta de que estaba mirando su mano completamente maravillado, era como si perteneciera a un extraño, a una criatura extraterrestre. ¿Y ese era él, sentando en el café con esta persona, Celeste? Cada vez que se juntaban, llegaba un momento en que, para su propia sorpresa, terminaba preguntándole si podían volver a verse.

—

Una ironía había empezado a molestarlo, le confesó al final un día. La gente se sentía atraída por quien creía que él era, pero ahora entendía que ese no era realmente él. Eso por lo que la gente se sentía atraída era una sumatoria de cualidades de las que él casi no había elegido ninguna, cualidades por las que él mismo, había empezado a darse cuenta, no sentía tanto respeto: su apariencia, sus

modales medianamente buenos, su buena educación, su general repertorio de ornamentos circunstanciales, históricos, evolutivos y etcétera. Pero él tenía una persistente sensación —¿y estaba ella de acuerdo?— de que había cierta pequeña protuberancia gomosa en torno a la cual se revolvían todas esas cualidades más superficiales: ¿su propio yo?

"No tengo ni idea", dijo Celeste. "Todas esas cosas son bastante inalienables. Quiero decir, eres todo eso, *sine qua non*, ¿o no? Aunque obviamente, estás en un proceso. Es interesante. A lo mejor solo te estás volviendo tú mismo. O a lo mejor solo tienes ganas de cambiar de rumbo, o a lo mejor solo estas cambiando de rumbo porque apareció un obstáculo en tu camino o hay algo del camino que no está del todo bien".

¿Que no está del todo bien? ¡Definitivamente algo no estaba del todo bien! ¿Por ejemplo, que a lo mejor podía ir preso? ¿Que a lo mejor era un bueno para nada congénito?

"Sea como sea", dijo ella. "La gran verdad de todos esos ornamentos que el destino te colgó encima es que te permiten el lujo de poder tomar ciertas decisiones".

¡El lujo! ¡Él era alguien que ni siquiera tenía un departamento propio!

No fue hasta después de su séptima cita (o reuniones, como Celeste llamaba a esos placenteros encuentros) que ella lo invitó a mudarse a su departamento. Bueno, no exactamente a mudarse, sino a quedarse ahí hasta que pudiera encontrar algo.

Un paraíso, un pequeño departamento acogedor en la parte trasera del edificio, con Celeste recostada en el sillón, apoyando la cabeza sobre sus piernas, tarde, tarde en la noche. ¿Esto es la felicidad?, se preguntaba él. Se sentía como un pionero, sentía que se expandía más allá de los límites de sus propios confines, más allá de sus infinitamente elásticos confines. Excitante. Aterrador…

Era reconfortante acariciarle el pelo suave; sus respiraciones alineándose serenamente después de los tumultos del amor.

Más allá de las paredes del departamento, en el cielo nocturno de sus ojos cerrados, pequeñas luces dibujaban el borde de las calles y las anchas avenidas, los edificios de departamentos, las discotecas donde la gente baila hasta tarde, las torres altísimas donde cinco o seis chicos que él conocía, chicos apenas un par de años mayores que él, estarían seguramente trabajando duro, incluso a esta hora, reclinados en sus grandes sillas junto a las amplias ventanas de sus oficinas que miran la ciudad desde arriba, desde arriba miran el planeta y sus pozos petroleros y sus minas, sus campos y sus grandes vías fluviales, mientras ellos, usando gráficos e instrumentos concebidos por sus predecesores, dirigen el curso de la Tierra hacia un futuro desconocido.

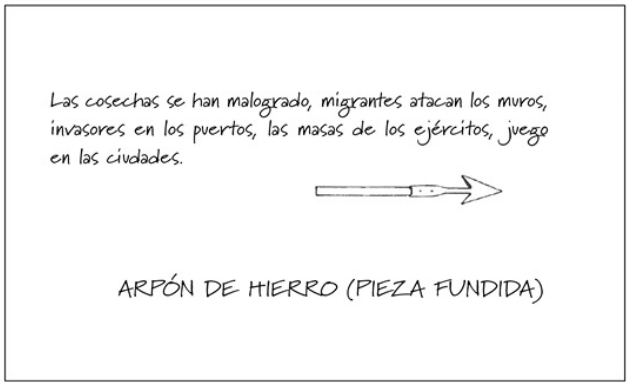
Desconocido incluso para esos chicos era el salvaje océano de las sábanas de Celeste, de nuevo calmo ahora, y decolorado hasta el blanco lunar por el delgado hilo de luces nocturnas que se cuela por la ventana, el océano donde él y ella flotaban, completamente seguros.

…*como en un barco*, murmuró Celeste mientras se alejaba, moviéndose en las lentas olas del sueño, cada vez a más y más distancia de la costa.

5

La segunda postal llegó a la casilla de correos de Cordis más o menos una semana después, también en un sobre que él retuvo decidido hasta que pudo sacar a Moppet a la calle. Las uñitas de Moppet, o como fuera que se llamaran esas cosas en sus patas, resbalaban sobre las baldosas del hall en su apuro por llegar a la puerta. Su corazón latía.

Moppet se dirige al pequeño pedazo de tierra frente al edificio donde —no gracias a ella— crece un escuálido arbolito y hace pis mientras él rompe el sobre.



¿Y qué se supone que signifique “juego en las ciudades”? Ah, un minuto, debe ser “fuego”. Fuego en las ciudades.

6

Durante el día, mientras Celeste iba a su oficina, Keith seguía buscando trabajo, enviando su deshilachado currículum a uno y otro lugar. Pero el apellido mágico que compartía con su padre de pronto era un lastre. Y si no, ¿por qué el padre no había brindado las introducciones necesarias?, se deben haber preguntado en el departamento de recursos humanos de uno de esos oasis de prosperidad a los que lo había enviado, y después en el del siguiente, y en el del siguiente. No lo llamó nadie. Ni un solo llamado.

—

“Okey, entonces tu padre no va a ayudarte”, había dicho Celeste. “Pero eso no significa que sea un delincuente”.

“Pero él tiene realmente un montón de plata, mucha plata. Tiene plata de sobra. Montañas. Es famoso por toda la plata que tiene. Es el dueño de SAS”.

“*¿SAS? ¿SynthAquat Solutions*? ¿Los que envenenaron toda el agua en Malasia?”.

Ups, tal vez no había sido la mejor manera de explicarle a Celeste quién era su padre. De todos modos, ese no era el asunto. "Bueno, también hizo un montón de otras cosas", protestó.

"¡SynthAquat Solutions! Discúlpame, pero tu padre realmente *es* un delincuente".

Las lágrimas le aguijonearon los ojos: ¡sí, su padre era un delincuente! ¿Cómo iba a lograr recuperarse de la manera en que su padre le había hablado aquel día? Mil veces lo había escuchado descargar toda su furia sobre empleados y esposas, pero nunca se había imaginado realmente cómo se sentiría recibirla. Todavía ahora, de tanto en tanto, esa furia relampagueaba a través de su cuerpo en forma de un dolor agudo.

Y, de hecho, si su buena suerte no lo hubiera hecho encontrarse con Celeste…

De pronto, tuvo un presentimiento terrible. "No hay ningún problema con que me quede en tu departamento mientras estás de viaje, ¿no?", dijo.

"¿Qué? Estás loc… Es obvio que tengo que subalquilar mi departamento. Quiero decir, perdón, pero necesito alquilárselo a alguien que pueda pagarme. Ya lo arreglé a través de *SpacesCadet*. Va a estar ocupado todo el tiempo, con varios recambios de gente".

Ella se estaba yendo… ella de verdad se estaba yendo. Eso ya era lo suficientemente malo, pero además, de alguna manera, el departamento también se iba con ella.

"Perdón", dijo Celeste de nuevo. "Pero no es algo para siempre. Y si para cuando vuelva todavía no conseguiste un lugar, supongo que podrías volver a quedarte conmigo. Perdón si pensaste… espero que esto no sea una sorpresa".

"¿Una sorpresa? Quiero decir, cada uno hace lo que tiene que hacer. Pero *necesito* conseguir un trabajo… Necesito conseguir un trabajo *ya mismo, cualquier* trabajo".

Ella le dio una palmada y dejó que un pequeño intervalo de silencio suavizara su pánico. "Tengo una idea", dijo. "Viste esa mujer a la que le paseo el perro".

"¿La que vive del otro lado del pasillo, esa para la que

trabajas?".

"¿Cordis? Yo no trabajo para Cordis".

"Bueno, sacas su perro a pasear".

"Es mi amiga. Odia salir, así que paseo a su perra, es una perra".

"¿Por qué alguien que odia salir tendría una perra?". Parecía como si él estuviera dando tumbos en caída libre, arañando cualquier cosa de la que agarrarse.

"La perra no era suya. Era de la señora Munderson, del cuarto B. Pero ella se olvida de comer".

"¿Si tiene un perro la señora Munderson se olvida de comer?". ¿Por qué no podía pasar otra cosa, algo diferente? De todas las posibilidades, ¿por qué la vida se había molestado en inventar *esta?*

"No, *Cordis* se olvida de comer. De verdad lo siento mucho. La cuestión es que a veces le traigo las compras y la ayudo con las cuentas, ese tipo de cosas".

"¿*Pagas* las cuentas de esa señora?".

"No, la ayudo a organizarlas, que no se le venzan. A veces ella deja todo por ahí y después se olvida. No tuvo una vida fácil. Su marido desapareció hace casi veinte años. Ella tenía una librería increíble, una de las pocas que quedaban en la ciudad, pero era obvio que tarde o temprano iba a tener que cerrarla. Lo que te quiero decir es que le vendría bien que alguien se encargara de ayudarla y pasear la perra y ese tipo de cosas mientras yo no estoy".

"¿En quién estás pensando? *¿En mí?*".

"¿Por qué no?".

"Ser como, ¿qué?... ¿su asistente personal?".

Celeste lo miró y después sacudió su cabeza como si le hubiera entrado agua en los oídos. "Okey. Asistente personal o como quieras llamarlo".

¿Ser el Asistente Personal de la vieja loca del otro lado del pasillo? Bueno, al menos sería algo lo suficientemente pomposo como para poner en su patético currículum: Asistente Personal. *Asistente Personal de Cordis Seacomofueraquesellameesavieja.*

"Y qué es toda esa historia del marido? ¿Se escapó con la mujer del cuarto B o qué?".

“¿Con la señora Munderson? ¿Por qué se habría escapado con la señora Munderson? A la señora Munderson se la llevaron”, dijo Celeste.

—

Y así fue como Keith supo de Ernst Friedlander y de la expedición que había emprendido para estudiar los orígenes del lenguaje.

“¿El origen del lenguaje?”. Eso también era confuso. “¿No es algo que viene ya en el kit: capacidad para usar herramientas, andar bípedo, lenguaje?”.

“Algunos animales también son bípedos”, le recordó Celeste, “y *un montón* de otros animales son capaces de usar herramientas. Y, obviamente, hay animales capaces de comunicarse con los de su misma especie y, en algunos casos, incluso más allá y, al parecer, muchísimo más allá de las divisiones taxonómicas que los seres humanos se inventaron para clasificarlos.”

“Y aunque algunos animales han sido capaces de desentrañar cómo usar símbolos humanos para comunicarse con seres humanos (aunque, extrañamente, los seres humanos no pudieron desentrañar cómo utilizar técnicas animales para comunicarse con animales), es evidente que ninguna otra especie más que la nuestra —seres humanos, seres humanos modernos, *Homo sapiens sapiens* (una extraña clasificación obligada por cierto error de cálculo inicial)— comparte la capacidad innata de utilizar un sistema de abstracciones lo suficientemente flexible y capaz de construir elaboraciones complejas. Ninguna otra especie tiene la capacidad de poner ciertos elementos —entidades mentales, unidades de pensamiento que pueden ser expresadas como palabras o frases— uno junto a otro para armar entidades mentales más largas y expresivas”.

“Por ejemplo”, dijo Celeste, “dos de estas unidades de algo así como pensamiento y algo así como lenguaje pueden ser combinadas —a través de este sistema: ¡la gramática!— para crear una nueva unidad, más precisa y más compleja, todas gobernadas por las leyes inherentes a esta espectacular capacidad innata”.

“Como, por ejemplo, un nombre, ‘Cordis’, y un verbo, ‘recuerda’. ‘Cordis recuerda’, o ‘Cordis recuerda a su esposo’. ‘Cordis recuerda a su esposo, aunque él desapareció hace veinte años’. ‘Cordis recuerda a su esposo, que desapareció hace veinte años, aunque olvida comer la galleta que está sobre la mesada de la cocina’”.

“Y por eso podemos formular un montón de contenido: ideas, relaciones entre ideas, matices entre las relaciones entre ideas, todo eso, con estas pequeñas cosas, las palabras. ¿La gramática sería algo así como nuestro sistema operativo?”.

“Suena como algo válido”, concedió él.

Pero Celeste tenía los ojos brillantes. “¡De todos los diferentes tipos de seres humanos o humanoides que se siguen descubriendo, nosotros somos los únicos capaces de hacer algo así! Y lo más impresionante es que, aunque por casi dos millones de años hubo varios tipos de seres humanos, esta cuestión del lenguaje probablemente solo empezó hace cien mil años, o incluso menos”.

¿Solo? ¿Incluso? Eran demasiado grandes esos números que Celeste tiraba al aire: cien mil, dos millones… Se volvía difícil ver la diferencia entre ellos sin ser un experto o algo por el estilo. “Entonces, si durante el primer millón novecientos mil años nosotros no estuvimos hablando, ¿cómo podía saber alguien qué era lo que pasaba?”, preguntó Keith. “¿Y qué estábamos haciendo? ¿Tonteando nomás con los dinosaurios?”.

“Los dinosaurios desaparecieron hace cerca de ¿*sesenta* millones de años?”, le recordó Celeste. “¿No te lo explicaron en primer grado? Hubo un meteorito, ¿o a lo mejor solo se extinguieron porque eran realmente demasiado grandes…?”.

“Mi padre es realmente grande”, dijo Keith ligeramente deprimido, “pero todavía no se extingue”.

No, si esa fatídica correa no hubiera enredado su destino al de Celeste, a él nunca se le hubiera ocurrido preguntarse ese tipo de cosas… *lenguaje*, ¿qué era exactamente? ¿Y cómo fue que había ocurrido?

Celeste se encogió de hombros. “Algunos piensan que fue lo mismo de siempre: mutación, adaptación, selección, mutación,

adaptación, selección, ese tipo de cosas en lenta continuidad por cientos de miles de años. Pero otros piensan que ocurrió increíblemente rápido, en algo así como cuarenta mil años. Y que lo que lo hizo posible fue que esta capacidad —esta capacidad que ahora llevamos con nosotros, la capacidad de realizar operaciones que nos permiten combinar cosas expresables con otras cosas expresables para hacer cosas expresables más y más complejas— ¡apareció casi en un instante! Lo que tiene mucho sentido, aunque no puede sonar más bizarro. ¡Una diminuta irregularidad molecular en un feto diminuto en una realmente pequeña población de seres humanos en algún lugar perdido de África! ¡En un instante! ¡Una alteración capaz de cambiar todo el universo!".

"Pero y qué pasa con…", empezó él, pero enseguida se quedó varado.

"¿Qué pasa con las otras cosas? ¿Las cosas que no somos capaces de pensar?".

"Sí", dijo él. "O… bueno, sí, eso es lo que quería decir".

"Mmmmm, ese sí que es un problema. De hecho, Friedlander estaba muy interesado en esa cuestión. En su opinión, el lenguaje se desarrolló como una manera de hacernos creer a nosotros mismos que *entendemos* las cosas, así podemos seguir adelante y hacer cosas mucho más despiadadas que las que hacen otros animales. Según él, podemos formular algo así como apenas una fracción de lo que hay adentro de nuestra cabeza y lo que hay adentro de nuestra cabeza es, en su gran mayoría… agua sucia circulando por caños y drenajes; básicamente, formulamos chapoteos que no tienen mucho que ver con lo que en verdad está ahí afuera…".

Se miraron uno al otro y vagas formas, como amebas, se elevaron, mutaron, se entremezclaron y desaparecieron entre ellos. "Pero por lo menos es todo nuestro", dijo ella. "Es la única cosa específica más o menos importante que supimos conseguir. Es nuestra gracia".

—

Entonces, Celeste lo llevó a conocer a Cordis.

“Lo de la plata era una broma ¿no?”, dijo Keith cuando estuvieron de nuevo a solas. “¿Quién puede trabajar por esa cantidad de plata?”.

“No es una broma para Cordis”, había dicho Celeste.

7

Resultó que Celeste sabía bastante acerca del desaparecido Friedlander. Keith se sorprendió al enterarse de que Celeste había crecido en ese mismo departamento, ese estrecho y querible paraíso del que él pronto sería expulsado, justo al otro lado del pasillo del departamento de Ernst y Cordis Friedlander.

Su madre, le contó Celeste, había sido muy amiga de ellos y los tres solían reunirse a reír y charlar hasta tardísimo mientras compartían cenas deliciosas y copa tras copa de vino en uno u otro departamento, y muchas veces ella también participaba de las cenas.

Friedlander solía partir en largas expediciones y su regreso siempre era una fiesta, y cuando él estaba en casa también siempre era una fiesta. Era alguien muy buen mozo, delgado y agraciado, como Cordis: formaban una pareja intensa y bien balanceada. Tal como lo recuerda Celeste, su cara era un constante juego de expresiones, pero rara vez decía en qué pensaba. Tenía ojos muy negros y un montón de pelo también negro. Sus ropas a veces estaban deshilachadas o eran demasiado viejas, pero no le importaba en lo más mínimo. Y tampoco necesitaba que le importara: era él quien fijaba las reglas… (y, en general, no había reglas). Era alguien que parecía cambiar de forma, como si en un momento pudiera llenar un montón de espacio y, en el siguiente, escurrirse por una rendija. Su risa era estridente y repentina y un poquito peligrosa. Era incluso más alto que Cordis.

En aquel entonces Cordis también era diferente, dijo Celeste… muy diferente. Siempre estaba haciendo algo, siempre estaba contenta. Ellos tres, Cordis, Friedlander y su madre, a veces la despertaban y la vestían en medio de la noche —o algo que a ella le

parecía el medio de la noche— para embarcarse en alguna aventura repentina. Recuerda vagamente un parque de diversiones, o una feria, con juegos pintados de colores brillantes, una calesita con los caballos más hermosos que alguien se haya imaginado nunca.

A veces, Friedlander traía cosas de regreso de sus expediciones, rescates extraños y maravillosos. ¿Ese pequeño objeto que ella usaba en el cuello? Era una pieza de vidrio que él había encontrado en una antigua ciudad perdida, enterrada debajo de otra antigua ciudad perdida, enterrada debajo de otra antigua ciudad perdida. Friedlander decidió regalársela, según le dijo, porque era del exacto color de sus ojos…

¿Sí? Keith miró los ojos de Celeste. Sí, era verdad, pero también había un montón de otras cosas de ese color…

Mientras Friedlander viajaba, seguía contándole Celeste, Cordis se quedaba en la ciudad para hacerse cargo de la librería, y Celeste tenía memorias borrosas de la tierna dulzura que sobrevolaba esos tiempos, la diáfana, ligeramente melancólica cualidad de la luz de principios de primavera… jugar a las cartas con Cordis y su madre. Durante esas semanas era como si ella también se hubiera vuelto una mujer adulta, a la espera. Tenía apenas ocho años cuando él desapareció para siempre.

Keith frunció el ceño con simpatía cariñosa, la rodeó con su brazo. “Bueno, por lo menos se salvó de tener que volverse viejo y decrépito”, dijo.

Ella lo miró apenas un momento. “Es verdad”, dijo.

Aparentemente, él había metido la pata de nuevo.

8

A veces, a Keith, Cordis le parecía tan nebulosa como esa imagen dentro de la cabeza de Celeste: lejana incluso cuando estaba justo frente a él, como en el otro extremo del túnel del tiempo, Cordis y la pequeña niña demasiado seria con sus inmensos anteojos de lentes gruesos y la madre de la pequeña niña, cada una estudiando las cartas que les habían tocado en esa mano, las tres disolviéndose

a medida que esperan algo que nunca va a pasar: solo tres nubes borrosas, manchas indistintas de lo que serían en el futuro dentro de un recuerdo que ni siquiera era verdaderamente suyo.

Y, sin embargo, es Friedlander, ausente incluso de esta escena, quien le ha dejado la impresión más vívida: el alto, risueño Friedlander, tan curioso como sin ley… casi como un mono trepando por sobre antiguas ruinas, piensa Keith, recogiendo objetos brillantes de entre la basura y los restos para regalarlos a su regreso. Evidentemente, las tres estaban obsesionadas con él, las dos mujeres y la pequeña niña, sentadas ahí, esperando y esperando. Ellas tres y quién sabe cuántos otros.

Es irritante pasar tanto tiempo en un lugar recubierto de ausencia. A lo mejor, hacerle a Cordis unas pocas preguntas bien direccionadas podría dejar entrar un poco de aire fresco capaz de dispersar los pegajosos restos del hombre perdido. Pero no puede ir y preguntarle a Cordis un montón de cosas así nomás. O, mejor dicho, no se imagina cómo podría hacerlo. Pareciera casi como si ella pudiera detectar el momento exacto en que una pregunta comienza a formarse en el cerebro de Keith para enseguida, como un torero, dar un viraje brusco y cambiar de tema, antes incluso de que él encuentre las palabras necesarias.

Sea como fuere, gracias a los datos no del todo fiables pero, así y todo, de espectro amplio y profundo que encontró en internet, ha podido completar lo poco que Celeste le había contado con un montón de información y desinformación que anda dando vueltas por ahí.

En sus orígenes, leyó, el abuelo de Friedlander había amasado una fortuna en la industria del acero. Y mientras el padre de Friedlander, sus hermanos y hermanas, se dedicaron devotamente a ampliar esa fortuna, permaneciendo justo dentro de los límites de la ley —lo que por lo general significaba (como en el caso de su propio padre) alterar los límites de la ley para que no fuera necesario traspasarlos—, Friedlander se aventuró en una serie de emprendimientos excéntricos, casi más propios de un erudito que de un heredero, en los que tan solo podía aventurarse el hijo inútil

de una familia demasiado adinerada. Una adinerada, generosa, inteligente, tolerante, agradecida familia de buen corazón, eso es lo que…

También ha leído acerca de Friedlander y su supuesta costumbre de encerrarse en soledad durante meses, su gusto por nadar en aguas heladas, por cifrar sus apuntes y sus gráficos con anotaciones que se parecían más a arcaicos ejercicios de arquitectura que a descubrimientos académicos. Y ha leído los rumores que involucraban a Friedlander en el descubrimiento de un sitio prehistórico, ahora nuevamente desaparecido, en cierta isla entre India y Birmania, donde supuestamente él esperaba encontrar evidencia que fundamentara sus hipótesis.

Friedlander y sus compañeros de equipo, Jack Brisbane y Helmut Ogilvy, habían desaparecido durante los chapuceros intentos de esas primeras excavaciones. Los rumores y las especulaciones mencionaban milicias que deambulaban por la región, tribus sin ningún tipo de contacto humano, inundaciones, un terremoto… Pero cualquier información certera acerca de este episodio que pudo haber existido hace veinte años se había disipado ya hacía tiempo en una neblina de malentendidos, invenciones y fantasías.

En todo caso, al parecer nadie ha logrado nunca localizar el lugar que atrajo hacia el este a esos tres soñadores.

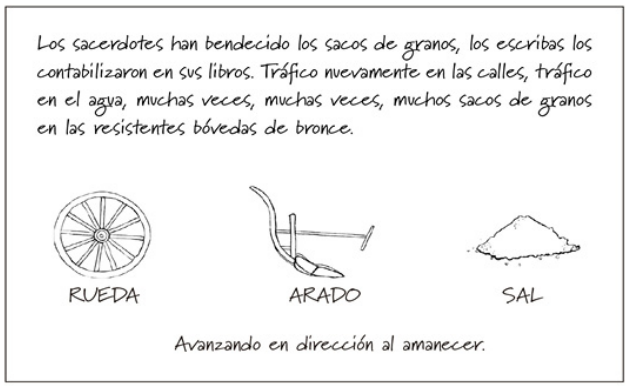
Qué payasos. Sea lo que fuere que estos tres chiflados (o "arqueólogos poco ortodoxos", como a veces los llaman en la web) estuvieran buscando (y todo suena, principalmente, a saqueo), al parecer en ningún momento habían tomado las más mínimas precauciones, tanto respecto a su propia seguridad como para evitar dañar las preciadas pistas —escondidas durante milenios bajo la protectora custodia de la superficie terrestre— que pudieran dar cuenta de la evolución de las especies capaces de parlotear.

A partir de la evidencia en los pocos artículos de diarios más o menos relevantes que fue capaz de encontrar, Keith también ha podido deducir que las ideas de Friedlander acerca de la evolución del habla humana, alguna vez provisoriamente consideradas

originales —sus opacas cavilaciones en torno a cierta enrevesada, indirecta relación entre lenguaje, pensamiento y poder— han sido, al final, rotundamente descartadas por los más serios lingüistas.

De hecho, ni los más serios lingüistas (de los que pareciera haber una variedad increíble: psicolingüistas, sociolingüistas, neurolingüistas, paralingüistas, arqueolingüistas, biolingüistas, lingüistas computacionales, morfolingüistas, lingüistas fonológicos y lingüistas estructurales, solo para nombrar algunos) ni los filósofos, arqueólogos, etnobotánicos, antropólogos, biólogos, genetistas y expertos en primates de varios tipos han cesado ni por un momento, a lo largo del tiempo, de cerrar filas en contra de Friedlander, negándose, incluso ahora, a que alguien lo incluya dentro de sus depuradas huestes.

9



No hay ninguna duda: es la letra de Celeste, pero extrañamente temblorosa.

10

Está oscuro. O, tal vez, ella todavía no ha abierto los ojos. ¿Ha abierto los ojos? Ya debe tenerlos abiertos, porque cuando trata de

abrirlos, no puede. Busca alrededor el interruptor de la luz, anoche había uno cerca de ella, justo al lado de su almohada pequeña y chata. ¿Eso fue anoche? Extrañamente, su cama parece haberse movido. Ahora está bloqueando la puerta: para nada cerca del interruptor de la luz. Pero eso no puede ser cierto, así que sus ojos no deben estar abiertos.

Necesita un poco de agua con desesperación. Se esfuerza por abrir los ojos y ahora por fin lo logra, pero su cama está afuera, en el pasillo, con todas esas mujeres charloteando, hablando vaya una a saber en qué idioma, con las cabezas envueltas en tiras de telas largas y coloridas, y sus largos, hermosos pies descalzos golpeando con delicadeza el linóleo que cubre el piso.

Pero las mujeres desaparecen y ahora ella arde, arde de fiebre: necesita tomar agua. Les ordena a sus ojos abrirse, abrirse de verdad, y se da cuenta de que está sola, de nuevo dentro de su cuarto. ¿Pero de dónde proviene esa luz débil? Porque ahora no hay ventanas…

Déjame despertar, reza, *por favor, por favor, déjame despertar.* Pero no puede.

Muchas horas más tarde —¿un día o algo así más tarde?— sus ojos sí se abren, su cama está donde debe estar, como a dos metros y medio de la puerta, y una luz sucia y matinal entra por la pequeña ventana allá arriba. Tiene el cuerpo cubierto de sudor. La fiebre parece ya no ser tan alta, pero siente la piel dolorida y sea cual sea la materia que llena su cráneo, es como si se hubiera inflamado.

En el cuarto hay un pequeño lavatorio adosado a la pared. Podría beber de la canilla… ¡la canilla! ¿Qué le pasa?, ¿está loca? Si solo pudiera ponerse de pie como para ir hasta la planta baja…

Hace varios días, cuando llegó, había un hombre, posiblemente el dueño o el encargado, sentado detrás de lo que parecía un banco de escuela, en medio del espacio vacío que hacía las veces de lobby. Si pudiera vestirse, tal vez podría lograr bajar por las escaleras y hacerle entender que necesita agua. Trata de sentarse, pero se ha

convertido en una marioneta a la que le han cortado las cuerdas; no logra sostenerse a sí misma.

Nadie va a venir a ayudarte, piensa. *Nadie. Eres una inmigrante.*

Un día, tal vez su cuarto o quinto día en este lugar, se despierta con hambre, con mucha pero mucha hambre, y siente como si se hubiera quitado de encima una piel pesada, demasiado sofocante. La belleza de las cosas nunca ha sido tan evidente: la belleza del marco de madera de la cama; de la funda del colchón que las sábanas húmedas, revueltas, han dejado al descubierto; la belleza de las paredes rugosas y de la abolladura en el pomo de metal de la puerta; la belleza —la frescura efervescente— de la luz que se esparce desde la ventana. Cada material irradia su propia alma.

Levanta una mano para sentir la belleza del aire que destella entre sus dedos.

Junto a la cama hay una botella de agua abierta, llena hasta la mitad. La debe haber traído la mujer joven con la que soñó durante la noche, la mujer joven que le pareció soñar, tal vez la esposa del encargado.

Más tarde se va a levantar de la cama para limpiarse en el lavatorio, pero por ahora se dedica a tomar toda el agua de la botella. En el suelo, junto a su pequeña mesa de luz de madera, hay una colección de botellas vacías: lo único a mencionar en su cuarto, más allá de la cama y el ropero, y el lavatorio adosado a la pared y un inodoro.

Encaminarse hacia el este, un impulso demasiado furtivo como para formularlo en una idea, mucho menos para planificarlo. Pero eso es lo que se descubrió a sí misma haciendo: encaminándose hacia el este. Después de todo, ya había cruzado un océano y tenía un par de semanas libres. Ellos sabían que no era una de las mejores, piensa con lástima, ellos sabían que iba a necesitar tiempo para recuperarse, si es que todavía le quedaba dentro algo a ser utilizado.

Estructuras de autoridad espontánea entre poblaciones de refugiados.

Pensó que estaba preparada, pero fue solo entre un instante y el siguiente que pudo internalizar qué era lo que tenía en frente: cosas que pensó que serían imposibles, kilómetros y kilómetros de cartones y lonas de plástico, basura pudriéndose, aguas servidas, enfrentamientos en las fronteras y en los pueblos vecinos, enfrentamientos en las estaciones de trenes y de colectivos... todos los puertos cerrados. Cada niño, un pequeño manojo de ramitas, todos sin ni una sola cosa que hacer, excepto esperar, alimentar la esperanza de comida, las mujeres unidas por seguridad en pequeños grupos no demasiado efectivos…

Por supuesto, ella sabía lo que la esperaba: había sido formada para ser un Observador, había recibido entrenamiento para tomar testimonio, eran cosas que ya había visto antes. Pero si lo que estaba observando era real, ¿cómo podía *ella* ser real?

El dinero se mueve a través del planeta a la velocidad del pensamiento, a la velocidad del veneno en el agua, pero ¿cuándo le iban a permitir a estas personas moverse más allá de sus cercos de alambre?

La gigantesca maquinaria aplastando las paredes de cartón, los techos de plástico, incrustándolos en el barro: ¡todavía puede verlas! ¡todavía puede oírlas! Suenan como si aplastaran sus propios huesos. Llueve a cántaros y la gente solo las mira hacer, en silencio, mientras el plástico y las astillas de cartón delgado se empapan de barro.

Ahora sí pueden irse. Ahora sí *tienen* que irse. *Ya mismo.*

¿Pero a dónde? *Aquí no. Aquí no. Aquí no.*

Hora de salir de la cama. Hora de lavarse.

Pero eso aparentemente es imposible.

¡Ey! ¡Alguien ha dejado algo para ella junto a la cama! Una botella de agua fresca y algo un poco redondo, un poco abollado, con la superficie cobriza, como con manchas. ¿Puede ser? Sí: lo pela enseguida, sin problemas, y aparece un globo compuesto de pequeños segmentos iridiscentes. En cuanto lo muerde, el jugo

explota en su boca y en la habitación resplandece una fragancia intoxicante como la luz del día. ¡Ah, gracias al cielo!

Puede sentir los nutrientes dentro de su cuerpo yendo para un lado y para otro, arreglando cosas, aliviando cosas. Pero solo un par de mordiscos, ya es suficiente: no tiene fuerza como para comérselo entera. Le encantaría estar en su casa… ¡Ella tiene una casa! Y eso es lo que más le gustaría en este momento. Estar en su casa. ¿La extrañará ese chico? "Extrañar" —extrañar—, ¿qué significa extrañar? ¿Habrá ahora algún pequeño agujero en ese chico en el lugar donde antes estaba ella?

Ya quisiera, pero parece que no puede sacárselo por completo de la mente. O, mejor dicho, no exactamente de su mente, sino de su… algo. Para ella es al revés, él está mucho más presente ahora, acá, de lo que estaba cuando ella estaba allá. *Casa.* Las moléculas de él se han entremezclado con las de ella —con sus moléculas mentales — de una manera espeluznante. Es lo que pasa cuando te permites conocer a alguien, aunque sea apenas un poco, ¡incluso si miras a alguien al pasar por la calle, incluso si escuchas sobre alguien en una conversación! Y si tratas de quitarlo de tu mente, lo único que logras hacer es un pequeño desgarro, un agujero.

Una vez que alguien entra en tu mente, no importa dónde esté, uno puede soñar con él… Y alguien también puede *soñarte*, le des permiso o no… Si alguien te sueña, ¿te mantiene con vida?

Por supuesto, le hubiera gustado que él fuera alguien diferente, o aunque sea un poco menos diferente. Pero todos quieren que los otros sean alguien al menos un poco diferente, ¿o no?

Y, evidentemente, él también quería ser alguien un poco diferente. Está tratando de serlo, eso hay que reconocérselo. Su esfuerzo es agotador, ella puede darse cuenta: pero igual no tiene que intentar ayudarlo. Nunca debe obstaculizar o influenciar…

Oh, ha estado completamente enceguecida… Peor, ¡ha estado como hechizada!, bajo los efectos de lo que incluso él se daba cuenta de que no era más que un chapucero polvo de hadas de inmerecidos beneficios de clase. ¡Y más hechizada incluso había estado ella por sus propias convicciones —y posiblemente sin el

menor fundamento— sobre que, por detrás de todo eso, había algo noble en él, algo noble luchando por salir a la luz! ¡Ahora mismo le estaba dando más mérito del que se merecía solo porque él lo había *intentado!*

¿*Ella* iba a ayudarlo a convertirse en un ser humano? ¡El narcisismo y su fantasía clásica y egoísta!

Él había tratado de explicarle cuán incompleto era, pero ella se negó a entenderlo. ¡La mismísima noche antes de irse, él la obligó a entenderlo! Aunque, claro, pedirle que admitiera lo que estaba admitiendo ya era demasiado.

"¿Le *robaste* a tu padre?", le había dicho ella, incrédula.

"Tomé prestado. Sea como sea, yo no le pedí que me trajera a este mundo, esa fue su idea, así que ahora está obligado a hacerse cargo, ¿no te parece? Quiero decir, uno podría afirmar que está obligado a mantenerme, moralmente obligado, ¿o no? Por lo menos hasta que termine la universidad".

"¡Pero es que resulta que eres una de las escasísimas personas en este planeta a quien tu padre no le debe nada!".

"Es verdad. Y, de hecho, ahí es a donde apunto. No se puede llamar exactamente 'robo' a lo que hice porque, en primer lugar, mi padre no debería realmente tener todo ese dinero: es alguien despiadado, es cruel, no le importa cómo trata a la gente, es un ladrón, acabas de decirlo".

"¡Y ahora los dos resultan ser unos ladrones! ¿Quién te crees? ¿Robin Hood? Robin Hood robaba a los ricos para darles a los *pobres*".

"Yo soy el pobre acá", había dicho él.

"Un psicópata, eso eres, ni más ni menos", le había respondido ella.

"Estás en tu derecho a tener la peor de las opiniones acerca de mí, y puedo entender perfectamente por qué lo ves así, pero creo que estás siendo, sobre todo, injusta. O solo temporalmente justa. Lo que pasa es que últimamente no he tenido ocasión de ejercitar mi potencial decencia. Pero te prometo que para cuando vuelvas…".

Fue como si lo hubiera hecho callar con la mirada. “Para cuando yo vuelva, ¿qué?”, le había dicho.

Todo ese tiempo él había estado sentado en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Se quedó callado un momento y después dijo, en voz muy baja: “¿Qué? Es una muy buena pregunta. Es verdad, qué estoy diciendo”.

Su padre había arrasado cosechas enteras, cientos de pueblos; su padre había hecho a la gente huir a la carrera a lo largo y a lo ancho de la superficie del planeta, ¿y el único problema de este chico era que su papito lo había echado de su departamento?

Ella se mudó al sofá y pasó ahí la noche. A la mañana siguiente, él empacó sus cosas, ella le dio un patético y breve beso de despedida —como el aleteo de un pequeño copo de maíz, seco, sobre su mejilla— y después cada uno se fue por su lado.

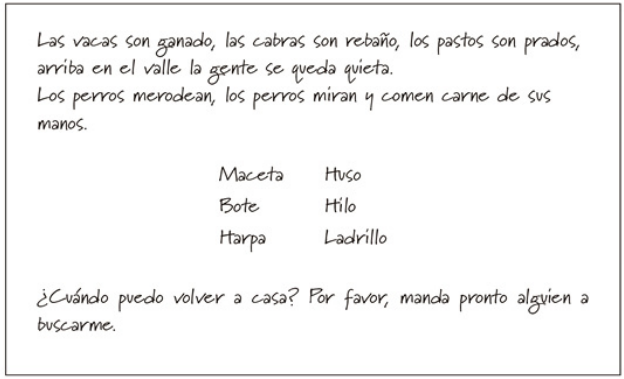
Incluso mientras duerme, tantea sobre la superficie de las cosas banales del día, buscando cualquier aspereza que indique algo escondido, algo enterrado, una puerta cerrada detrás de la cual, si está lo suficientemente alerta, va a poder escuchar latir el corazón de Friedlander. Incluso mientras duerme, busca las formas efímeras de las primeras palabras alguna vez pronunciadas sobre el planeta, se las imagina elevándose por encima del horizonte oscuro como pompas de jabón iridiscentes.

El jugo de esa fruta la ha dejado toda pegajosa, pero por lo menos le ha devuelto algo de fuerza. Pronto va a ser capaz de levantarse, caminar un poco, subirse a un ómnibus para irse a otro lugar. Un lugar que quiera que ella esté allí. Como si estuviera atada a una cuerda que están recogiendo en un lugar muy distante y que la atrae hacia allí, sin importar cuánto desee ella volver a casa.

Frente a su cama, la luz pálida sobre las paredes se vuelve rosada. De nuevo empieza esa cosa en su cabeza y ahora las paredes se vuelven rojas. La enfermedad se ha abierto camino batiendo sus alas sucias y les devora el alma a la madera, al pomo abollado de la puerta, a la luz del día.

Puede escuchar los pasos de las mujeres en el pasillo, el golpe de sus pies descalzos sobre el linóleo y el tiempo que pasa rápido, en una u otra dirección. Todavía le quedan algunas postales. ¿Dónde están? La información está justo ahí, afuera de su cabeza. Se recuesta y se queda muy quieta, para dejar que entre. Sí, las postales están sobre la mesa de luz. Si la mujer silenciosa regresa con más agua, Celeste puede darle una para que la despache.

11


Las vacas son ganado, las cabras son rebaño, los pastos son prados, arriba en el valle la gente se queda quieta.
Los perros merodean, los perros miran y comen carne de sus manos.

Maceta	Huso
Bote	Hilo
Harpa	Ladrillo

¿Cuándo puedo volver a casa? Por favor, manda pronto alguien a buscarme.

No hay ningún garabato en esta, solo una especie de mancha pegajosa.

¡La ciudad no puede ser más cara! Su plata —la plata que tomó prestada— desaparece a toda velocidad. Pero las horas que trabaja para Cordis, aun con los requerimientos puntuales de Moppet, son flexibles, así que ha logrado agregar algunas changas a su agenda. Y tiene que agregar algunas más.

Cualquier tipo de trabajo, dice la gente. ¿Pero qué quieren decir con “cualquier tipo de trabajo”? Resulta que al final no es una broma: freír hamburguesas, lavar platos, reponer góndolas, cargar muebles, sin mencionar siquiera limpiar baños.

Perdón, pero esto no está funcionando: se lo han dicho más de una vez.

¡Por supuesto que no está funcionando! Ese tipo de cosas son terriblemente aburridas y además, lo que es muy extraño, son difíciles de hacer bien. ¿Quién puede soportar ese tipo de trabajos? ¿Y para qué? Lo que pagan es casi un chiste, ¡no es mucho más de lo que cobra trabajando como Asistente Personal de Cordis!

Y ahora está cansado todo el tiempo. ¿Ha estado antes, alguna vez, tan cansado?

Nunca con este tipo de cansancio. Ha estado cansado después de esquiar, ha estado cansado después de salir a navegar, ha estado cansado después de las mejores fiestas. Pero con ese tipo de cansancio venía siempre cierta sensación de haber logrado algo, cierta sensación de éxito. En cambio, este tipo de cansancio no trae consigo nada bueno, solo el miedo a cuán cansado estará otra vez mañana. El miedo a las agotadoras tareas sin fin que tendrá que hacer para mantenerse a sí mismo con vida. Ahora, sacar a Moppet es su mejor momento del día.

Ya no tiene la sensación de que los empleados de su padre lo persiguen, pero tampoco tiene ya esperanzas de recibir un mensaje de ninguno de ellos: alguna señal de que su padre lo ha perdonado. Es más como si hubiera sido olvidado… abandonado.

"¿Sabe algo de Celeste?", le pregunta a Cordis, fingiendo —espera— desinterés.

Cordis no sabe nada. Qué coincidencia que justo le haya preguntado, ella intentó llamarla esta mañana, pero sea donde sea que esté, Celeste al parecer no tiene señal de teléfono.

Cordis le deja usar la vieja computadora de Celeste, así que de vez en cuando puede chequear sus emails desde esa dirección de IP, pero los chequea sin la menor esperanza. Y, además, gracias a la

respuesta automática que seteó justo antes de dejar el departamento de su padre (*au revoir*, muchachos, ¡los quiero!), sus viejos amigos ya ni le escriben. Lo único que recibe es spam.

—

Ahora, siempre que sube el correo de Cordis, o sale o entra después de pasear a Moppet, hay gente nueva —gente más o menos de su edad, le parece, o incluso más joven; en todo caso, y sin lugar a dudas, la gente más joven del edificio, por lejos— hablando a los gritos del otro lado de la puerta del departamento de Celeste, o haciendo tiempo en el hall de ingreso, como burlándose de él, como regodeándose en su pérdida. Nuevos inquilinos cada pocos días, vaya uno a saber quiénes son.

Y él mismo es un "vaya uno a saber quién es", alquilando de a semanas por intermedio de la inmobiliaria esa, pequeñita y mugrienta, a la que lo llevó Celeste la primera vez que se encontraron. La cabeza casi le explota de rabia cuando mira a los empleados escrolear hacia abajo la página web, mirando los lugares disponibles y haciéndose los arrogantes. Él podría conseguir cosas mucho mejores, si solo pudiera usar internet.

Pero no puede ni siquiera acercarse a la web. Gracias a su padre, ya no le queda ningún poder, ha sido obligado a matar todo tipo de identidad que hubiera podido tener online; ahora es solo un cuerpo, un fantasma. Y los departamentos que podría pagar con el mísero presupuesto que le queda no son ni una décima parte de lo lindo que es el departamento de Celeste. Cuando prende las luces de la cocina, ahí están otra vez todos esos bichos: las cucarachas que se dispersan como en una alucinación.

¡La cocina! Si consiguiera un lugar con un calentador de una sola hornalla, ya podría considerarse afortunado. Una y otra vez lo despiertan durante la noche los ruidos de los mendigos revolviendo la basura en la vereda. Y si llega a morderlo una sola pulga más, va a deshacerse en pedazos.

A lo mejor es por el calor; nunca hizo tanto calor, ni siquiera en verano, la gente lo comenta todo el tiempo. En las calles se arman

embotellamientos de ambulancias y camiones de bomberos. Ayer nomás escuchó unos gritos y después, enseguida, el humo empezó a llenar el departamento donde se está quedando por unos días. Las llamas brotaban de las ventanas del edificio de al lado.

Para cuando llegaron los bomberos, el último piso ya se había quemado por completo. Y cuando llegó al edificio de Cordis, se encontró con una ambulancia bloqueando la entrada. Sacaban a una anciana en camilla. ¡Cordis!, pensó por un segundo entero, angustiado: pero no, era solo otra de las señoras viejas que todavía quedan en el edificio.

¡Cuántas sirenas! ¿Siempre hubo tantas sirenas?

¡Dónde está Celeste! ¡Dónde está Celeste! Debería haber regresado hace ya semanas. ¿Por qué no vuelve y listo? ¿Cómo puede hacer él para ir a buscarla? ¡Si no sabe dónde está!

La noche antes de que se fuera compartieron una cena realmente hermosa. Él había llevado una botella de vino, no de los mejores, tal vez, pero vino al fin. Cocinó unas pastas. Lavó y secó los platos y después se tiraron en el sillón y se toquetearon un rato mientras escuchaban música.

Ella se recostó con la cabeza sobre su pierna y hablaron, se acuerda bien, sobre el lenguaje. El lenguaje, ¿qué cosas clarifica y qué cosas oscurece? ¿Es una persona una persona si no tiene lenguaje? ¿Están todas esas cosas adentro de nuestra cabeza, tenga uno lenguaje o no lo tenga? ¿Los monos también tienen todas esas cosas adentro de su cabeza? ¿Las cosas que uno puede más o menos arreglárselas para nombrar son las mismas cosas que uno tiene adentro? ¿Son las cosas que están adentro de tu cabeza las mismas cosas que están adentro del mundo? Y cuando uno dice algo, ¿por qué hay siempre un montón de cosas extra dentro de tu cabeza que las palabras no alcanzan siquiera a nombrar?

Él le hizo unas trencitas en el pelo. ¡Un completo idilio! Se sentía tan libre, entusiasmado, exultante como si hubiera huido de casa.

"Tú huiste de tu casa", le dijo ella.

Y entonces él, con toda la estupidez del mundo, le confesó las particulares circunstancias de su huida.

No es que precisamente lo hubiera planeado. Pero mientras hablaba pasaron dos cosas: primero, sintió que un gran peso abandonaba su cuerpo, un peso que no tenía idea que venía arrastrando consigo… Y, casi al mismo tiempo, se escuchó a sí mismo narrar la historia de cómo había tomado prestado el dinero… exactamente de la manera en que ella lo estaría escuchando. Sí, había estudiado un buen tiempo cómo imitar la firma de su padre. Sí, se había metido a revolver sus cajones privados y había violado su confianza.

¿Cómo podía haber pasado tan rápido? En un momento él era una persona y, al instante siguiente, se había vuelto otra. ¿Al final no era más que un conjunto de reflejos —un espectro con rasgos cambiantes y forma de *bueno para nada*— mirándose unos a otros desde espejos fantasmagóricos? Sintió que en la garganta se le formaba un nudo de indignación y de pena. Fue como si una mano brusca le hubiera arrancado de pronto todas sus buenas cualidades, todas sus condecoraciones y medallas.

12

Sentada sobre la falda de Cordis, Moppet se estira para ver en la televisión el programa de los animales. A veces salta sobre sus patas y ladra con lo que parecería ser una nostalgia angustiada. Son las viejas películas de cowboys las que más la afectan: especialmente las tomas con ganado vacuno. Algo acerca de esas vacas…

Ella ladra y ladra, pero las vacas no le prestan la más mínima atención. Pobrecita, debe extrañar muchísimo a la señora Munderson.

Cordis a veces deja el televisor prendido para que Moppet mire

alguna película, pero tiene que admitir que a ella también le gusta el programa de los animales. Todos estos años sin ninguna pantalla de ningún tipo y ahora, para ella y para Moppet, esta opulencia de animales. Bueno, la verdad es que se lo tienen que agradecer al paseador de perros.

Aunque todavía no se acostumbra a tener esta máquina diabólica con ella. *Por supuesto* que sabía —incluso desde mucho antes de que ese paseador de perros, Keith, naciera— que era posible leer las noticias en una computadora. ¿Pero por qué hubiera querido hacerlo? Incluso la visión de la computadora de Celeste, ahí, muy quieta y cerrada, sobre la mesa, le resulta un poco macabra. Toda esa idiotez, toda esa violencia, toda esa confusión fluyendo a través de sus diminutas venitas electrónicas, así la esté una mirando o no. Bang, bang, bang. Bang, bang, bang. ¿Para qué molestarse entonces en tener cuatro paredes que te protejan?

Es irritante ser considerado una curiosidad, incluso por alguien tan joven como Keith, y es difícil para ella no ponerse impaciente con el chico. Al principio, cada vez que intentaba hablarle, las cosas parecían contorsionarse en algún lugar entre su laringe y su cerebro. ¿Era eso lo que en verdad quería decir?, se preguntaba mientras hablaba.

A ella misma, incluso, le parecía ser la vieja loca que el chico creía que ella era y a la que se quedaba mirando con la boca abierta. Y cuando era su turno de hablar, no lograba entenderlo mucho mejor de lo que él parecía estar entendiéndola a ella. Todo estaba un poco mal, como si ella hubiera sacado la cabeza por la ventana y le lloviera encima.

Al principio la había desconcertado un poco que una mujer como su querida Celeste saliera con alguien como ese chico. Reconoce que es muy atractivo, pero de una manera medio predecible. ¿Qué hubiera dicho Ernst de él? Ay, ay, ay, ¡se lo puede imaginar!

Pero si algo es cierto, es que Celeste nunca ha sido capaz de resistirse a un desafío. Y, claramente, en estos días hay una alta demanda de hombres en la ciudad.

Sea como sea, el chico últimamente tiene cara de cansado, de exhausto, en realidad. Sabe que ha tomado un par de trabajitos más, muy poco demandantes, pero esa no puede ser la causa de su fatiga, mucho menos de esa mirada, como de poseído. Pareciera como si se hubiera embarcado en una profunda lucha interna. Y eso a ella le da un poco de ternura, al menos un poco.

Ayer, de hecho, el chico parecía tan cansado que le preguntó si no quería acostarse un rato mientras ella sacaba a Moppet, pero para su sorpresa, él se incorporó con gallardía, le dedicó una pequeña sonrisa demacrada pero de lo más tranquilizadora, tomó a Moppet y su correa y, como un soldado, se encaminó hacia la puerta.

Un completo inútil, el pobre chico, realmente. La pena que le da debe notarse demasiado en las sonrisas que de tanto en tanto él logra arrancarle.

—

Una de las extrañas consecuencias de sus visitas es que todo el tiempo le hacen pensar en Ernst. Y no es que hubiera ni siquiera un momento en que ella no estuviera pensando en Ernst: después del primer y devastador golpe de dolor, el reloj simplemente se detuvo y él permaneció junto a ella en cada momento, pero amortiguado: sin desvanecerse nunca y sin hacerse nunca del todo presente.

Es como si este jovencito incompetente hubiera dejado que el tiempo se colara por la puerta abierta del departamento, en un solo instante, volviéndola a ella verdadera y completamente vieja, haciendo polvo todos los hermosos recuerdos que Ernst había traído de sus viajes —las extraordinarias esculturas, los extraordinarios ornamentos—, dejando que la luz y el aire descompongan todas sus queridas fotografías con Ernst. Es como si las huellas de los dedos del chico mancharan sus décadas juntos y dejaran a Ernst encallado muy pero muy lejos, a veinte años de distancia.

Pero ¿no debería Celeste ya estar de regreso? Es una mujer adulta, no necesita que nadie se preocupe por ella, pero así y todo, Cordis no ha podido contenerse y últimamente ha marcado su

número un par de veces.

Porque para ella Celeste todavía es el bebé en los brazos de Miriam, la nena del otro lado del pasillo, la pequeña visita trepada al apoyabrazos del sillón, que mordisquea seriamente una galleta mientras discuten esos problemas metafísicos que siempre preocupan a los niños: ¿todos vemos de la misma manera el color que llamamos azul? Si Dios creó el mundo, ¿quién creó a Dios? ¿Cómo sé que eres real?, ¿o que yo soy real? A Ernst le gustaban tanto las preguntas de Celeste como a ella sus respuestas.

De pronto, recuerda una apacible noche de verano. Los cuatro —ella y Ernst y Miriam y Celeste— fueron a un destartalado pero alegre parque de diversiones. Celeste apenas debía tener dos años. Hicieron la cola para la calesita y Celeste se quedó mirándola, llena de decisión, pero también intrigada. Y en un momento se dio vuelta. "¡Equinos!", gritó, y ellos se largaron a reír, eufóricos, como si hubiera sido un gran descubrimiento científico. "¡Equinos!", le respondieron.

La herramienta que no funciona: así llamaba Ernst al lenguaje. O, al menos, que funciona para promover la comprensión y la comunicación, pero solo en sus modos más limitados. Una habilidad extremadamente plástica, capaz de múltiples usos, que terminó desarrollándose al servicio de las demandas urgentes de venganza, de codicia, de maldad —al fin y al cabo, los atributos más consistentes de la humanidad— y brindó a los individuos medios para dominar a sus pares mediante la mentira, la jactancia, la propaganda, la transmisión del miedo, la publicidad, el escarnio y las amenazas más descaradas. Si eso es a lo que quieren llamar inteligencia, adelante, decía siempre Ernst; ¡cuán orgullosos estamos de ser capaces de articular nuestras confusiones, nuestras ideas distorsionadas, nuestros limitantes puntos de vista!

¿Y el poder conversar?, le recordaba ella. ¿Y la poesía? Subproductos, decía él. Para Ernst, el lenguaje solo estaba al servicio de los matones.

El otro día salió por primera vez en semanas y justo enfrente de la puerta de Celeste encontró un montón de basura, envoltorios de

comida rápida y cosas de las que se usan para drogarse. Parecía la escena de un crimen.

En la calle, le dio la sensación de que la gente no era más que emanaciones de una vieja película muda. ¿Se estaría enfermando? ¿Qué iba a pasar con la pobre Moppet si a ella también la venían a buscar?

—

Se sirve un vaso de vodka y se queda parada junto a la ventana, como si estuviera viendo a Celeste y Ernst acercarse por la calle, tomados de la mano. Y, de pronto, ya se ha hecho de noche. O tal vez es una gran tormenta que se acerca. O un eclipse. No sabe por qué, pero el cielo hoy es de un gris cerrado…

¿Está esperando una gran catástrofe o solo su mínima catástrofe personal?

13

Cuando Celeste se baja del ómnibus, el sol está en su cénit, pero la sorprende darse cuenta de que no hace mucho calor. El sendero a través de la selva se desliza suave bajo sus pies.

Aparentemente, ningún humano ha cazado o dañado a los animales de por aquí, porque se quedan mirándola muy tranquilos, sin dejar de hacer sus cosas. Grandes gatos rayados o con lunares que se deslizan desde las ramas de los árboles y pasan despacio junto a ella, tan cerca que si estirara su mano podría tocarlos. Sus ojos brillan como gemas entre el follaje. Papagayos brillantes llenan el cielo de destellos y fogonazos.

Qué lindo sería sentarse en una de esas raíces retorcidas e inmensas y quedarse un rato mirando a los animales, pero no hay tiempo que perder. De hecho, para cuando llega al consejo, ya casi se ha hecho de noche. Tiene la sensación de que es la última en llegar, pero en principio no hay ningún problema, porque ninguno de los otros parece apurado por comenzar.

Un orangután con cara de preocupado cuelga de su brazo y salta nervioso agarrándose de las ramas de los árboles cubiertos de enredadera que rodean el claro, pero el resto de los homínidos solo dan vueltas por ahí o esperan reclinados sobre las rocas, que parecen haber sido diseñadas a medida, acicalándose unos a otros y sacándose las pulgas, mientras Celeste se desliza en silencio y ocupa su lugar en el círculo.

Nota con interés que hay un número significativo de representantes humanos. Distingue a un par que puede reconocer, la mayoría, entre los miembros más jóvenes de la concurrencia. Puede ver una pareja de apacibles neandertales y un absolutamente adorable *Homo floresiensis.* ¡Oh! ¡y un *Homo heidelbergensis* bastante inquietante! Se alegra de que no le haya tocado sentarse a su lado.

Hay muchos otros también, aunque más viejos y bastante maltrechos: Australopitecus de varios tipos, se imagina. Y teniéndolo todo en cuenta, la variedad es absolutamente desconcertante. ¿Quién lo hubiera dicho?

Naturalmente, además de los gorilas, los chimpancés y los bonobos también asisten al evento; y las cosas ya deben estar por comenzar, porque una pequeña ola de balbuceos y murmullos de anticipación recorre el círculo. Los participantes fruncen el ceño con concentración, vacían su cabeza de todo movimiento y se alinean, preparados para recibir su carga de plasma mental. *Palabra,* piensa Celeste dándose aliento, *palabra*, y el *Homo floresiensis* aprieta su frente y mueve de un lado a otro una mano velluda, como si alejara de sí una nube de pestes.

Uno de los chimpancés arrastra unos grandes carteles que, una y otra vez, se atoran en las raíces de un árbol, pero al final el chimpancé logra apoyarlos formando una pila contra el tronco, de manera tal que todos pueden ver claramente el que queda más arriba.

Los últimos rayos de sol entran como cuchillas a través de la vegetación; es imposible descifrar qué es lo que está escrito en los carteles. Celeste entrecierra sus ojos y se esfuerza. No parece algo que tenga sentido.

Otros dos chimpancés corren y arman un pequeño escándalo mientras se apoderan de los carteles. ¡Ah, estaban patas para arriba! Y aunque la letra es un poco temblorosa, ahora Celeste puede ver qué dice el primero: PRESENTANDO.

Uno de los chimpancés retira el cartel con un ademán ostentoso, como si fuera una carta en un mazo, y revela el siguiente, en el que puede verse escrito: NUESTRO.

Repite la maniobra y el tercer cartel es revelado: PRIMER.

Y entonces, el cartel final: ¡¡¡¡¡ORADOR!!!!!

Una nueva y pequeña ola de impaciencia recorre a los asistentes, en tanto aparece un hombre y, sonriendo y asintiendo con la cabeza con cierto aire catedrático, camina hacia el atril. A Celeste le parece alguien familiar… De algún lugar conoce esa cara…

¡Ah! ¡Sí! ¿No es ese el padre de Keith? Ahora el hombre se aclara la garganta y, con cierta irritación, mira a un lado y a otro. Uno de los neandertales da vueltas por entre los miembros de la asamblea llevando un vaso de agua. El padre de Keith vuelve a aclararse la garganta, trata de agarrar el vaso, abre su boca y grita: ¡Ey, eso es mío!

Y en caso de que quede alguna duda sobre a quién pertenece el vaso de agua, el padre de Keith saca un arma. El estallido es atronador y hace que las mujeres descalzas se alejen corriendo por el pasillo mientras el neandertal, con la mirada confundida, cae al suelo y se abraza a sí mismo y la sangre mana de su cuerpo y lo mancha y Celeste se deja caer hacia el interior de la noche, se deja caer.

14

Totalmente predecible:

Keith da vuelta la postal, pero no hay nada que ver del otro lado, nada más escrito, ningún dibujo, ningún garabato.

Entonces, obviamente, esa debía ser la última de las postales: una vez llegado al origen, no se puede ir mucho más atrás. Debe significar que Celeste va a regresar pronto a casa.

Justo a tiempo. Y lo que le espera cuando vea lo que los últimos inquilinos seguramente han hecho con su departamento. Bueno, no hay problema, él la va a ayudar a arreglarlo.

15

Cordis no luce bien. “Tiene que comer”, le dice él. “Dígame qué quiere y se lo voy a buscar, cualquier cosa, lo que quiera”.

“Gracias”, dice ella. “Estoy bien”. Lo mira con algo que se parece al cariño, piensa él.

Keith acaricia sus suaves, viejas mejillas. “Si no empieza a comer de nuevo, Celeste se va a enojar muchísimo conmigo cuando vuelva”, trata de alentarla, sin conseguirlo.

En este calor agobiante, ella parece estar temblando de frío. Busca una frazada con la que envolverla antes de sacar a Moppet a la calle.

“¿Le molesta si chequeo mis emails?”, le pregunta cuando trae a Moppet de regreso, pero por supuesto, a Cordis nunca le molesta.

Spam, spam, spam, spam, spam, spam, spam. Está a punto de desloguearse y, de pronto, ¡lo ve! Ya casi se olvidaba de que todo el tiempo había estado esperando algo como esto.

Es de… no exactamente de su padre, pero casi. Es de Kelly, su esposa actual:

> Hola Keith, hora de salir de cualquiera sea el agujero en el que estés temblando de miedo, todo está perdonado ☺ Tu padre ya se calmó y dio órdenes para que te dejen en paz. En principio, queremos vender el dpto, así que podrías por favor pasar a buscar todas tus zapatillas mugrientas y el resto de tus cosas o avísame si puedo tirarlas porque la gente de la inmobiliaria tiene que preparar todo para las visitas de posibles compradores y dicen que tu habitación es un chiquero y que nos va a bajar el precio al menos 1,5.

Se queda un momento mirando el mensaje.

16

Mientras con una mano le abre la puerta, con la otra Kelly trata de subirse el cierre de un vestido brillante y un poco ridículo. Hace un montón de tiempo que no se ven y de pronto ella parece alguien de una edad completamente diferente a la que tenía solo un segundo atrás, antes de que abriera la puerta. De hecho, ya debe haber pasado los treinta: demasiado vieja para su padre. Momento para un recambio, es muy probable.

Demasiado vieja para su padre, pero apenas por encima de la edad justa para él, ejem ejem, tentador. Excepto por el vestido, luce mejor que nunca.

“Te puedo ayudar con eso”, le dice mientras ella sigue esforzándose con el cierre.

“Mmmmm, ¿no?”, le responde ella, como si él acabara de decir la cosa más estúpida de la historia.

Pero no protesta cuando la toma por los hombros, la hace girar y

sube el cierre. “Ahí está”, dice. Sí, él también, ahí está.

Ella le sonríe y él le acaricia el pelo. “¿Qué opinas? Estoy viendo si ponérmelo para una bendita cena de una fundación para niños que me encajó tu padre. Y ya usé todos mis otros vestidos”.

Da un paso atrás para mirarla mejor. “Estás fantástica”, le dice y es lo que de verdad piensa.

Está fantástica, incluso aunque su vestido no parezca otra cosa más que un gran dolor de cabeza. ¿Cuánto le puede haber salido ese vestido con todas esas porquerías brillantes? Seguro mucho más de lo que él le debe a su padre. Para ellos, diez mil dólares no son ni siquiera un vuelto.

Y es por eso que le han enviado una citación. ¡Cuán cansado se siente! ¡Por todo lo que ha tenido que pasar! Deja a Kelly atrás y camina hacia el living para contemplar la vista panorámica de la ciudad desde el inmenso ventanal.

“¡Ey!”, le dice ella.

“Está todo bien, vine nada más a recoger mis cosas”.

Allí arriba, en los imperturbables reinos de su padre, uno ni siquiera escucha las sirenas de la calle. “Mi papá sabe que le voy a devolver todo, ¿no? Y me cree, ¿verdad?”.

“Nadie te cree. ¿Diez mil dólares? ¿De dónde los vas a sacar?”.

No hay ninguna razón para que Kelly le hable de esa manera. Y, además, lo sepa o no, ella también está en período de prueba. “Ese es mi problema, ¿no te parece?”, le responde.

“Ay, bueno, basta, no hablemos de eso”, dice ella, y se esfuerza por sonreír. “Creciste un montón, estás mucho más alto, ¿no? Está bien, Rick sabe que *tu intención* es devolverle la plata. O por lo menos, intentarlo. Está cansado, es solo eso. Tu papá está viejo, él solo quiere que seas feliz, que seas fuerte y estés bien. Rick te ama, lo sabes. ¿Por qué se habría tomado tanto trabajo para asegurarse de que a tu madre no se le ocurra molestarte, si no?”.

Su madre planea entonces sobre ellos, el dorado dulce y opaco de su madre, sus dulces y suaves brazos, su voz musical, tan distante ahora, con su leve destello de oro…

Kelly sacude su cabeza como si hubiera entrevisto cierta pena

del otro lado de sus palabras. “De alguna manera, eres su único hijo. O por lo menos, eso es lo que él dice”.

Pobre Kelly, no falta mucho para que ella misma esté en los zapatos de su madre, y en los zapatos en los que después estuvo Patti y, después, Georgiana.

“Está bien, Kelly, podrías decirle…”.

“¿Qué?”.

“No, no, nada. No importa”.

No necesita un intermediario. No necesita a nadie. Él mismo va a llamar a su padre y, como un hombre, le va a decir lo que le tenga que decir. Ya está absolutamente listo, podría ir ahora mismo a inscribirse en una universidad, estudiar para ser abogado o administrador de empresas, si fuera necesario. Lo que a su padre le parezca mejor.

17

Allí, en lo alto, entre las alfombras blancas y la arquitectura de líneas diáfanas, sus ideas poco a poco empiezan a aclararse. Afortunadamente su padre cambió de opinión y ya no quiere mudarse. ¡Pero claro que tenía todo el derecho del mundo a estar enojado! ¿Qué estupidez había estado intentando probarle?

Hogar. Sí, está en casa… Abre una de las cervezas artesanales que le ofrece Kelly y se tira sobre el sillón. Los ruidosos, confusos sueños de los últimos meses comienzan a disiparse; aunque se da cuenta de que han dejado una incómoda mancha en su cerebro, los restos diurnos de un sueño particularmente perturbador.

¿En qué tipo de extraña alucinación se dejó enredar? Es como si hubiera podido espiarse a sí mismo llevando la vida de un Keith diferente… o de dos Keiths diferentes, o de diez, o de un número infinito de Keiths; es como si Celeste lo hubiera obligado a enfrentarse a un espejo de tres caras y a reflejarse en una imagen en abismo donde todavía ahora, de a ratos, puede entreverla.

¡Y ni siquiera se ha molestado en avisarle cuándo va a volver! Le ordena a su cerebro extirparla por completo de entre los reflejos, de

las regiones más remotas de su mente, recoger todos sus pedazos y reunirlos y después soltarlos, dejarlos ir para que se disipen y se dispersen en el puro y acondicionado aire del departamento de su padre.

Y plegar ahora sobre sí mismas cada una de las caras de ese espejo, por favor. Gracias.

Por un momento, un aburrimiento plomizo y melancólico se apodera de él.

Y bueno, se acabaron los chistes. Unos pocos años de universidad y después… Se queda mirando la ciudad abajo, tan lejos, suplicante.

Su nuevo teléfono es de lo más refinado y lo espera sobre la mesa de café. Se estira para alcanzarlo, juguetea con él un rato, distraído. ¿Qué debería hacerle hacer? No hay mucho de lo que no sea capaz.

Y, por fin, aquí hay una idea. "¡Llama a Tish!", le ordena a Jeannie, la chica que vive dentro de su teléfono, y Jeannie responde obediente, con su despreocupada e insulsa voz. "Llamando a Tish", dice.

¡Uau! ¡A Tish le va a encantar tener noticias suyas!

Aunque ahora vive del otro lado de la ciudad y no le resulta para nada fácil ir a lo de Cordis, no ha abandonado sus responsabilidades. Por supuesto, no va a seguir cobrándole, pero ayer mismo pasó a ver cómo andaba y le llevó una botella de su vodka favorito.

La verdad es que Cordis no luce de lo mejor, tiene que admitirlo. Va a volver en una semana, más o menos, para asegurarse de que esté bien. De todos modos, antes de irse llamó a la puerta del departamento de Celeste y les pidió a los chicos que se están quedando ahí que cada tanto chequearan si Cordis necesitaba algo.

"¡Sí, señor!", le respondió uno de los chicos. ¿Se estaba riendo de él? Keith lo miró fijo, pero el chico no tenía ninguna expresión en la cara.

“A propósito”, dijo Keith. “¿Saben cuándo va a volver Celeste?”.

El chico se quedó mirándolo y él sintió cómo se ponía colorado.

“¿Celeste?”, dijo el chico. “¿La dueña?”.

Había un grupo de chicas tiradas sobre la cama de Celeste, en medio de una pila de ropa y, posiblemente, comida. “No se preocupe, señor”, dijo una de ellas. “Todo está bajo control”.

¡Señor! La chica, aunque tenía la cara maquillada, no podía tener más de catorce.

Pero para su sorpresa, había una postal más esperándolo en la casilla de correos de Cordis. Estaba escrita con una tinta entre marrón y roja, de lo más desagradable.

decía, en letras que ondulaban como llamas.

Puro drama, típico de Celeste. Sacudió la cabeza, al fin y al cabo, le tenía cariño. De todos modos, era evidente que no faltaba mucho para que volviera. Y mientras enganchaba la correa al collar de Moppet —porque ya que estaba ahí, por qué no realizar ese pequeño acto de caridad—, le dedicó una sonrisa a la pobre y vieja Cordis, y pensó en el extraño modo en que las cosas se habían resuelto. “Rarísimo todo esto”, dijo. Cordis le respondió con una sonrisa, como si lo entendiera perfectamente.

No es del todo imposible que Ernst esté vivo, piensa Cordis, pero sí es imposible que se haya vuelto viejo. Ahí está él, en su excavación, transpirado por el calor. Deja de cavar por un momento solo para sonreírle y saludarla con el brazo en alto, haciéndose sombra con la otra mano sobre los ojos, antes de volver a bajar y bajar y bajar —ciudad tras ciudad, tras ciudad— más allá de las gigantescas formas de piedra, más allá de las primeras viviendas de barro, más abajo, hasta llegar a las planicies donde por primera vez corrieron los animales de cerebro grande, animales con el cerebro grande pero tan estúpidos —como su querido Ernst nunca se olvidaba de recalcar— que no hacían más que quemar sus propias casas, y las casas de todos los demás.

Pero nunca se sabía realmente cuándo Ernst hablaba en serio. Y, de hecho, si ella no pudiera usar palabras, ¿cómo hubiera atravesado su larga ausencia? Es como si estuviera cruzando un gran prado. Ya se ha desgastado el feroz calor del verano. Velos de luz dorada flotan a la deriva sobre el intenso azul del cielo, y un aroma a manzanas la envuelve; es tan fuerte que marea. Por un momento, a su alrededor merodea perezosamente una abeja, después se va. Unas pocas hojas están empezando a amarillear. Una se suelta de su rama y cae, se balancea en dirección al pasto. *Hoja*, piensa ella mientras la atrapa en mitad del vuelo y se queda contemplándola. *Hoja,* piensa, y la deja caer.

La tercera torre

Therese

Julia lo encontró en una pila de cosas viejas. No lo quería, así que dijo que se lo iba a dar a Therese.

¿Qué se supone que tengo que hacer con eso?, dijo Therese. No era más que un libro viejo y maltrecho con todas las páginas en blanco.

No sé, dijo Julia. A ti te gusta escribir.

Therese miró el objeto que su amiga le ofrecía. Después se estiró un poco para tomarlo.

Julia se largó a reír y sus rulos negros se alborotaron.

Esa noche, Therese guarda el libro debajo de sus medias, sus adoradas medias muy bien dobladas. Y a la noche siguiente, cuando vuelve a acordarse de él y lo busca, es como si durante el sueño y el largo día de trabajo, lentamente hubiera empezado a amarlo. Tanto que incluso considera llevarlo al viaje.

Con su suaves tapas rojas, parece algo arcaico. Parece como si escondido en esas páginas en blanco, hubiera algo para contar. Therese desliza los dedos sobre las hojas gruesas, rugosas, como si quisiera despertarlas.

Tren

En los viejos tiempos las vías del tren cruzaban todo el país a lo ancho y a lo largo, noche y día había un tren corriendo hacia cualquiera de los puntos más remotos de su vasta extensión.

Eso es lo que Therese escuchó por ahí alguna vez. O piensa que alguna vez lo escuchó. O a lo mejor es algo que soñó… O a lo mejor no es más que un error de su cerebro. O a lo mejor, en realidad, ni siquiera hubo nunca trenes.

Quién sabe. Pero lo que sí es seguro es que ahora hay un tren; un tren que pasa por el pueblo donde ella vive y va hacia La Ciudad, y el complejo hospitalario está en La Ciudad… así que ¡eso sí que es tener suerte!

Felix ha contratado a alguien para que la cubra mientras ella esté ausente. Y le ha prometido que, no importa cómo, le va a cuidar el puesto hasta que vuelva. Dijo que ella era una obrerita muy trabajadora. Pero que ahora los episodios se habían vueltos tan fuertes que le estaban haciendo bajar el rendimiento.

Lo había entristecido tener que organizar las cosas para que ella pudiera ir a hacerse el tratamiento, le contó a Julia.

Mmm, le respondió Julia sin comprometerse demasiado.

Y es verdad que Felix siempre tiene más o menos esa misma expresión, casi toda la gente vieja la tiene. Una expresión de vaga impotencia, como si acabaran de empezar un día lleno de los problemas con los que han estado soñando durante la noche.

Sea como sea, ¡Therese va a conocer La Ciudad!

Por supuesto, ya la ha visto en películas y en revistas más de un millón de veces: el aire brillante, los monumentos y las torres relucientes, los veleros deslizándose sobre la bahía en dirección al horizonte sereno y sin límites, las mujeres y los hombres maravillosos y maravillosamente vestidos, los bulevares anchos y blancos, los canteros llenos de flores, los restaurantes caros, las vidrieras increíbles, las inmensas, pesadas hebras de piedras preciosas centellando sobre sus cunas de terciopelo…

Ninguna de las chicas del hospicio ha ido nunca a la Ciudad y ahora todas están celosas.

¿De verdad?, pregunta Therese; ¿de verdad les gustaría andar así

por la vida, desconectándose en los momentos más imprevistos, como le pasa a ella? Ahí tienen entonces, se los cambia por lo que quieran. (Aunque, en verdad, tal vez no, tal vez no lo cambiaría por nada).

Pero ella va a verlo y escucharlo todo para después volver y contarles.

Los asientos son muy cómodos, incluso aquí, en la clase más económica. Siente un pequeño, excitante sobresalto y su corazón da un vuelco cuando las ruedas comienzan a trepidar sobre los rieles.

Esta mañana, Julia llamó a la puerta de su cuarto y le dio una caja de cartón con un sándwich y una manzana para que no pasara hambre durante el viaje.

En realidad, aunque acaba de sentarse, ya tiene hambre. Pero todavía no va a abrir la caja.

¡*Caja*! La palabra centellea y empieza a encenderse…

Therese busca el libro en su bolso y busca también la lapicera que, en un descuido de Kyra, robó de la lavandería… pero ya es tarde para hacer lo que fuera que quería hacer; la palabra ya ha estallado y ahora lo que queda es solo un montoncito duro y reseco: caja. Okey, caja. Está casi exhausta, como si de pronto se hubiera despertado de un sueño demasiado profundo.

Y después, solo hay oscuridad. Debe ser un túnel.

Y ahora, de nuevo vuelve la claridad y ¡el pueblo ha desaparecido por completo!

En la pantalla de su asiento hay un juego que no conocía, un juego con una especie de gotas zumbantes que parecen caramelos. ¡Con brillitos! Hay que dispararles a las gotas y cuando le das a una, emite una lluvia de monedas doradas, y después enseguida aparecen zumbando nuevas gotas para competir por las monedas antes de que uno también les dispare.

Los rayos del sol atraviesan perpendiculares las ventanillas manchadas de hollín, y se inclinan hacia un lado y el otro a medida que el tren cruza por sobre un río brillante, un río de barro espeso y

con reflejos de los colores del arco iris.

¿Pero dónde es que están? Therese nunca ha visto lugares como este en las revistas o en el cine… ¿qué son estos pueblos? Pueblos donde no hay nadie a la vista, donde las ventanas están rotas o recubiertas con cartones y lonas de plástico, por todos lados pueden verse pilas de basura herrumbrada o podrida y, de tanto en tanto, entre los residuos, la pata de alguna silla, o una parte de algún vehículo antiguo, o una muñeca rota y sucia, asomando por entre las ruinas.

La desolación se expande y se expande, como si alguien, por error, hubiera derramado el contenido de un colosal tacho de basura. Y un minúsculo tren se mueve a través de ella, cargando un puntito llamado Therese.

Despacio, el tren traquetea sobre otro puente, otra cosa desvencijada que atraviesa una grieta sobre la tierra, y despierta a un enjambre de niños que corren a su lado tratando de seguirle el ritmo. Sus caras están machadas con pintura, o directamente sucias. Corretean y dan volteretas como pequeños demonios, tiran piedras y botellas, pero solo logran hacerlas rebotar contra la carcaza metálica del tren y, de pronto, quedan atrás, se vuelven ellos también mínimos puntitos garabateados en la distancia.

Therese se da cuenta de que hace frío. Y de que a cada instante el puntito de su ser se aleja a toda velocidad más y más de sus amigos… Aprieta contra el pecho la caja que le dio Julia y mira a los pasajeros a su alrededor, pero todos parecen estar imperturbablemente concentrados en sus teléfonos o en las pantallas de sus asientos, con las caras como cerradas sobre sí mismas.

Del otro lado de la ventanilla las vistas se suceden a raudales, ninguna es demasiado sólida, son como imágenes desplegándose sobre un rollo de seda impresa que no deja de correr. Ahora hay bosques. Y pareciera que los incendios se han ensañado con ellos. Ahora hay más basura y… ¿una bota vieja? Una camisa toda rota.

Hace un par de semanas, a la hora de la cena, una de las chicas contó que había escuchado que un montón de prisioneros se habían

escapado de uno de los complejos carcelarios. ¿Estará Therese viajando ahora por esa parte del país?

Fugitivos: la palabra erupciona más allá de su cubierta, estalla como un cohete, se disemina, fractura el aire en pequeños prismas, en espejos astillados. Therese saca su libro y su lapicera y, rápido, anota lo que puede.

Está transpirada de pies a cabeza. Antes de mirar lo que dice el libro, cierra los ojos y respira profundo un par de veces: *uniformes… equipos… guardias y prisioneros… gritos, ruidos metálicos… sangre y armas. Dos guardias civiles tropiezan entre los árboles, se llevan por delante las raíces retorcidas, cargan un poste muy pesado, un guardia en cada punta, del poste cuelga un hombre atado con sogas por los tobillos y las muñecas, le sangran…*

Se queda mirando las palabras en el libro. ¡Horribles!

Lo bueno es que ya está camino al complejo hospitalario… A lo mejor toda esta excitación del viaje le está haciendo mal.

Mira por la ventana y vuelve a respirar profundo un par de veces.

No, ella se siente bien, el polvo brillante, como de vidrio, ya vuelve a asentarse y de a poco el aire se recompone y otra vez es el de antes.

Bien, los bosques quedaron atrás.

¡Ah, qué divertido! La lapicera tiene pegada una etiqueta que dice: “Devolver a la lavandería”.

—

Ve completa una serie de dibujitos animados acerca de una criatura muy feliz a la que llaman platypus. Y, en cierta medida, el pueblo donde vive esta criatura es un pueblo normal, un pueblo normal y lleno de gente que va y viene. Los shoppings están llenos de gente comprando cosas.

Además, esos hombres en el bosque… no eran más que imágenes.

—

Come el sándwich y la manzana y, justo después, llegan a destino. Therese sacude las migas de la caja, la pliega para que quede chata y la mete a presión en su bolso, junto a su mejor vestido —¡se ha traído su mejor vestido!— y junto al libro, por supuesto.

Médico

Paciente T 716-05: sexo femenino, 17 años, 8 meses. Obrera, inteligencia promedio, peso/altura/apariencia ídem. Reflejo de estabilización de palabras muy bajo respecto al promedio. "Amontonamiento" o "untuosidad" mental, intelecto excesivamente líquido. Desvanecimientos ocasionales pero escasos. La molestia sugiere una actividad cortical aberrante, diagnóstico todavía incierto. Se espera que un tratamiento de repeticiones modificativas en conjunto con los ya recetados supresores de elaboración ("cortaviajes", como los llaman los chicos) puedan aliviar los síntomas.

Evaluación

Árbol, dice el médico.

Therese lo mira, pero él está estudiando el ridículo aparato al que la ha conectado. Árbol, por favor, repite el médico.

Therese piensa un momento. Hoja, dice.

Sin dejar de mirar sus diales, el médico frunce el ceño. Aparentemente, las agujas han registrado una falta de convicción en su respuesta.

Ella lo intenta de nuevo: Sombra.

Lo primero que se te venga en mente, dice el médico.

¿Tronco?, dice Therese.

¿Tronco?, dice el médico y suspira y se saca los anteojos. Es importante que me digas exactamente lo que pasa por tu mente, Therese, y no lo que te parece que yo quiero escuchar. Si yo tuviera

una varita mágica para hacer desaparecer tus síntomas, no lo dudaría ni por un segundo. Pero lamentablemente el proceso es un poco más complejo y necesitamos que te comprometas al cien por ciento. No hay algo así como una "respuesta correcta". Lo que yo necesito escuchar es *tu* respuesta espontánea, la primera que te venga a la mente cuando yo diga la palabra que da el pie. Acá no hay lugar para el engaño, ni para la vergüenza. Cualquier respuesta que me des, mientras sea verdadera, va a ser la correcta.

Su sonrisa transmite contención y paciencia.

O tal vez esa solo sea su sonrisa y nada más. Su cara es básicamente una ancha pila de capas gruesas y más bien blanduzcas, así que es difícil darse cuenta con exactitud.

Muy bien, entonces, retoma el médico: Árbol.

¡*Cualquier respuesta mientras sea verdadera*!... Ella se siente bastante mareada, y ahora la palabra está tomando el control, destellando y reluciendo con salvajismo mientras el aire se quiebra y una brisa se encarga de, a los tumbos, arrastrar toda la luz y todas las sombras en dirección a un jardín. Allí, dentro de una vieja casa pasada de moda, un niño reflexiona frente al teclado del instrumento, busca las notas señaladas en la página con unas marcas muy graciosas. Liberadas por los dedos del niño, las notas se separan de la página y flotan y vacilan y escapan por la ventana abierta, una o dos o tres al mismo tiempo, y con cierta torpeza aterrizan sobre las hojas de un árbol inmenso y magnífico, y sobre las hojas vuelven a titubear y se balancean un momento antes de disolverse en el aire diáfano. Y en su ausencia quedan flotando, como si fueran una fragancia, unos delicados compases.

¡Piano!, dice Therese en voz alta.

¿Perdón?, dice el médico, y mira la aguja del dial, le da un golpe al aparato, vuelve a mirar, frunce el ceño. ¿Perdón…?, murmura y se vuelve hacia ella: ¿Dijiste…?

Ahora la música también se evapora y solo deja en sus sentidos una leve impresión espectral, una impresión parecida a la huella tibia sobre las sábanas de alguien que se acaba de levantar.

¿Piano? ¿Esa fue tu respuesta, Therese? La voz del médico traza

negras pinceladas sobre lo poco que quedaba de la melodía. ¿Sabes tocar el piano, Therese?

¿Sabe tocar el piano ella? ¿Mmm? ¿Cómo podría *saber tocar el piano*? ¡Si nunca en su vida ha visto un piano, no un piano de verdad, por lo menos! Oh… ¡adiós jardín, adiós magnífico árbol, adiós niño desconocido, adiós…! Y ya se levanta aquel que dormía, se incorpora al día, a este día en particular, que se materializa en torno a Therese con la forma de un consultorio gris y un poco desangelado, un consultorio donde su médico, sentado frente a ella, espera una respuesta.

Habitación

Le asignaron la habitación (614). Tiene una ventana, un catre con sábanas y una frazada, y una pequeña mesa con un cajón donde ella guarda sus cosas. Nada superfluo. Le explican: es importante que ella tenga tan poca *estimulación sensorial* como sea posible.

En otras palabras, entiende, nada que la active. No hay espejo, no hay cortinas en la ventana, solo unas persianas metálicas que mantienen siempre cerradas para aislarla por completo de los relucientes sonidos de la ciudad, de la luz del sol, de la luna y su misterioso brillar.

Sus maestras decían que ya se le iba a pasar, pero desde que terminó la escuela solo se ha puesto peor: palabras recalentándose, expandiéndose, explotando en imágenes de cosas, disparándose en todas direcciones, incendiándose y dejando chispas a su paso, carbones, cenizas; un rastro de cadáveres diminutos y vacíos, como mosquitos incinerados, como chamuscados angelitos.

Pero lo de las cortinas bajas es una pena. Sobre todo porque el tren llegó a la ciudad por un túnel, justo del mismo modo en que había salido de su pueblo —como si el viaje entre los dos túneles no

hubiera sido más que una gran pompa de jabón—, y después, ya en la estación, ella enseguida tuvo que subirse a una cinta metálica que se deslizaba bajo tierra y que, de alguna manera, la llevó derecho hacia el interior de los muros del complejo hospitalario. Así que todavía no ha podido ni siquiera ver la ciudad.

De hecho, desde que se bajó del tren, ya casi ni siquiera ha visto el cielo.

Formularios

La sientan frente a la pantalla y ella tiene que escrolear hacia abajo una y otra vez y llenar formularios infinitos. Cientos y cientos de preguntas.

Sus ojos y sus oídos funcionan bien. Nunca ha sufrido quebraduras. Una vez, en una fiesta por el Día de la Independencia en la casa de alguien, sirvieron frutillas y a ella y a algunas otras de las chicas del hospicio les dio un sarpullido tan fuerte que por momentos sangraba. Pero, que ella sepa, las frutillas son su única alergia.

No toma ninguna medicación. No consume alcohol, no fuma ni usa drogas. No, no tiene problemas con su período. Es normal (supone). Empezó a tenerlo hace cuatro años. No, nunca ha tenido hijos. (Obvio. ¿Tener hijos?, ¿en el hospicio?, ¿qué le pasa a esta gente, le están haciendo un chiste? ¡Cómo piensan que eso podría llegar a pasarle, si ella vive en el hospicio!).

¿Sabe si en su familia hay antecedentes de enfermedades coronarias? ¿Cáncer? ¿Diabetes? ¿Enfermedad de Crohn? ¿Enfermedad de Bright? ¿Enfermedad de Kefauver? ¿Enfermedades degenerativas de la columna? ¿Del sistema nervioso? ¿Malformación en extremidades? ¿En alguna otra parte del cuerpo? ¿Problemas en los pulmones, hígado, vesícula biliar?

En una escala del uno al cien, ¿cuán bien sobrelleva el estrés? En una escala del uno al cien, ¿cuán ansiosa se siente? ¿Está dispuesta a permitir que la clínica comparta con el Registro su información

confidencial? (el acceso al tratamiento es contingente a la aceptación de los términos). ¿A quién deben notificar en caso de emergencia? (Sí, ¿a quién? ¿A Felix? ¿A Julia? ¿Directamente al hospicio?). ¿Le permite a la clínica realizar X tipo de test, Y tipo de test, Z tipo de test?

Por supuesto que sí, ¿para qué estaría ahí, si no fuera para hacerse los X, Y y Z tipos de test?

Firme con sus iniciales aquí, por favor. Y aquí. Y aquí.

Espera en un consultorio y, después de un buen rato, le piden que se dirija a otro consultorio donde el médico va a volver a verla.

El médico se sienta en su gran escritorio y carga en su pantalla el cuestionario que ella se pasó la mañana llenando. Le explica que aunque, por supuesto, ya está familiarizado con las respuestas, antes de continuar quiere darles un repaso rápido.

Ah, sí, esto, encuentra algo y se frena. ¿A qué llamas sensación de confusión? ¿Podrías describírmela de la manera más exacta posible?

Hace girar la pantalla así Therese también puede verla.

Confusión, sí, eso es lo que ella tipeó, pero ahora la palabra le parece demasiado austera. Como… explicación ¿Una explicación?

Inténtalo, por favor, le pide el médico.

Se muere de sed, pero ya ha abusado demasiado de su tiempo, el pobre médico debe estar muy ocupado. Si estuviera en su trabajo, le pediría a Felix que le dejara hacer una pausa para tomar un poco de agua y, por supuesto, él la dejaría.

Ves imágenes, por lo que entiendo…, intenta ayudarla el médico. Pusiste eso en el formulario, ¿no?

No sé si las veo, en realidad es como si las viera…

¿Imágenes de qué ves?

Cosas comunes, dice ella.

Pero después… por un instante puede ver a los guardias todos sudorosos, tropezando en el bosque, y al hombre que se balancea y sangra, colgado del poste. O imágenes de cosas que podrían ser,

trata de aclarar, cosas que podrían estar pasando. O que podrían pasar en algún momento, o que a lo mejor ya pasaron. O que a lo mejor, no. Algo en el bosque. O en un jardín… Cualquier cosa, en cualquier lugar…

El médico se queda esperando, pero eso es todo lo que ella puede decir.

Y las palabras a veces parecen… el médico lee del formulario, a veces parecen… ¿qué dice acá?, pregunta, y la mira con las cejas alzadas.

Ella siente que se pone colorada.

No sé si exactamente mellizas, dice. Es como si una palabra tuviera a la misma palabra adentro, pero la que está adentro es mucho más grande, y más colorida, y con más partes. Y la palabra de adentro es como si vibrara todo el tiempo, como si vibrara empujando… ¿Como si tratara de soltarse de su envoltorio? Así que las palabras tienen como una especie de halo, de reborde blandito.

El médico se aclara la garganta.

Está bien, dice después de un momento. ¿Y cuándo es que ocurren estos episodios? ¿Qué los dispara?

En el pueblo pensaban que era algo que había en el aire. Un problema de partículas, dice ella, y le gusta cómo suena: problema de partículas. Pero el barbijo no sirvió de nada, tampoco cuando me sacaron de la planta y me pasaron al depósito.

No me refiero a qué los causa, dice el médico, es justamente para averiguarlo que estamos acá. Lo que quiero decir es cómo empiezan estos episodios.

Mmmm, no sé si en realidad exactamente *empiezan*. Es más como si estuvieran algo así como pasando…

¿Una frontera porosa?, le pregunta el médico.

¿Una frontera porosa?, dice ella y, en busca de ayuda, mira en dirección a los formularios en la pantalla, pero solo ve los formularios tal y como ella los llenó, con los casilleros que chequeó como afirmativos y unas pocas notas en las que tipeó la información extra que le pedían. “Mareos”, dice en el formulario. “Confusión”.

Y ahí están sus iniciales, también; sus iniciales al pie de cada

una de las páginas del formulario. Es como si estuviera en el interior de un espejo, devolviéndose a sí misma la mirada: sus iniciales le parecen mucho más reales que ella.

El doctor se observa las manos, cruzadas sobre el abdomen, y espera.

Test

Las horas en la clínica pasan lentas, lentas. Olor a antisépticos y desperdicios. Hacen que Therese tome un líquido coloreado, así pueden seguir su recorrido a medida que repta entre los recovecos y las rendijas de su cerebro. Con agujas extraen fluidos del interior de su cuerpo y lo depositan en tubitos, las enfermeras sellan los tubitos y los acomodan en un compartimento especial con luces rojas que parpadean. Le inyectan fluidos con otras agujas. Tiene que esperar en una sala de espera. Después, tiene que esperar en otra sala de espera.

¿Ha tenido alguna vez alucinaciones?

No, nunca.

Pero ve imágenes, se lo ha contado al médico, ¿no?

Son nada más que… Son parecidas a imágenes, ¡no son alucinaciones! Ya se los explicó antes. Una y otra vez.

La deslizan dentro de un cilindro metálico que sirve para explorar cosas por debajo de su piel. En otro cuarto, un técnico monitorea las pantallas. Cada cinco minutos le transmiten un mensaje. Lo estás haciendo muy bien, le dice la voz electrónica dentro del cilindro.

Consulta

El médico camina de una punta a la otra mientras le explica. Lleva sus manos hacia atrás, a la espalda: todavía no hemos logrado establecer del todo la etiología de tu aflicción, tampoco hemos

logrado aislar de manera por completo satisfactoria las implicancias de tales tendencias. Hemos casi descartado cualquier posibilidad de que sean causadas por un patógeno externo. Hay, sin embargo, una consistente constelación de características —un perfil, también se podría decir— a las que estas manifestaciones de estados hiperasociativos podrían estar ligadas, aunque debo decir que en tu caso los estudios indican una muy baja correlación con el Índice de Criminalidad, algo que de lo contrario sería preocupante y que suele ser, en estos cuadros, una característica más o menos distintiva.

Por supuesto, la vastísima bibliografía sobre el tema trata el síndrome —esta susceptibilidad a una irrelevante, excesiva o ambigua sustancia— como un desequilibrio de algún tipo, una deficiencia. Hay una diversidad de opiniones sobre el tema: un origen hormonal; la manifestación de cierta falla congénita en el circuito neuronal; que refleje cierta falta de carácter; que sugiera una vulnerabilidad protopsicótica, o una degradación del sistema autoinmune; que implique una forma de manifestación diabólica o, a la inversa, cierta tendencia a la santidad mística; que sea la consecuencia de una dieta proveniente de ciertas áreas carentes de determinados nutrientes, o de un virus contraído en la infancia.

Nosotros aquí en la clínica lo consideramos estrictamente como un fenómeno psicológico, un tipo de fuga o derrame sináptico, por llamarlo de alguna manera, y por lo tanto, irreprochable y libre de cualquier estigmatización moral que usualmente se le asocia en otros lugares.

Nuestro principal objetivo aquí, además de la investigación, por supuesto, es ayudar al paciente a buscar su alivio. Esto requiere, como ya hemos discutido, una fuerte motivación por parte del paciente y un compromiso en pos de restablecer su salud, lo que, a su vez, descansa pura y exclusivamente en el grado de disposición del sujeto a participar de su propia cura.

Mientras habla, el médico vuelve a su escritorio y revisa unos papeles.

¿Cuánto tiempo piensa que voy a necesitar quedarme?, pregunta

Therese.

Él levanta la vista y, de pronto, parece sorprendido de encontrársela ahí sentada.

Bueno, eso depende casi exclusivamente de cuán aplicada seas, dice.

Descanso

Está un poco frío y la frazada no es demasiado abrigada. Se la pasa por sobre los hombros y se envuelve con ella. Está cansada, después de todos los test del día, y le han recomendado que duerma porque mañana, bien temprano, ni bien salga el sol, le van a hacer más test. Pero en lugar de dormir saca el libro del cajón donde ha estado guardado todo este tiempo, junto a la caja plegada del sándwich y la manzana, debajo de su mejor vestido y del bolso suave, muy bien doblado.

¿Se supone que no debería tenerlo? Nadie le ha dicho nada, al parecer no hay reglas al respecto. Ella tampoco preguntó. Aunque es cierto que dijeron que, por su propio bien, debería evitar pensar mucho en nada. No solo es cansador, también podría alterar los resultados de los estudios.

Abre el libro solo para admirar otra vez su papel grueso, hermoso, los bordes redondeados de las páginas, pero entonces el aire empieza a resplandecer, se astilla y salpica palabras e imágenes hacia los cuatro costados, cada fragmento destella y brilla mientras gira en remolino.

Busca su lapicera: *mesa de madera tenue lugar acogedor. Una divertida canción sobre un ratón, palmas marcando el ritmo. Hojas que gotean, ¡frescura!... un caballo y ¿su cochecito?, ¿cosechito?, flores, pezuñas. Montaña de vidrio, prado de montaña pequeñas flores blancas pequeñas flores amarillas con forma de estrella pequeña luna perlada. Luna viajera, luna hechicera, luna centinela. Susurra la ropa escalera… ventana campos nocturnos susurra la luna. Una banda marchando — instrumentos pulpos que brillan— ¿luz o espada? Gente largas batas*

pequeñas mesas de picnic tazas de vidrio, estrellas, luna…

La imagen fluye y centellea, se disuelve, se entremezcla en su desorden, se pegotea como si fuera el paisaje del otro lado de la ventanilla del tren, al final se va desvaneciendo hasta desaparecer.

Ella abre y cierra los ojos un par de veces, mira a su alrededor: la quietud del cuarto, las persianas bajas.

Decidida, cierra el libro y vuelve a guardarlo en el cajón. Tal vez esas imágenes son recuerdos que de alguna manera se desprenden de otra gente y vagan por el universo, escurriéndose por entre cualquier mínima rasgadura para trepar sobre el primer ser vivo que encuentren, seres defectuosos, como ella…

Aprieta la frazada aun más contra su cuerpo y se abraza a la almohada finita.

Afuera es una noche ruidosa. ¡Todos esos golpes atronadores!

La vida en la clínica

Le ponen un casco metálico y por un momento, el cuarto de procedimientos se oscurece. O eso es lo que Therese cree. Cuando despierta siente un difuso dolor de cabeza. En realidad, han pasado horas, le explican.

—

Trabajan en ella de a uno. Un técnico muy amable ha estado intentando ayudarla con la estabilización de palabras. Therese, ¿coleccionabas mariposas cuando eras chica?, le pregunta el técnico.

¿Mariposas?, dice Therese.

¿Con alfileres?, dice el técnico. ¿Y cloroformo?

—

Después de ciertos test o procedimientos, la suben a una sill de

ruedas y la llevan a un cuarto a oscuras. A veces hay otros pacientes recostados en camillas, todos en batas blancas como la de ella, y Therese vuelve en sí en medio de un bosque de murmullos y gemidos, y vagos fragmentos de palabras sin sentido.

El otro día resultó ser ella una de las personas a las que estaba oyendo. ¡Ja, qué risa! Excepto porque pedía volver a casa. ¡Ojalá no haya hecho sentir mal a nadie!

Por lo general, mantienen a los pacientes separados entre sí, Therese supone que porque el contacto alteraría los resultados de los test. Pero de a poco empieza a reconocer a algunos de los otros, los ve pasar de reojo, los ve en los pasillos o en las salas de espera, o incluso sentados en el bar. A veces, en el entumecido crepúsculo de alguno de los cuartos de recuperación.

Hay una chica más o menos de su edad, muy flaca, con el pelo rubio todo tijereteado y siempre medio sucio, que cuando se despierta suele soltar una catarata de insultos silenciosos; y una mujer grandota, muy vieja, de cincuenta o más, que siempre se retuerce y da vueltas debajo de la sábana, sobre la camilla. Una vez se levantó y trató de alejarse tambaleando como un gran gigante completamente loco, chilló un rato y después se quedó callada.

Therese se la encuentra cara a cara en una de las salas de espera. Las dos tienen puestas sus batas de papel blanco que, francamente, las hacen parecer algo así como ratas de laboratorio. La mujer la mira con ojos vacíos pero refulgentes. *¡Usted!*, le dice y ese *usted* marca a fuego un camino a través del aire y deja un resto de cenizas a su paso, justo antes de que aparezca una enfermera y se la lleve.

Tratamiento

Las drogas han empezado a hacer efecto: ¡le está yendo mucho mejor en los test!

Árbol, dice el médico.

Ella cierra los ojos y respira profundo.

Tranquila, puedes tomarte el tiempo que necesites, dice el médico con ternura. Árbol…

Ella apela a todo el poder de concentración que encuentra. Árbol… murmura, indecisa.

¡Bien!, dice el médico mientras levanta la vista de las agujas del dial, excelente. Le palmea el hombro. ¿Estás cansada? Trabajaste mucho hoy. Su entusiasmo incita a Therese a hablar. Sí, ha trabajado mucho, está de acuerdo con él. Pero así y todo, esos ruidos ensordecedores durante la noche todavía no la dejan pegar un ojo.

Fuegos artificiales, le explica el médico, y sonríe —ella está segura de que ahora sonríe— y de pronto a ella le da vergüenza haberse quejado.

Época de fiestas patrias, añade después el médico. Hablando de eso, sería importante que, en el tiempo libre que te deja el tratamiento, te permitieras divertirte un poco, demasiado esfuerzo puede retardar el proceso de curación. ¿Por qué no das una vuelta por la sala de entretenimiento y ves una película o algo así?

Las reflexiones de un médico

Una semana difícil, pero no sin sus merecidas retribuciones. La paciente T 716-05 ha mostrado una gran mejoría. Es una personita de lo más simpática: escasa comprensión pero muy decidida a cooperar.

Es gratificante pensar en cómo, con la ayuda del tratamiento, ha avanzado a grandes pasos, ¡no ve la hora de tener tiempo y sentarse a escribir ese informe! Al fin y al cabo, no ha pasado ni siquiera un mes desde que sus respuestas en los Test de Identificación Verbal indicaban una capacidad de ideación, en principio, cercana a nula. Sacude su cabeza mientras recuerda: ¡“piano” por “árbol”!

Todas las respuestas son válidas, por supuesto; incluso hay una cierta proporción de la población con un pequeño excedente de

desorden asociativo que a “árbol” hubiera respondido con toda espontaneidad “hoja” o “rama”. O incluso “corteza”; o incluso “tronco”; sí, incluso tronco. Pero tales respuestas son consideradas dentro del espectro y tales individuos son, por lo general, clasificados como “normales”.

Sin embargo, “piano”, extrapolado claramente a partir de madera (una coordinación periférica en sí misma: árbol > madera > piano), está bastante más allá del rango de lo que podría ser considerado como saludable.

Una falla en el reconocimiento de los límites de las palabras (*palabras, esos componentes elementales de todo logro,* para citarse a sí mismo en su último artículo sobre el tema publicado en el *Neural Function Today*) indica una subyacente degradación en el desarrollo y funcionamiento de aquellos clústeres nodales que le permiten al cerebro comprender el mundo en el cual su organismo propietario se encuentra y, por lo tanto, expone al organismo a un riesgo de malinterpretar información potencialmente nocivo.

¿Qué pasaría si, por ejemplo, un organismo identificara un gran obstáculo frente a él como (por ejemplo) el “pie” de un inmenso árbol en lugar de identificarlo correctamente como el pie de un animal prehistórico y gigante? ¡Hay que considerar las posibles consecuencias!

Existe, sin embargo, una corriente actual de pensamiento dentro del campo que categoriza a estos raros individuos propensos a desórdenes hiperasociativos agudos como individuos de cierta manera viables: Visionarios de lo Banal, como los llama un pretencioso *paper* sobre el tema escrito por un colega (al que encima le dieron no sé qué premio por semejante estupidez, recuerda el médico).

En todo caso, ha quedado demostrado que existen ciertos tipos de trabajo productivo en los que tales individuos serían capaces de desempeñarse, por ejemplo, en el campo del marketing, desarrollando marcas.

El médico, solo en su consultorio, suelta una risita (aunque un poco cohibida) al recordar a uno de sus antiguos pacientes. Este

paciente tenía la bizarra (pero afortunadamente, remediable) creencia de que, por las noches, a miles de personas que volvían a sus casas alguien les disparaba por la espalda, mientras buscaban sus llaves, paradas frente a sus puertas. Al final, cuando corregían esta creencia pudieron advertir una extraordinaria habilidad para idear nombres de colores para nuevos pigmentos y pinturas. Una habilidad, por lo demás, muy bien remunerada.

(Animales prehistóricos y gigantes posiblemente sea un mal ejemplo, poco convincente, ¿revisar? ¡Ja! A lo mejor debería tomarse un par de esos cortaviajes él mismo y ver qué pasa).

Domingo

Rodeada de la estática que a su paso dejan los fantasmas, Therese se despierta justo antes del amanecer y da una gran bocanada, busca aire en la niebla gris, en el polvo de vidrio que llena ese espacio suspendido entre el sueño y la vigilia. ¿Podría atrapar algo de todo esto en su libro? Corre a abrir el cajón donde lo ha guardado, pero los susurros y las luces trémulas a su alrededor ya se apagan.

Mejor así. Últimamente los resultados de sus test han mejorado muchísimo, no quisiera arriesgarse a una recaída. Cierra el cajón y camina de una punta a la otra de la habitación, tratando de quitarse de encima los restos de fantasmas.

Todavía puede sentir en sus oídos el golpetear de los fuegos artificiales. No sabe si ahora hay o no hay luna, allí detrás, del otro lado de las persianas.

Le han recomendado *por favor* que hoy descanse. Y eso es lo que planea hacer. Ya se ha calmado lo suficiente como para volver a dormir, piensa, y cuando despierte y sea verdaderamente de día, va a tener cuidado y se lo va a tomar con calma. Mejor quedarse por ahí y, cualquier cosa, entretenerse con un juego.

Aunque todavía no ha visto nada de la ciudad… ¿qué le va a contar a sus amigas cuando vuelva?

No importa, igual sabe cómo es allá afuera, todos saben cómo es

más allá de los muros del complejo hospitalario, cómo es afuera, en ese mundo de anchas avenidas…

El repiqueteo de campanas le llega casi ensordecido por las persianas, y cuando cierra los ojos puede ver el sol que brilla y brilla, el aire completamente dorado, y el dorado de sus rayos se refleja sobre la gloriosa ciudad vista desde arriba, desde lo más alto de su Torre.

Ríos de gente salen de las grandes casas, de todas las torres, con los brazos cargados de ramos de flores, mazos de hierbas aromáticas; las procesiones avanzan con veneración por los bulevares. Las mujeres no pueden ser más hermosas: sus muñecas fulguran de joyas, sus piernas relucen. Flotan a sus espaldas los largos y tenues cabellos.

En el pueblo, sus amigas inclinan las cabezas y se arrodillan. Julia ha adornado sus rulos negros con una cinta preciosa, una cinta toda endomingada. Therese piensa: somos agradecidas.

Más tarde, hoy, las otras tomarán el pago de su semana y, como hacen siempre los domingos, se irán al shopping. Aritos, esmalte para las uñas, tal vez algún juego, una remera, algún regalito… ¿Qué se compraría si pudiera ir con ellas?

Mañana empieza una nueva semana y empiezan más test. Y ya le han dicho que podrán medir con exactitud cuán bien están funcionando las nuevas drogas.

Therese abre el cajón de la mesa y con la vista recorre sus posesiones perfectamente dobladas y acomodadas. Empuja el libro aun más.

Pegado a la caja de cartón encuentra un viejo pedacito de pan reseco. ¿Se acordarán todavía de ella sus amigas en el pueblo?.

Saca su mejor vestido y lo despliega, alisa la falda con la mano y se queda un rato admirando la belleza de las flores impresas en la tela suave. Se pone el vestido y vuelve a acostarse, y enseguida empieza a quedarse dormida.

Sí, puede oír la voz del médico. Árbol, dice.

Árbol, dice ella, y a medida que se afirma en la palabra, una sensación de calma se irradia a través de su cuerpo.

Pero después, por un momento, siente que su corazón se revuelve, su piel, sus neuronas —el lenguaje secreto de su cuerpo— envían señales de traición hacia los sensores y los diales. A su alrededor, detrás de los muros y las puertas cerradas, murmura una vasta, intrincada, disimulada conversación.

Moneda, dice el médico.

Ella cierra sus oídos y se esfuerza para acallar el ruido.

Moneda, dice ella. Lágrimas de esfuerzo le nublan los ojos.

Bien, dice el médico. Espejo. Su voz se vuelve cada vez más suave e insistente.

Espejo, dice ella, y su voz también es baja y urgente.

Torre, dice el médico.

Ella respira profundo. Torre.

Fuegos artificiales, dice el médico.

Dormida, ella se esfuerza por gritar, pero no logra que salga ningún sonido.

Intentémoslo otra vez, dice el médico: fuegos artificiales.

Fuegos artificiales, dice ella.

Luna, dice el médico…

Recalculando

"¿Quién es este?", preguntó Adam señalando a un chico en una hamaca. Estaba pegando fotografías en un álbum, sentado en la mesa de la cocina. Su madre estiraba una masa de tarta con un palo de amasar y se detuvo un momento

"El tío Tommy", dijo. "Cuidado, que no se ensucien con harina".

En la siguiente foto había un grupo de gente grande sentada en el sillón de la abuela y el abuelo. Después, un montón de gente parada frente a un lote de maíz mucho más alto de lo normal, con los chicos en primera fila. "¿Esta es la tía Rosalie?".

"La tía Rosalie en persona, fíjate en el pelo".

"¿También apareces?".

Su madre miró un segundo la fotografía que él tenía en la mano. "Esa soy yo. La más chica, ahí en la punta de la fila, la de delantal y colitas".

Adam estudió a la nena de mirada triste. Le hubiera gustado acariciarle cabeza, pero ahora la nena no era más que un diminuto carozo dentro del cuerpo de su madre. "Delantal. Delantal", dijo, apilando uno sobre el otro los sonidos como apilaba los cubos de madera con los que le gustaba jugar. El más alto de los varones aparecía borroso. Se debe haber movido. "¿Quién es ese chico en la otra punta?"

"Déjame ver… ah, ese es Phillip".

"¿Phillip?".

"El mayor. Tu tío Phillip".

"Ah…". Adam se quedó mirando la foto y revisando la jungla de piernas por entre las que había corrido y se había trepado en la

última reunión familiar, piernas de primos y tías y tíos y primos segundos y tías abuelas y tíos abuelos. “¿Vino para Pascuas a la casa de la abuela y el abuelo?”.

“No lo conoces. Vive lejos”.

“¿Es más grande que el tío Tommy?”.

“Sí”.

“¿Más grande que el tío Frank?”.

“Adam, ya te dije, Phillip es el mayor. ¿Vas a pegar esa foto en el álbum o te vas a quedar mirándola hasta gastarla?”.

Obediente, Adam volvió por un momento a su tarea. “¿Cómo era el tío Phillip cuando tenía mi edad?”.

“No lo sé”, dijo su madre. “Yo no había nacido todavía”.

“Pero ¿cómo era… después de que naciste?”.

Le podía contar sobre el tío Tommy cuando era chico, dijo su madre, o sobre el tío Frank, o la tía Rosalie, o la tía Hazel, o el tío Roy. Pero la diferencia de edad con su hermano Phillip era tanta que era como si hubieran nacido en dos familias diferentes. Con determinación, hizo girar la masa casi noventa grados y volvió a alisarla con el palo. “Se fue al este para ir a la universidad y nunca volvió, excepto una vez, de visita, cuando yo tenía doce años. Mi papá —el abuelo Jack— esperaba que él se hiciera cargo de la granja. Le rompió el corazón. A pesar de que los demás nos quedamos acá, el abuelo nunca pudo superarlo”.

“Mmm. ¿El abuelo le gritó al tío Phillip?”.

“El abuelo Jack adoraba al tío Phillip. Todos los adorábamos. Phillip era parte de nuestra familia, Phillip era el mayor”.

“Ah… ¿Se murió?”.

“¿Quién se murió? Por supuesto que no. ¿Qué tipo de pregunta es esa? Se fue a vivir lejos, nada más”.

“Ah”.

Adam le dedicó a su madre su mejor mirada de inocencia mientras, cauteloso, como si estuviera deslizándose con la espalda contra una pared, tanteando a ver dónde estaba la puerta, buscaba una manera de seguir la conversación. “¿A dónde se fue a vivir el tío Phillip?”, dice con estudiada indiferencia. “¿Se mudó a vivir a

Des Moines?”.

Su madre frunció el ceño frente a la tapa de la tarta, que ahora era casi un círculo perfecto. “Si Phillip viviera en Des Moines, vendría para Pascuas. Y para el Día de Acción de Gracias y para Navidad. Phillip se fue a vivir a Europa”.

“¿Europa?”.

“Sabes bien qué es Europa, Adam. Está del otro lado del océano. Es un continente, como América. Más tarde lo podemos a buscar en el globo terráqueo”.

“¿Era un buen chico el tío Phillip?”.

“¿Bueno? Mmmm, generoso, supongo. Alguien muy poco práctico”. Le había traído un regalo, un pulóver, lo había comprado en Francia. Pero no pegaba con ninguna de sus prendas, así que ella nunca lo había usado.

“¿Qué…”, empieza Adam, pero su madre se da vuelta y lo aterroriza con la mirada. Después, enseguida, pestañea un par de veces y vuelve a darle la espalda y a ocuparse de la tarta. “Nunca tuvo los pies en la tierra”. La abuela Alice terminó regalándole el pulóver a alguien que pudiera usarlo. De todas formas, a ella enseguida le hubiera quedado chico.

—

La tarta se enfriaba en la ventana. Ya habían pegado con sumo cuidado cada una de las fotografías a las gruesas páginas del álbum. Adam se fue a dar una vuelta al potrero recién cosechado y después se acostó boca arriba y se quedó mirando el cielo azul y brillante.

Había estado esperando y esperando y *por fin* pasaba algo interesante en su vida: había descubierto a una persona secreta. Una persona que se había escurrido de las fotos familiares. Los otros niños capturados por la imagen se habían convertido en su madre y sus tíos y tías, pero este nuevo tío Phillip estaba muy lejos, del otro lado del océano.

Se sentó demasiado rápido y cerró los ojos para no marearse. Soles rojos resplandecieron en su oscuridad, y cuando abrió de nuevo los ojos, pudo ver la pequeña cosechadora cegando el

ondular dorado del potrero vecino. El muñequito que la manejaba probablemente era su tío Frank.

Y solo un poco más allá de la cosechadora, estaba la curva del gran planeta de Adam: la Tierra. Era un hecho conocido que la Tierra era redonda y que giraba sobre sí misma en medio del cielo.

Dios había creado la Tierra, con sus vastos océanos —que Adam solo había visto en fotografías– y su aire azulino. Pero era todo ese girar de la Tierra lo que creaba las mareas y los vientos, y era también ese girar lo que creaba el tiempo.

La señorita Brewer se los había explicado. La Tierra no se quedaba nunca quieta. Rotaba sobre sí misma como uno puede hacer rotar sobre sí misma a una chupaleta, si la agarra por el palito, y por eso en un momento miraba al sol y en otro momento miraba a la luna: así se construía un día. Pero además la chupaleta giraba alrededor del sol en una gran órbita, tan ovalada como el borde de una bandeja. Siempre volvía al mismo lugar donde había empezado, pero solo después de haber empujado un año completo a través del espacio.

Lo mareaba de solo pensarlo. Del otro lado del planeta, en Australia, debía haber gente despierta ahora mismo, caminando cabeza abajo en la oscuridad y, así y todo, a cada paso que daban, sus zapatos volvían a pegarse a la Tierra, como si tuvieran imanes en las suelas. Porque, en verdad, el mundo no tenía ni arriba ni abajo, y él estaba colgando tan cabeza abajo ahora mismo, en plena luz del día, como lo estaba esa otra gente en medio de la noche australiana.

La señorita Brewer les había asegurado que nunca se iban a caer de la Tierra. ¿Pero qué pasaría si la señorita Brewer estaba equivocada y algo salía mal? ¿Qué pasaría si a la Tierra se le rompiera alguna parte, los frenos, por ejemplo, y empezara a girar cada vez más rápido?, ¿entonces *qué*, todos saldrían disparados al espacio? ¿Los océanos empezarían a derramarse y salpicar para todos lados? ¿El continente americano se chocaría con Europa? ¿El día y la noche empezarían a ser como tiritas una detrás de la otra: luz, oscuridad, luz, oscuridad?

De hecho, en este mismo instante se estaba levantando viento. Era algo de lo más normal, por supuesto… Pero oh… ¡ahí fue el chicle que estaba justo por pelar!

Probablemente nadie más estaba prestando atención y él era el primero en darse cuenta. ¿Tendría que correr a avisarle a su mamá? Se reiría de él, o le diría que está mintiendo, y, además, ya no se podía hacer nada al respecto: de hecho, el azul sobre su cabeza se había vuelto mucho más profundo, mucho más intenso que apenas un instante antes.

Adam se aferra a los rastrojos del suelo y cierra los ojos. *Agárrate fuerte*, piensa mientras la Tierra gana velocidad y gira atolondrada en dirección a la noche: ¡*agárrate fuerte, agárrate fuerte, agárrate fuerte*!

Dijeron que la causa de muerte había sido neumonía. La gente que había conocido y amado a Phillip se iba a encontrar a rendirle homenaje en Londres, pero el funeral propiamente dicho sería en el pueblo y únicamente para los más cercanos: esos que durante décadas habían sabido de él solo por los recortes de diarios que uno de los atentos primos de California siempre mandaba. Cuando llegó, el féretro ya estaba, por supuesto, completamente cerrado. En su ausencia, con los años, él se había convertido en una especie de orgullo para el pueblo en el que había crecido y, gracias a que ahora lo admiraban en otros lugares, consideraban que era un honor que hubiera nacido allí.

Vivian, una de las amigas de Phillip, conocía apenas un poco sobre sus padres, y había sido ella quien les había escrito, instándolos con la calidez justa, a que viajaran para asistir al homenaje. Ellos se excusaron, dijeron que debido a su mala salud les era imposible desplazarse. Pero al parecer había un pariente que sí planeaba asistir: Adam, uno de los sobrinos de Phillip. Le había escrito a Vivian una breve nota para avisarle.

Apretujado en su asiento, deslizándose por entre las nubes por primera vez en su vida, Adam recordó la cantidad de veces que

durante su niñez había intentado comunicarse telepáticamente con su tío misterioso. Phillip era para él una figura difusa, pero al mismo tiempo radiante y atractiva, el único que, aunque los otros suspiraran y sacudieran sus cabezas, había sido capaz de ver lo mejor de Adam. Qué pena que nunca se hubiera animado por lo menos a escribirle…

El día fluyó en dirección al avión, que planeó hacia abajo, en descenso. Adam se encontró apretado en medio de una corriente de gente, los recogió un tren que terminó depositándolos —tan improbable como sonaba— a solo unas cuadras de su destino, una zona llamada Chalk Farm que realidad era una parte de Londres y que, a pesar de lo que su nombre podía llevar a pensar, no tenía nada que ver con una granja de verdad. La pareja encargada del peculiar hotelito que había reservado —hindúes, supuso Adam— se las arregló para conseguirle una plancha y él pudo a medias reconstituir la camisa que había sacado de su mochila completamente convertida en una bola de arrugas.

Y eso sí que estuvo bien: mientras ascendía los amplios escalones del auditorio donde se realizaría el homenaje, se dio cuenta de que no había previsto la elegancia de la ocasión. En realidad, no había anticipado nada. Estaban a fines de mayo. Él acababa de terminar de cursar en la universidad y su novia había decidido, de pronto, dejarlo, llevándose con ella buena parte del futuro que hasta ese momento había imaginado. Las clases recién iban a volver a empezar en el otoño y todavía faltaban tres semanas para la pasantía de verano que había conseguido en Cincinnati. Cuando llamó a sus padres para contarles que había ahorrado lo suficiente como para un viaje, evitó mencionarles lo del homenaje en Londres. ¿*Europa*?, había dicho su madre, como si nunca hubiera escuchado esa palabra.

El lenguaje de Adam flotaba suavemente a su alrededor, en medio del hall de entrada, pero al refractar entre los diferentes acentos que lo rodeaban se le volvía a sí mismo poco familiar. De hecho, la similitud entre los seres exóticos allí reunidos y la gente común y corriente parecía solo nominal. ¡Tanta gente, y de tantos

países diferentes, cada uno en sí mismo tan peculiar, tan interesante, todos tan seguros de sí mismos y confiados en su derecho a ocupar ese espacio!

Di gracias, dilo de nuevo, pide disculpas, di por favor, dilo más fuerte, no *tan* fuerte, bendice la comida, no interrumpas a las damas, es de buena educación pedir que te sirvan un poco más, no te sirvas demasiado, haz visitas de cortesía, no llegues con las manos vacías, no abuses de la hospitalidad: ¡nunca nadie en su familia había parecido tan seguro de sí mismo!, ¡nunca nadie en su familia había parecido tener derecho a estar donde quisiera!

O, a lo mejor, sí, su tío Phillip. Antes de entrar al auditorio, y solo para poder mirar un rato tranquilo, Adam se quedó parado junto a una de las columnas en la esquina del hall. Sí, era como si extraterrestres de una civilización superior con mucha astucia se hubieran disfrazado de humanos, solo con el fin de hacer algo que a él todavía no le había sido revelado.

A lo mejor era un tipo de broma o algo por el estilo. Mientras Adam miraba cómo se movía la muchedumbre, continuamente armándose y rearmándose en varias configuraciones, uno de los extraterrestres se separó del resto y caminó en dirección a él. “Aló, aló, qué bueno que viniste, muchísimas gracias, ah… yo soy Vivian”, dijo mientras él miraba hacia atrás por sobre su hombro buscando a quién podía estar hablándole.

“Vivian”, se señaló a sí misma. “Y tú *debes ser* Adam, ¿o me equivoco? Acabas de llegar, ¿no? Estarás exhausto, me imagino”.

Llevaba el pelo de un cándido rojo artificial, cortado en una mata despareja que se disparaba, pinchuda y temblorosa, todo alrededor de su cabeza. Al mismo tiempo, su cara pequeña y en punta parecía distante, reconcentrada, como si mientras hablaba estuviera controlando algo más: pequeños objetos que rodaban lejos a los que ella intentaba no perder de vista.

Así que esta era Vivian. ¿Era ella también algún tipo de broma? Cuando leyó la carta que les había enviado a sus abuelos, se había imaginado a la novia de su tío como una especie de dama muy formal con varias papadas colgando bajo su cara, pero más allá de

algunas pequeñas líneas alrededor de sus ojos verdes muy maquillados, y de un ligero aire a erosión y desgaste, lucía como una niña enfundada en el mejor vestido de su madre y con zapatos de taco alto. Una niña de piernas muy largas. En los oídos de Adam, su modo de hablar sonaba fascinante y, además, usaba un montón de pulseras inmensas que enmarcaban sus manos movedizas y delicadas.

"¿Qué?", dijo Vivian.

Oh... sin darse cuenta, él se había quedado mirándola. "¿Cómo me reconoció?", le preguntó.

Ella hizo una pequeña mueca de risa. "Bueno, para serte sincera, mi querido, es casi como ver un fantasma. Un fantasma muy viejo. No, no viejo… mmm… a ver, cómo decirlo… del pasado… eso. Un fantasma del pasado. Aunque supongo que, por definición, todos los fantasmas pertenecen al pasado, ¿no? En fin, como sea, ven conmigo así te presento, hay un montón de gente que quiere conocerte".

Evidentemente, algunos de los amigos de su tío de verdad querían conocerlo. O por lo menos poder ver de cerca a uno de sus parientes. Su madre y sus abuelos ya le habían contado, sin el menor entusiasmo, que se parecía a su tío, pero la gente que Vivian le presentaba parecía encontrar el parecido tan sorprendente como increíble. Su pelo, sus ojos, dijeron varios de ellos: completamente idénticos. Bueno, sí, por supuesto, no podía ser de otra manera, todos y cada uno en la familia tenían los mismos ojos grises y el mismo pelo dorado y brillante como el trigo, no había nada especial *en eso*… Y en medio de la confusión de los susurros de condolencia, sintió que no hubiera quedado bien mencionar que, de hecho, él nunca había conocido personalmente a su tío.

Un grupo de gente que, con gentileza, se ensanchaba y volvía a achicarse como un círculo de olas en torno a una pequeña isla, rodeaba a un hombre de unos cincuenta años, calculó Adam. Piel oscura, ojos negros, un traje de color crema, ojos tan pálidos como los de un lobo… Se comportaba con una dignidad dolorosa, como si estuviera recubierto por una capa de cierta sustancia que inhibiera

sus movimientos: estrechar una mano, besar una mejilla… “Simon”, le susurró Vivian a Adam.

“¿Quién?”, le preguntó Adam también en un susurro y acercándose a ella.

Ella le dio un golpecito en la mano. “Simon”, murmuró un poco más alto.

“¡Ah!”, dijo Adam, y sintió que se ponía colorado y por un momento se le aceleró el corazón.

Se dirigieron a sus asientos en el auditorio y un buen número de gente, Vivian incluida, subió al escenario, uno tras otro, para hablar sobre su tío y contar una historia. El hombre llamado Simon hizo una pequeña presentación al principio, solo dijo una o dos cosas muy breves y, más allá de eso, ya no volvió a participar.

Cuando su tío murió, según Adam pudo enterarse, ya se habían puesto en marcha sus planes para construir un gran museo enteramente dedicado a la caligrafía asiática e islámica, dos de sus grandes pasiones. También estaba en construcción una sala de conciertos que él ardía en deseos de ver finalizada. Pero el proyecto que más lo desvelaba se había pospuesto indefinidamente. Un experimento, algo que sonaba muy poco probable: un complejo de viviendas con pasto en los techos, y una cosa parecida a minimolinos de vientos, y celdas para atrapar la luz solar, un sistema de lo más extravagante para poder reutilizar el agua… muy interesante, por supuesto, pero… y entonces Adam se dio cuenta de que estaba a punto de utilizar la horrible frase que alguna vez había usado su madre: “poco práctico”.

Cuatro o cinco anécdotas lograron convertir discretos sollozos en risas sonoras, agradecidas. Sentado al piano, un señor pequeñito y muy mesurado cantó un par de cosas —*lieder*, según el programa— de una belleza tan destilada y potente que Adam sintió como si lo estuvieran envenenando.

Varias veces se sorprendió a sí mismo con lágrimas en los ojos: no exactamente lágrimas de pena, por supuesto, aunque lentamente algo con zarpas afiladas parecía empezar a desgarrarlo por dentro. Tantas de estas personas eran, como había sido su tío, gente sobre

la que uno lee en los diarios y revistas: artistas, científicos, periodistas; gente que se había encargado de reconfigurar el mundo que habían recibido de sus antepasados y transformarlo en el mundo en el que él viviría. ¿Cómo era posible haber terminado allí? Siempre había pensado en su tío más o menos como alguien a quien él mismo se había imaginado, pero tal vez había sido exactamente al revés; y de algo no quedaban dudas, su incorpóreo tío había sido alguien mucho más real de lo que él mismo era: tal vez, incluso, era él, Adam, quien, a partir de una pálida visión del futuro, había sido conjurado para materializarse en este lugar…

En este momento su madre estaría sentada con sus abuelos en la cocina, hablando acerca de la huerta, o de alguna noticia del televisor, o de la iglesia, o del clima, o de los vecinos, un intercambio sombrío, breve, ritual, el mismo decoroso código de su infancia que debía servir para todas las penas, todas las alegrías, todos los miedos. Era completamente grotesco que el cuerpo de su tío hubiera sido enviado allí, de regreso a las llanuras donde, bajo la uniforme luz del sol, Dios se complace en monitorear las almas en busca de la más mínima mancha.

En esa región de donde era toda su familia, hacía ya mucho que había terminado esa época completamente puritana y llena de colores pastel que había formado a su madre y que se había encargado de expulsar a su tío, pero nada nuevo la había reemplazado. Los exuberantes años sesenta fueron dejados atrás con desprecio y, ahora, a los corruptos años ochenta ya se les había exprimido hasta la última gota. Y allí, la simple vida rural, con sus tartas de frutas recién horneadas, sus amables y cansadas camareras en uniformes a cuadros, sus desfiles del cuatro de julio, el manto de alegría con el que todo lo recubrían y que tan fácil se desgastaba, había empezado a sentirse como algo preservado en formol, una reconstrucción amateur, lastimera y demasiado ensayada de un Edén que, pensándolo bien, ya en su versión original debía haber sido bastante desastroso.

Todos iban saliendo en fila. “¿Cómo vas a ir a la casa?”, le preguntó Vivian.

Él la miró.

"Clifford está con el auto", dijo ella. "Te llevamos".

Clifford resultó ser un anciano maravillosamente feo y elegante que, cáustico y cariñoso, había hablado antes, durante el homenaje.

Era difícil imaginárselo haciendo algo tan plebeyo como manejar un auto y, de hecho, su *coche* resultó ser una especie de pantera brillante conducido por alguien completamente diferente, un hombre en uniforme.

Acomodaron a Adam en el asiento delantero, salvándolo del estrés de nuevas e inmediatas sorpresas. Envuelto en el ronronear del motor mientras la ciudad, magnífica, se dejaba ver de a recuadros, enmarcada por el parabrisas, apenas si podía oír el murmullo de Vivian y Clifford charlando. En un momento le pareció escuchar su nombre flotando en el aire, pero cuando se dio vuelta, vio que en el asiento trasero los dos miraban con aire ausente por sus respectivas ventanillas, con las manos unidas con delicadeza sobre el espacio vacío entre ellos.

La casa tenía candelabros que parecían salidos del palacio de una sirena. Los pisos brillaban tanto como el agua. Espejos inmensos se encargaban de llevar el jardín y sus cascadas de flores hacia el interior de los salones. Adam se quedó parado junto a la puerta acristalada mirando las gotitas que salpicaban el verde de las hojas. El día, fresco y brillante, parecía contener en sí mismo cada uno de los veranos que alguna vez existieron y prometer todavía más, infinitos veranos más.

Había cositas deliciosas para comer, y grandes y frágiles copas de vino. Dos músicos vestidos con bata blanca, sentados con las piernas cruzadas sobre almohadones bordados, extraían de otro mundo un débil, anhelante hilo de sonido. Cada nota se estremecía un momento en el aire para enseguida disolverse, obligando a las paredes a disolverse con ella, licuando la división entre un pensamiento y otro, un sentimiento y otro: éxtasis y angustia, resignación y deseo, el anhelo de unirse a otros, el anhelo de desaparecer…

La casa se elevó un poco, despegándose del suelo. Adam se

aferró a Clifford y a Vivian. Quería decir algo… “Ustedes fueron amigos de mi tío por mucho tiempo”, logró murmurar por fin, y enseguida se avergonzó de todo lo que le había costado formular esa nimiedad.

“Los dos lo conocemos… perdón, los dos lo conocimos desde hace… ¿cuánto?”, Vivan se dirigió hacia Clifford. “No sé, décadas. Siglos, una eternidad. Y se siente como si fuera ayer”.

“La gente joven cree que conocer a alguien hace mucho tiempo es una especie de mérito”, dijo Clifford. “Pero la verdad es que después del esfuerzo inicial, las cosas se encaminan y entre ellas solas se las arreglan”.

“Sin embargo, debe ser hermoso tener amigos tan viejos”, dijo Adam, e inmediatamente se dio cuenta de cuán y de cuántos modos podía ser ofensivo lo que acababa de decir.

La sonrisa de Clifford fue de las del tipo que dan por terminada una aburrida transacción de negocios. “Estoy completamente seguro: en algún momento no te quedará otra opción más que descubrir que has adquirido viejos amigos. Es lo que pasa cuando uno vive lo suficiente. Ni siquiera te tienen que gustar, ¡para nada! Ahí están, tus viejos amigos, quieras o no. Sí, es algo hermoso. No te separes de tus viejos amigos. Son lo mejor. Porque las cosas que hagas con tus nuevos amigos van a ser totalmente espantosas de principio a fin”.

Clifford y Vivian se largaron los dos a reír y después, para sorpresa de Adam, Clifford abrazó a Vivian. La mejilla de Vivian se posó sobre el desenfadado pañuelo que brotaba del bolsillo delantero del saco de Clifford, y los dos se quedaron así por un rato, meciéndose suavemente hasta que él la soltó y se dio vuelta.

Para evitar que una lágrima le arruinara el maquillaje, Vivian se sujetó la comisura de los párpados con la punta de los dedos. “Ahora nos toca Simon, ¿no?”, dijo después de un rato. “¿Te parece bien?”.

Simon en ningún momento le quitó la vista de encima; sus ojos claros, unos ojos como de lobo, parecían capaces de ver todas las privaciones de un invierno en el bosque. “Elegí algunas cosas de

Phillip para que te las quedes", le dijo al final. "Cosas que me pareció que a él le hubiera gustado que tuvieras. Por supuesto puedes pasar otro día y elegir lo que quieras".

Adam emitió un borbotón de sonido, pero el peso de la ausencia de su tío cayó de pronto sobre sus palabras y aplastó cualquier mínimo significado que pudieran tener. Simon se incorporó y lo escuchó con la cabeza gacha, hasta que Adam por fin terminó de hablar. Entonces Simon le dio una palmadita en el brazo y retornó al mundo inaccesible donde Phillip esperaba por él, y desapareció.

Ahora Adam tenía preguntas para hacerle a Vivian y se daba cuenta de que eran preguntas escandalosamente rudimentarias. "¿Fue algo inesperado?", dijo.

"No del todo inesperado, pero bastante rápido. Todos sabíamos que algo no iba bien, pero no sabíamos qué, o cuán serio era. Simon es médico, así que me imagino que sabía a qué atenerse, pero no dijo una palabra. La verdad es que no tengo idea de cuán informado se encontraba Phillip".

Ya estaban en la casa de Vivian. Cuando Adam le había contado dónde se estaba quedando, ella había dicho: "Oh, no, querido, eso no es posible. Quiero decir, puedes, si así lo deseas, pero ¿por qué lo desearías? En casa tengo un cuarto extra. Solo tienes que hacer de cuenta que es un hotel y entrar y salir cómo y cuándo te de la gana".

¿Entrar y salir?, pensó Adam mientras dejaba su mochila sobre la cama que Vivian le había señalado. ¿Por qué querría ir a algún lado? Estaba exactamente donde quería estar.

Su departamento no quedaba lejos de la casa de Simon y Phillip, en una zona de Londres llamada Notting Hill que lucía exactamente como una rima infantil. El departamento era pequeño y apenas desaliñado, y en cada esquina donde posaba la vista encontraba fotografías, o pequeños grupos de muñequitos de juguete, o jarrones de cerámica. El añil del cielo nocturno se abría paso a través de las ventanas, y traía consigo un rastro de pequeñas lunas y estrellas.

Dos perros roncaban sobre la alfombra y él ya había estado cerca de pisar un gato.

Mientras Vivian buscaba sábanas y toallas, Adam se quedó mirando un grupo de fotografías enmarcadas. Una chica en tutú, con el pelo oscuro recogido en un rodete, flotaba en el aire en dirección a otro bailarín que, sereno, en un equilibrio imposible, estiraba sus brazos para recibirla. ¡Qué jovencita! En un feliz escozor de anticipación, sus ojos rasgados se cerraban casi por completo. Y ahí estaba de nuevo la chica, en otra fotografía, con polainas en las piernas y una remera muy suelta, recostándose hacia atrás, abrazando a..., sí, ese era Simon, definitivamente, y los dos se reían a las carcajadas. Y ahí estaba Simon de nuevo, solo, debajo de un árbol, mirando hacia un valle cubierto de niebla… No había ninguna foto de alguien que pudiera ser su tío.

Se sentía terriblemente cansado y, sin embargo, no tenía sueño. Vivian le había preparado la cama y él se recostó y se quedó pensando en su casa, en las vastas pero poco prácticas llanuras, espectaculares pero también agotadoras: las gigantescas granjas modernas que amenazan a la pequeña granja de su abuelo, una granja donde todo se hacía como en los viejos tiempos, el drama diario de producir comida, el girar incesante y grandioso de las estaciones solo interrumpido por periódicos cataclismos.

Del otro lado de la ventana estaba la calle, simpática y encantadora, y más allá, las casas y los jardines y los barrios vecinos. Londres se explayaba, desplegándose y desplegándose y, después, toda Inglaterra, y después, Francia, Alemania, un pedacito de Asia…

Desconocía casi cada fragmento del mundo; casi cada fragmento del mundo —pasado, presente y futuro— se extendía más allá de la cúpula de su conciencia, invisible para él e inimaginable y, así y todo, tan real casi como cualquier cosa que su imaginación pudiera abarcar. Un horizonte fantasma se disparó a su alrededor, una brillante niebla de cielo y agua de la cual emergían continentes distantes y borrosos. El planeta giraba en los cielos, moteado de gente y animales. ¡Ups: ahí va un mastodonte, elevándose de la

superficie de la Tierra en dirección a las nubes! Y ahí va su tío Phillip, y ahí alguien más, y otro, y otro, y otro más: como si fueran globos a los que se les había cortado el cordel, la estratósfera se espesaba de ángeles.

En el aire oscuro, la luz de la ciudad colgaba en un tenue rectángulo. Trató de capturar el delgado hilo de música que había serpenteado a través de su sueño, pero era imposible, ya no estaba, había desaparecido. La tarde volvió a su memoria, las caras, su tío… Estaba en Londres y esa de ahí era una ventana. Volvió a deslizarse hacia su lugar y tanteó alrededor, buscando un interruptor. Se prendió una lámpara.

Se dio cuenta de que ni una sola vez, desde que subió al avión, había pensado en Carol. ¿La extrañaba? No hacía más que unas pocas semanas que se habían separado. Y hasta hacía tan solo un día la había extrañado terriblemente: había extrañado hacer planes con ella, juntarse con ella en un café, preparar el desayuno a su lado. Había extrañado su cuerpo, su voz rítmica, su pelo copioso, brillante, resbaladizo.

Ella amaba ir con él al supermercado, salir juntos a correr, ir a cenar. Tenía siempre mil planes y proyectos, era ágil en sus razonamientos y su capacidad para imitar personas francamente daba miedo. Podía imitar a todos y cada uno de los abogados del estudio donde estaba haciendo una pasantía y, con tal de hacerlo reír, podía repetir sus muecas todas las veces que hiciera falta. No habían hablado nunca de casamiento, pero él ya se había imaginado una casita de madera pintada de blanco, cerca de un prado donde pudieran jugar sus hijos…

La última mañana que pasaron juntos había empezado con mucha luz, y pijamas y pasta de dientes y café, sonrisas y besos. Después, de manera bastante inesperada, mientras él le ponía con mucho cuidado manteca a su tostada, empezaron a discutir, a partir de nada, a partir de una ínfima partícula de polvo. Que él no fuera lo suficientemente ambicioso, había dicho ella, era algo que le preocupaba. “Quiero decir, ‘climatología’, ¿qué es *exactamente*?, ¿tipo a veces llueve, a veces no?, ¿deseas ser uno de esos señores

que aparecen en la tele, parados delante de una pantalla verde?".

La había mirado, por un minuto completo, sin terminar de entender… ¿Le estaba haciendo un chiste?, ¿había escuchado alguna vez algo de lo que él había dicho? Pero su cara bonita se había cerrado por completo.

Fue como si alguien hubiera tirado una piedra a través de la ventana con una nota atada alrededor: hay otra persona. ¿Uno de los socios del estudio, posiblemente? Posiblemente, incluso, alguno de esos arrogantes viejos conservas que ella había estado imitando sin piedad solo para divertirlo; uno, por supuesto, lo suficientemente *ambicioso*.

A lo mejor *él* nunca había escuchado ni una palabra de las que *ella* había dicho. Se incorporó y, como si hubiera dejado caer una mala mano de cartas, dejó caer su tostada sobre el plato. La expresión desafiante que Carol tenía en la cara le hacía pensar que lo que suponía era correcto, y en su mente alguien despejó el prado, barrió por completo la pequeña casa apenas entrevista, los hijos entrevistos y, con una arcada, los vomitó hacia el olvido.

Las dos de la mañana, decía el reloj en la pequeña mesa junto a la cama. Aparentemente, no había dormido más que unas pocas horas. Se arrastró hasta el living con la vaga noción de que tal vez allí podría encontrar algo para beber. Encontró a Vivian con un libro abierto entre las manos, recostada en el sofá frente a la mesita de café. Su cigarrillo brillaba en la penumbra y la ventana reflejaba los colores cambiantes de un semáforo cercano; parecía imposible, con tan poca luz, que hubiera estado leyendo.

Se sentó frente a ella, del otro lado de la mesa, en el sillón. Sobre la mesa había un cenicero, una botella abierta y una copa de vino ya casi vacía. Ella lo miró, se levantó y un par de segundos después volvió con otra copa.

Le sirvió un poco de vino y volvió a llenar la suya.

"¿Quieres un cigarillo?", le dijo.

El impulso de sermonearla lo silenció por un momento.

"Sí, ya sé", dijo ella, "pero todas las bailarinas fumamos, lamento informarte. Alcohol y cigarrillos. Comer no podemos, y con

algo tenemos que entretenernos, ¿no?".

"No, pero yo…", dijo él.

"Ya no me dedico a eso, por supuesto. Pero qué se le va a hacer, somos animales de costumbres… En fin, por lo menos puedo dar clases. He tenido suerte. Ninguna lesión irreme…", se interrumpió a sí misma para bostezar, "perdón, irremediable", dijo. "También hago un poco de coreografía".

Se había sacado su traje elegante y ahora llevaba puesto un par de pantalones sueltos y una remera pegada al cuerpo. Todavía tenía la mano llena de anillos.

"Para Simon fue realmente importante que pudieras venir. No sé cómo logró que Phillip le diera la dirección. Él nunca hablaba de su familia, nunca. Pero supongo que, al final, debe haber querido que alguno de ustedes estuviera presente".

Como un latir del corazón, la punta del cigarrillo volvió a brillar.

"No me habían contado", dijo Adam. "Nunca me lo hubieran dicho. Volví a casa para ir al funeral y encontré tu carta junto a una pila de boletas y sobres en la cocina de mi abuela. Fue pura suerte. No sé por qué me llamó la atención".

"Pistas subliminales", dijo ella. "Algo de lo más interesante. A veces intenté imaginármelo, ¿sabes?, cómo era el lugar de dónde venía. ¡Por Dios! Era tan perfecto…".

"No había lugar para Phillip allá", dijo Adam. Fue como si alguien le hubiera pasado un papel con un anuncio extraordinario para que lo leyera en voz alta; y había usado el nombre de su tío como si fuera un par, un amigo, un niño al que alguna vez había cuidado. "No había lugar".

"Pero por favor", dijo ella. "¡Si estás hablando con su nicho! ¡Su lugar siempre fue este!".

"Quiero decir, allá en casa, no había lugar", Adam suspiró. ¿Qué era lo que no funcionaba con él? ¿Todas las mujeres lo iban a considerar siempre un completo idiota?

"Perdón, fue una broma tonta… Una o dos veces le pregunté cómo era allá. Quería… no sé… quería poder imaginármelo, poder

verlo en su hábitat… como si eso hubiera podido resolver algo. Pero para él… era solo… era algo completamente terminado".

Ella giró, incómoda, mientras, con un gesto extraño, levantaba la cabeza para poder acomodar un almohadón detrás de su cuello. Él por primera vez pudo notar su angustia, ya para nada contenida, libre de las exigencias del día. "Hace mucho tiempo que no duermes, me parece", le dijo. "Tendrías que dormir un poco".

"Mira quién habla", ella giró de nuevo y prendió otro cigarrillo con el que estaba a punto de apagarse.

"¿Cómo conociste a Phillip?", preguntó él, como si ella realmente hubiera sido la novia de su tío.

"No sé… lo conocí, así de simple. Coincidimos en un negocio. Y empezamos a hablar. Ya sabes cómo es…", dijo, y gruñó apenas un poco, como si le doliera algo. "No es nada", dijo.

"¿Estás segura?", dijo él. La chica en la foto flotaba hacia los brazos de su amante en el escenario. Él dividió entre las dos copas el vino que quedaba en la botella y cuando fue a sentarse a su lado, ella se corrió para hacerle espacio en el sofá. Le apoyó la palma de la mano sobre la frente y ella giró de nuevo, como protestando, incómoda, y entonces él le retiró el pelo de la cara. No tenía fiebre…

"¡Dios mío!", dijo ella, cerró los ojos y los apretó fuerte y un rastro de lágrimas se deslizó por entre sus párpados.

Nada parecía cambiar nunca en el mundo del que Phillip y él provenían, le contó mientras la abrazaba y trataba de calmar su temblor repentino, violento. A todos y a cada uno los habían dejado caer allí al sexto día y eso había sido todo: el pasado era un círculo y el futuro también lo sería. Solo existía la muerte invernal y el renacer de la primavera, los veranos estáticos, relucientes, las cosechas. Nada quebraba la curva de la tierra, la curva de las doradas cosechas contrastadas sobre el azul. Excepto, y era una cosa totalmente increíble de ver, cuando a través de las ondulantes y transparentes capas de calor, aparecía una tormenta manchando el infinito del cielo.

Primero el aire se volvía amarillo. Amarillo. Y una especie de

velo negro caía sobre él. Y después, ese amarillo cubierto de hollín lentamente se volvía de un verde exuberante, encrespado. Con pequeñas vetas de rosa.

Después, todo se volvía silencio, un silencio absoluto, y quietud. Excepto a lo lejos, donde en el cielo el velo negro giraba hasta convertirse en un minúsculo, alocado torbellino con forma de embudo negro y giratorio que, a medida que se retorcía sobre sí mismo, cambiaba una y otra vez de forma, sobrevolando y acercándose, espiándote mudo desde arriba, como una bailarina llena de la gracia de Dios, y se hacía a cada instante más y más grande y dejaba al cielo otra vez verde, o de un amarillo límpido, despejado. Entonces todos tus sentidos se encendían, excitados, y tu cuerpo se ponía en alerta, como a la expectativa de un arribo extraordinario.

El universo en equilibrio, esperando. Y, en un momento, un pájaro piaba nervioso en una rama: ¡una señal! Abruptamente, el aire se llenaba de una fragancia deliciosa y todos los seres vivos de varios kilómetros a la redonda empezaban a crujir y a temblar. El aire *vibraba*, lleno de la agitación y los ruidos sordos de los pequeños animales que empezaban a *correr*.

Era la voz, especialmente. La voz de Phillip. No solo el mismo timbre, también el mismo acento, la misma cadencia: la voz de Phillip haciéndose presente en la habitación. Se había olvidado cómo se sentía ser tan liviana, estar tirada al sol… Esforzándose para no perder la concentración, se aferró a los cabellos color de trigo, y los mechones brillantes destellaron entre sus dedos...

Él había estado en el pueblo, una vez, estaba diciendo, en el momento del silencio, el momento justo antes de que los árboles empezaran a gemir y balancearse. Y en ese lugar, ahí, en la calle principal, la calle de la oficina de correos y de los negocios, apareció un pequeño cervatillo, clop, clop, clop, corriendo nervioso, desorientado, saltó desde una mata de árboles y siguió por la vereda. Sus pezuñas resonaron sobre las baldosas, le sacaron chispas al asfalto, mientras el lejano girar del remolino en el cielo se deslizaba por sus pupilas inmensas, oscuras, aterrorizadas. Y

entonces un rugido extraordinario partió al medio el verde envolvente del cielo y dejó caer una oscuridad de gotas, y ahí estaba él, un niño, escurriéndose hacia el sótano de la librería de Dillard justo cuando la tormenta le arrancaba los techos a todas las casas de la cuadra siguiente y el torbellino se los llevaba para arriba y se los comía el cielo.

Gracias a Dios, a la mañana siguiente, cuando ella se desenredó de su cuerpo, él todavía estaba profundamente dormido. Recogió sus anillos, que había dejado formando un montoncito sobre el suelo, y se levantó para darle de comer al gato y a los perros; por lo menos iba a tener tiempo como para desayunar sola en la cocina, para darse un baño...

Había pasado el resto de la noche en una gradual intermitencia entre el sueño y la vigilia, como envuelta en una gruesa capa de hojas en descomposición, de tierra fértil, de sensaciones ya olvidadas, desechadas hacía tiempo.

... La penumbra de la tarde en que habían elegido a Laura Empson para hacer de Giselle y ya no hubo nada que ella pudiera hacer, más que caminar y caminar en la llovizna helada. ¡Cuánta desolación! Esas manos frías que de tanto en tanto toman tu corazón y lo aprietan.

Laura era una gran bailarina, se repetía una y otra vez a sí misma, y mucho más apropiada que ella para el papel. Y Laura era también mucho mayor, ya tenía veintiséis; si no hacía de Giselle en ese momento, probablemente no lo iba a hacer nunca. Y se lo merecía. Hermosa Laura. Perfecta para hacer de la estúpida Giselle. Y, aparte, había papeles que a Vivian le caían como anillo al dedo y que para Laura hubieran sido imposibles. Y ella todavía tenía un montón de tiempo por delante. Un montón...

Cuando abrió la puerta del negocio, se escuchó un tintinear de campanillas y él, que leía con los pies sobre el escritorio, levantó la vista. Ella enseguida apartó la mirada, pero era algo que le iba a quedar para siempre: la impresión de esos increíbles ojos grises, la cara ancha, elegante, inteligente, la suave camisa blanca.

El local era aireado y blanco. Seda y encaje, terciopelo y raso y

cuentas perladas, vestidos que mucho tiempo atrás seguramente habrían usado mujeres hermosas colgaban de perchas forradas de satén.

Se quedó parada frente a uno de los percheros, pasando metódicamente las perchas, con el corazón apretado, sin prestarle para nada atención a los vestidos.

¿La estaba mirando? ¿O había vuelto a leer...?

Ella tenía veinte años. Todavía tenía un montón de tiempo, asumiendo, claro, que, después de todo, lograría hacer algo con su vida. Se destacaba claramente del grupo y ya no la consideraban parte de los *corps de ballet*; eso significaba que bailaba menos, pero bailaba papeles de verdad... Así y todo, podían pasar tantas cosas, había tantos peligros por delante.

Otra vez sonó la campanilla de la puerta.

La chica que entró había estado llorando, se le notaba claramente, o tal vez la lluvia helada le había dado esa apariencia. Pena o lluvia, su cara estaba roja e inflamada.

Tal como lo había hecho Vivian, la chica echó una mirada rápida al hombre sentado ante el escritorio. Lo miró y después se quedó parada ahí, llena de dudas, en medio del local, incongruente y rodeada de vestidos delicados y costosos. No parecía que, de todas las cosas hermosas que había allí, pudiera permitirse comprar mucho más de lo que Vivian hubiera podido.

“Hola”, dijo el hombre. “Adelante, se puede mirar”. Su voz era suave, amable más que alegre, y su acento era maravilloso, norteamericano, pero de una extrema pureza.

La chica se dirigió a uno de los percheros del otro lado del local y comenzó a mover las perchas exactamente como Vivian lo seguía haciendo. Tenía puesto el abrigo más gastado que alguna vez se hubiera visto, un viejo tapado de piel todo húmedo y salpicado de barro, ese tipo de tapados que uno encuentra en tiendas de segunda mano y que nunca cuestan más que unas pocas libras. En algunas zonas, la piel del tapado colgaba de a pedazos, como si lo hubieran despellejado, era bastante desagradable de ver.

Lento y rítmico, podía escucharse a ambos lados del local el

entrechocar de las perchas al deslizarse; era como si dos relojes estuvieran afirmando con pedantería hipótesis divergentes.

Mientras Vivian movía las perchas, se dio vuelta un instante para pispear a escondidas a la otra farsante, tan reticente o incapaz de abandonar el local como ella. No cabía ninguna duda, el pelo largo y desalineado de la chica estaba húmedo por la lluvia, pero con ver apenas un fragmento de su perfil, uno podía saber que eso que corría por los lóbulos de sus orejas, por su gran nariz, eran lágrimas...

El hombre entonces cerró su libro y se levantó de la silla y Vivian volvió rápido a concentrarse en los vestidos que tenía frente a ella. El hombre desapareció detrás de una cortina y volvió con una pequeña botella de algo. “Trata de no moverte, es un segundo”, le dijo a la chica, y ella se quedó muy quieta.

Vivían abandonó su pretendido recorrido por el perchero y simplemente se quedó mirando cómo el hombre, con suma paciencia y moviéndose de un lado al otro del tapado, pegaba otra vez al forro los parches colgantes de piel, desde los hombros hasta el dobladillo. La chica, mientras tanto, estaba como petrificada. Todo duró muchísimo tiempo.

“Ahí está, listo”, dijo por fin el hombre, alisando y acomodando el tapado con la chica adentro. “Como nuevo”.

Por un momento la chica no se movió, pero después... giró de pronto, sobre un solo pie, y fue como si se derritiera sobre los brazos del hombre, llorando a mares.

¡Qué pequeña parecía en sus brazos esa chica tan grandota! Mientras Vivian miraba, el hombre la sostuvo y acarició la espantosa piel de su tapado, y acarició su pelo pegajoso mientras pronunciaba sonidos reconfortantes, tratando de calmarla, justo como hubiera hecho un *veterinario,* hasta que la chica por fin pudo retomar el control de sí misma, se sorbió sin cuidado los mocos, se limpió la nariz con la maltrecha manga del tapado y, sin decir una palabra, salió del local. El hombre volvió a su libro y a su escritorio sin mirar ni siquiera una vez a Vivian.

“Perdón”, dijo Vivian después de un minuto, y él levantó la

cabeza. “¿Si me largo a llorar también puedo conseguir un abrazo?”, dijo ella con voz ronca.

Había sido pura suerte; el negocio no era suyo, justo estaba esa tarde cubriendo a un amigo. Pasaron la noche juntos y pasaron juntos el día siguiente, un domingo, los dos frente al fuego, aunque apenas estaban en septiembre. Del otro lado de la ventana, el aire era de un vapor gris oscuro, la luz provenía del suelo, reflejada por las hojas amarillas, por el pavimento brillante de lluvia.

Resultó ser un fanático del ballet y se volvió un privilegiado habitué de cada función. Una y otra vez iba a esperarla al camarín después de la función y la miraba en el espejo mientras ella se quitaba su máscara de sílfide y la reemplazaba con un ligero toque de maquillaje cotidiano. Su presencia era calma y festiva. Todos se volvían locos por él: la compañía entera, los músicos, el director, los coreógrafos... Era como si todos hubieran sabido siempre que Vivian era especial.

Ya estaba empezando a hacerse conocido y su trabajo le demandaba mucho tiempo y esfuerzo. A veces desaparecía durante semanas. Y a veces simplemente desaparecía.

En esa época ella bailaba como si estuviera llena de luz, su cuerpo se volvía radiante de luz solar. Se hacían reír el uno al otro hasta tambalearse como borrachos, caminaban juntos por la ciudad a cualquier hora, se quedaban enredados en la cama con la música a todo volumen: como si fuera una gran llanura, el mundo se deslizaba flotando por debajo de ellos. Era como si hubieran escalado una montaña.

Aunque él nunca dejó entrever que pudiesen durar mucho tiempo juntos. Cuando alguien te dice que te va a amar para siempre, pensaba ella en ese entonces, solo significa que nunca te va a amar lo suficiente.

Pero su veintitrés por ciento heterosexual, le había dicho él, la había amado apasionada y exclusivamente. *Amor, pasión, exclusividad*... Palabras, nada más. Si uno las parte y las abre al medio, descubre que están vacías.

Durante un tiempo ella había evadido a Simon, al hermoso

Simon, que también amaba la danza, que también la admiraba, que también amaba contemplarla, que, tal vez, incluso, un poco la envidiaba. Hasta que un día invitó a sus dos mejores amigos al ensayo general de una pieza austera, bastante breve pero efectiva, en la que ella tenía el rol protagónico. Después, los tres salieron a comer ostras y tomar champagne. Ella no había dejado ni una gota de maquillaje sobre su rostro, como para poder ser invisible mientras contemplaba el espectáculo que, estaba segura, solo tardaría un momento en comenzar.

Nunca, ni remotamente, esperó poder retomar su relación con Phillip. Después de un tiempo, metió todas sus fotos en un cajón y han pasado muchos años desde la última vez en que sintió por él algo así como deseo. Después de la conmoción que sacudió a los tres, la vida se acomodó sola y tomó la forma de dos por un lado y uno por el otro. Con el tiempo, ella prácticamente se volvió un miembro más de ese hogar. Por supuesto, también tuvo otros amigos, y unos pocos pero decentes *affaires* amorosos que ya hace años la dejaron sin el más mínimo interés por el tema... Y fue más o menos entonces que su vida como bailarina llegó a su fin: el brutal precio que los bailarines pagan por crear belleza con sus cuerpos.

Igual, siempre estaba esa sensación de que en cualquier momento uno volvería a ser joven otra vez. Y que cuando uno fuera otra vez joven, la vida retomaría el camino del cual había sido tan bruscamente desviada...

Rara vez lloraba. Esa tarde en el negocio, tanto tiempo atrás, en lugar de llorar, ni bien él se incorporó para abrazarla, ella soltó una carcajada. Pero en estos últimos días, con la inminencia del homenaje, una y otra vez se encontró entregándose por completo a unas lágrimas añejas, resacosas. Ayer, todo el día, había sentido la fragilidad erosionando sus huesos, la juventud escapándose de ella en galaxias de destellantes moléculas.

La sensación empieza de nuevo mientras prepara el café, alimenta los animales, mientras se mueve despacio por la cocina por miedo a

despertar al chico, esa sensación que la ha estado acosando durante estos últimos días, la sensación de contar todo el tiempo, contar, medir la distancia con que ella, lentamente, se alejaba de la muerte de Phillip: contar las horas hasta la próxima clase, hasta que lleguen los jóvenes bailarines —no exentos de sus propias preocupaciones, pero con penas que todavía pueden ser revertidas o, al menos, compensadas—, contar los años que pasaron desde que Phillip la dejó para mudarse con Simon, los minutos que transcurrieron mientras su pequeño departamento poco a poco iba llenándose de chucherías, juguetitos, recuerdos.

—

El cuarto, ¡cuarto!, discurso, una pila de clichés, adulaciones y florituras bizarras, se amontonaba sobre sí misma, construyéndose en clara orientación hacia el cenit del aburrimiento. Ahora, a cada segundo que pasaba faltaba menos para que colapsara por completo y para que, aunque sea entre los escombros, pudieran servir los postres. ¡Pero no!, ¡de pronto habían logrado incrustarle nuevos y completamente incoherentes ornamentos! Ella no quiere ni pensar en todo lo que Phillip hubiera odiado este evento. Todo lo que se hubiera reído, habían comentado con Simon.

El orador era un profesor de arquitectura alemán. Sus manos temblaban levemente mientras leía y seguía leyendo, pero su voz era monocorde. No cabía duda de que su discurso era una primera versión rápida del *paper* que preparaba para alguna publicación académica. Lo había traducido él mismo, como modestamente les había hecho saber en sus extensas explicaciones antes de empezar a leer, hacía horas.

Adam estaba sentado a la derecha de Vivian, con la cabeza inclinada pensativamente, los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el pecho: una actitud de atención devocional. Su vida, que aparentemente para su propia sorpresa, había resultado ser una vida de conferencias y cenas más o menos de este tipo, debía haberle dado ya miles de oportunidades para perfeccionar el arte de las siestas sigilosas.

Del otro lado de la mesa, Fumiko, su adorable esposa, jugaba con disimulo con su servilleta y, junto a ella, Simon, con imperturbable cortesía, miraba en dirección al orador, con las cejas apenas arqueadas.

Tan opaco como siempre, Simon. ¿Qué estaría pensando realmente? ¿Pensaría en Phillip? ¿En el hospital y sus pacientes, en sus estudiantes? ¿En alguna cita? *No podía* estar pensando en lo que decía el profesor, era imposible saber siquiera *qué* estaba diciendo. Ahora, el profesor tenía pequeñas lágrimas en los ojos. O su discurso lo había conmovido mucho, o él mismo estaba pensando en otra cosa.

Vivian clavó sus ojos en Simon y le envió una salva de dardos hasta que él, despacio, se dio vuelta para mirarla. La edad lo había tratado bien. Pasados los setenta, el muy suertudo seguía siendo tan atractivo como hacía veinte años, y seguía manejando a su antojo ese aire de ligero desdén que siempre lo había caracterizado. Vivian le sacó la lengua y puso bizcos los ojos, fue un gesto tan rápido que cualquiera que lo hubiera visto habría pensado que se trataba de una alucinación. Con una expresión casi insultante de tan decorosa, Simon se volvió a dirigir hacia el orador. ¡Esa mirada! ¡Ay, Dios, sus colegas lo deben odiar cuando los mira de esa manera!

En verdad, ella nunca tuvo mucha fe en que estos planes de Phillip alguna vez se llevaran a cabo, y más allá de la apariencia de confianza que Simon quiere transmitir, duda que él tampoco lo haya creído posible. Hogares que se fabrican su propia energía a partir del sol y del viento; que reciclan el agua de modo tal que vuelve a la tierra en exactamente el mismo estado en que fue extraída; que, más allá de su apariencia humilde, son cómodos y confortables para vivir. Uno de los proyectos menos glamorosos de Phillip, pero el más ambicioso de todos y el que él más amaba, hundido durante años en un pantano de burocracia, ridiculeces y voces en contra, había sido por fin rescatado y puesto en marcha por una firma de jóvenes discípulos idealistas.

La gente ya había empezado a mudarse a esas casas, con cierta cautela, es verdad, pero por el momento no había aparecido ningún

problema irremediable, y todo el tiempo se publicaban en los diarios notas sobre la comunidad, y también en revistas caras, de esas de papel duro y brillante. Los acólitos de Phillip ya no eran tan jóvenes, y tal vez tampoco tan idealistas, pero había que reconocerles que tenían todo el derecho a lucir tan orgullosos de sí mismos como lucían esta noche. O por lo menos, casi tan orgullosos.

Y qué amable había sido Adam al robar un poco de tiempo de su apretada agenda y asistir. Gracias a un par de estudios influyentes sobre el impacto ambiental de diferentes tipos de energía, Adam se ha vuelto toda una estrella en su campo. Fue uno de los primeros en hablar esta noche y a ella le sorprendió el afecto con que todos recibieron a este modesto joven. Aunque, claro, ya casi era difícil decir que Adam era un joven: estaba bien entrado en la mediana edad, pero a ella todavía le parecía un pariente tímido e inexperto a quien veía por primera vez desde que era un niño. Y cuando lo miró caminar hacia el escenario para decir su breve discurso, sintió que la invadía una ola de algo parecido al orgullo.

De hecho estaba un poco nerviosa de volver a verlo después de tanto tiempo. O, más bien, nerviosa de que él la viera. De todos modos, qué podía hacer. Se había armado de valor y se había obligado a sentarse frente al espejo y a maquillarse sin la menor emoción, como si fuera una enfermera encargada de atender el padecer de un extraño. Pero su corazón dio un vuelco cuando se sentó junto a ella un hombre más o menos corpulento, con lentes y poco pelo, que no lucía para nada como Phillip a esa edad. Eran los lentes. Lo hacían parecer tan frágil.

Meses antes, los organizadores del evento le habían pedido a Simon que se reuniera con ellos a revisar la lista de invitados y él la había reclutado para que ayudara. Había sido una tarde hermosa, charloteando con Simon y riéndose. Los dos, Simon y ella, se comportaron como adolescentes y se hicieron completamente los superados acerca de la perspectiva de este homenaje, y cuando por fin terminaron todo ese aburridísimo desfile de nombres y se despidieron de los organizadores, se fueron juntos a cenar a un

restaurante libanés con un ambiente de lo más animado, y juntos tomaron tal vez un poco demasiado vino. Hasta que, al final, se metieron a los tumbos juntos a un taxi, uno en los brazos del otro, débiles de tanto reírse. ¡Se venían tan poco hoy en día! ¿Cómo explicarlo? Uno nunca logra ver lo suficiente a un amigo, todos dicen eso. Es como si el tiempo, alguna vez tan ancho como un prado, se hubiera afinado hasta convertirse en un delgado istmo.

"¿Quién era la mujer esa que estaba sentada a tu lado?", preguntó Fumiko mientras ella y Adam caminaban por Picadilly. "La señora medio tonta a tu derecha. Hablé con ella un minuto antes de la cena, pero después no sé qué pasó y ya no volví a tener oportunidad".

"¡Ah! Ella. Era una de las mejores amigas de mi tío. Vivian. Cuando era joven, era bailarina".

"*Oh là là*".

Años atrás, cuando su futuro pareció arribar, para sorpresa de todos, bajo la forma de Fumiko, y los dos habían intercambiado solemnemente sus historias, incluyendo el detalle de cierto número de encuentros humillantes, bizarros o ridículos, había sido solo de Vivian de quien Adam no había podido hablar: fue como si creyera que hablando sobre ese delicado momento, todavía hubiera podido hacerle daño a la chica que flotaba en la fotografía enmarcada y al misterioso amante hacia el que ella se dirigía.

"Y quién era esa otra, a tu izquierda, la rubia del vestido despampanante".

"Ni idea. Alguien con plata, me imagino. Alguna fan de Phillip. De todos modos, según me dijo, ella fue alguien crucial para lograr reactivar el proyecto".

"Bueno, brindemos entonces por la señora rubia. Es algo fantástico lo que han hecho".

"Sí, lo es". O algo irreprochable, al menos. Posiblemente, si esos principios hubieran sido masivamente adoptados veinticinco o treinta años antes, cuando su tío concibió el proyecto, habrían establecido muy buenos precedentes y cierta cantidad de destrucción podría haber sido evitada. Pero un puñado de casas

bien concebidas difícilmente iba a apaciguar los vientos feroces y los destructivos rayos solares que desde entonces habían sido desatados, o aquietar las lluvias torrenciales, o evitar las inundaciones violentas.

"Es tan hermoso todo esto", dijo Fumiko. "Hubiera sido lindo poder traer a Nell".

"Sí, es verdad. A lo mejor el año que viene, para la semana del estudiante".

"Me dijo que hay una tormenta terrible en casa…".

"Va a estar bien. No es una chica que se asuste fácilmente".

"Esperemos un poco antes de volver al hotel", dijo Fumiko. "Sigamos caminando un rato más, por favor".

Estaban en mayo, igual que la primera vez que él estuvo aquí, la ciudad explotaba de primavera, majestuosa y florida. Y era una noche templada, o por lo menos templada para ser Londres.

"A ver, espera un poco", dijo ella mientras sacaba su teléfono. "Quédate quieto, quiero una foto tuya exactamente ahí, así se la mando a Nell".

Estaban frente a un gran portón de hierro, la entrada a algún parque misterioso. Él y Vivian había caminado exactamente hasta aquí, hacía más de veinte años, la noche antes de que él regresara a los Estados Unidos. Y también se habían detenido allí. "¿Ha sido demasiado extraño todo esto?", le había preguntado ella.

En ese momento supuso que le preguntaba si había sido demasiado extraño que él tuviera la mitad de su edad. Nunca se le había ocurrido, hasta hace apenas un minuto, que le había preguntado si había sido demasiado extraño ser algo así como la aproximación a un inmortal. "No", había dicho él. "Apenas un poco". Ella se había largado a reír y le había dado un beso rápido. "Eres realmente alguien muy dulce, igual que Phillip".

Besó también esta noche, al final de la cena, su mejilla empolvada. Parecía estar teniendo problemas con la rodilla y tuvo que ayudarla a levantarse de la silla. Él no había sido capaz de decirle *hasta la próxima*, y por supuesto, ella tampoco.

Fumiko jugueteaba con su teléfono. "Un poco más a tu derecha",

dijo.

En casa, del otro lado del océano, debía estar amaneciendo. Mientras los truenos y los relámpagos estallaban de furia por sobre los techos, su circunspecta, etérea Nell estaría tratando de tranquilizar al ratoncito que tiene por mascota. Y va a recibir, casi instantáneamente, una foto de lo que está a punto de ser el momento más reciente del mundo, ¡un momento para entonces ya hace tanto tiempo transcurrido!

“Ahí”, dice Fumiko. “No te muevas”.

Agradecimientos

“Tu pato es mi pato” fue publicado en *Fence*.

“Taj Mahal” fue publicado en *The Paris Review*.

“Tachar y seguir” y “Recalculando” fueron publicados en *The New York Review of Books*.

“La tercera torre” fue publicada en *Ploughshares*.